Los Hollister

VAN AL CIRCO

7



JERRY WEST

El Sr. Hollister tiene que comprar un bote para un cliente en donde reside el Circo Sunshine en Florida, Circus Island. Pam mete a Zip en un espectáculo de perros en el cual resulta herido y dos caniches son robados. Las actividades de los ladrones son mucho más siniestras de lo que nadie había imaginado al principio. Así que siguen la pista del misterio y los chicos aprenden a hacer piruetas, Holly prueba su habilidad caminando sobre la cuerda floja, y todos ellos descubren que la sonrisa de un payaso es a veces sólo una máscara feliz que oculta la tristeza.





Jerry West

Los Hollister van al circo

Los Hollister - 7

ePub r1.1

nalasss 14.09.14

Título original: *The Happy Hollisters at Circus Island*
Jerry West, 1955
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell & Salvador Fabá

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1



UNA EXHIBICIÓN CANINA



Pete Hollister, un muchachito de doce años, salió velozmente por la puerta frontera de su casa, poniéndose una gorra sobre el oscuro cabello, cortado a cepillo. Mientras bajaba corriendo los escalones del porche, de su grande y bonita morada, estuvo a punto de chocar con su padre.

—¡Cuidado! —exclamó el señor Hollister, echándose a reír.

El chico se detuvo en seco, quedando sentado de golpe al pie de los escalones.

—¡Hola, papá! ¿Cómo vienes tan temprano esta tarde?

El señor Hollister contuvo una risilla y, pasando un brazo por los hombros de Pete, dijo:

—Reúne a toda la pandilla y os diré el secreto que me ha traído tan pronto a casa.

Pete hizo una rápida inspección por toda la casa y, en diez minutos, toda la familia, incluido Zip, el perro pastor, estuvo en la cómoda salita, donde chisporroteaba alegremente el fuego en la chimenea.

Allí estaba Pam, una bonita niña de diez años, con el cabello suave y los ojos castaños. Ricky que, con sus ocho años, era el diablillo de la familia. Su carita estaba llena de pecas y el cabello

rojizo parecía siempre dispuesto a ponerse de punta.

Junto a este chiquillo vivaracho se sentaba Holly, una niña de seis años, que sacudía con impaciencia sus trenzas claras, mientras esperaba las importantes noticias del día; sus mejillas estaban tan encarnadas como la manzana que sostenía en la mano.

La última y más pequeñita de todos era Sue, que había llegado a la salita, acompañada de la madre, morena y bonita. Saltando a las rodillas de su padre, le echó los brazos al cuello, cuando ya el señor Hollister empezaba a hablar.

—¡Bueno, Felices Hollister! Parece ser que este año vuestras vacaciones de febrero podrán resultar ex-traespeciales.

—¡Di, di! —rogó Holly.

—¿Qué tal os parecería pasar esas vacaciones en Florida?

—¡Florida! —exclamaron al unísono, cinco voces llenas de entusiasmo.

La señora Hollister estaba tan sorprendida como sus cuatro hijos mayores. En cambio Sue no comprendió muy bien y preguntó a su padre:

—¿Dónde está «Florita»? ¿A quién vas a «pesar»?

Pete contestó en seguida:

—Es un estado de la parte sur, donde siempre es verano. —Luego, Pete exclamó—: ¡Eso es estupendo, papá! ¿Y por qué tenemos tanta suerte?

—Un cliente de la tienda desea comprar una embarcación con vivienda, y pagará buen precio si le proporciono una adecuada. Ha puesto anuncios en periódicos de otras ciudades y hecho averiguaciones, pero, hasta la fecha, no había tenido suerte. Esta tarde acabo de recibir una carta de una persona que tiene una embarcación para vender. Por lo visto se trata de un payaso de la compañía circense El Sol, que está trabajando en el Circo Island, de Florida. Mi cliente no puede desatender sus negocios en estos momentos y me ha pedido que me encargue de ir a echar una mirada a esa embarcación. ¿Os parece una buena idea acompañarme?

—¡Canastos! ¡Estupendo! ¡Qué bien! ¡Olé, olé! ¡Hurra!

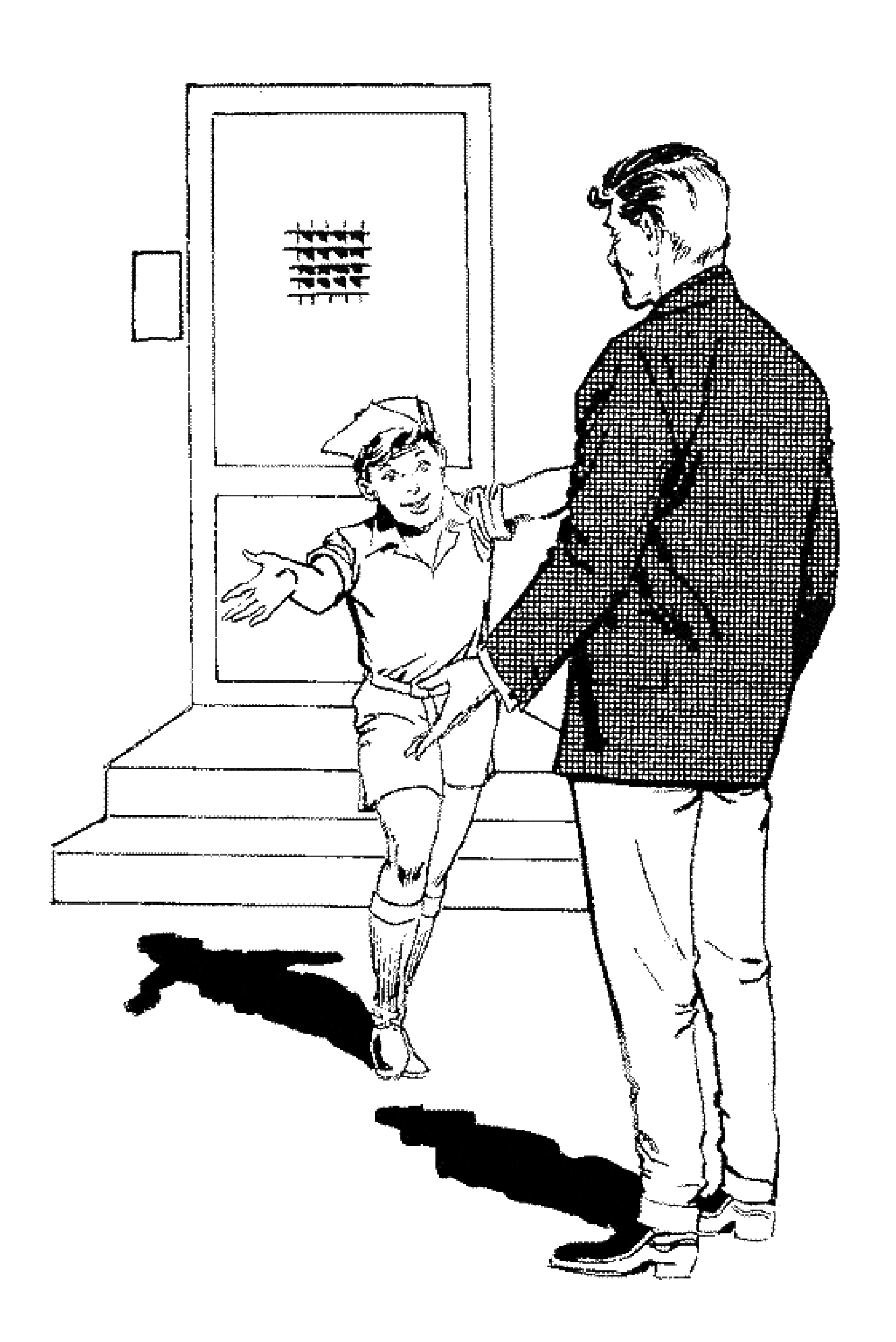
La familia hizo, a coro, una entusiasta demostración de lo mucho que les agradaba la oferta. Luego, Pam quiso saber cuándo

se irían. Al enterarse de que su padre había pensado salir el viernes, la niña exclamó:

—Papá, ese día se celebra la exhibición canina. ¿No te acuerdas? Hemos apuntado a Zip entre los de adiestramiento infantil.

—Desde luego, esperaremos a que haya pasado la exhibición —respondió el señor Hollister—. Después de todo, no se celebra más que una vez al año Veré si consigo reservas para el avión del sábado por la mañana.

La señora Hollister se levantó de la silla, con los ojos tan brillantes por la alegría, como lo estaban los de sus hijos.



—Será un viaje espléndido, pero tenemos una infinidad de cosas que hacer antes del sábado —contestó—. Las niñas y yo podemos ir a hacer unas compras mañana, cuando salgáis de la escuela. Pete y Ricky también necesitarán algo de ropa nueva. Ellos y yo iremos a comprar el miércoles por la tarde.

Al día siguiente, Pam, Holly y Sue fueron con su madre a los más grandes almacenes de Shoreham. Zip necesitaba un collar nuevo para presentarse en la exhibición canina, de modo que fue también de compras con sus dueñas. Pero, como en los grandes almacenes no se permitía la entrada a los perros, Pam le ató la correa a un poste de la zona de aparcamiento más cercana.

A las tres hermanas les habían quedado pequeños los trajes de baño y fue la sección de artículos de playa la primera que visitaron. Holly y Pam entraron a probarse sus nuevos bañadores en un probador, y la señora Hollister y Sue ocuparon el cuartito inmediato.

Las dos hermanas mayores acababan de ponerse un traje de baño, cuando oyeron gritos y pasos presurosos al otro lado del probador.

—Pero qué será lo que…

Antes de que Pam hubiera concluido la frase, se oyó un agudo y alegre ladrido y apareció Zip, perseguido por un portero, que se mostraba indignado.

—Pero ¡Zip! —exclamó Pam—. ¿Cómo te has soltado?

La señora Hollister y Sue salieron corriendo. Pam y Holly reían alegremente, abrazando a Zip, mientras el director, que había acudido junto a la dependienta, hablaba a la vez que ésta, sin que ninguno de los dos se comprendiera.

—¡Por Dios, por Dios! —Se lamentó a gritos la señora Hollister —. Ahora mismo nos llevaremos al perro. Y sentimos mucho haber provocado este desbarajuste.

Luego se volvió al animal, diciéndole muy seria:

—¡Zip, es vergonzoso lo que has hecho! Sal conmigo inmediatamente.

Agachando la testuz y con aspecto muy entristecido, Zip siguió lentamente a la señora Hollister.

Cuando a los pocos minutos volvió la madre, Pam y Holly ya

habían elegido sus bañadores nuevos. El de Pam era de color amarillo muy vivo y el de Holly a cuadritos rojos y blancos.

—Zip nos espera fuera y estoy segura de que ahora no se moverá de allí —sonrió la señora Hollister—. Mientras os vestís, yo iré a ayudar a Sue para que se pruebe el traje.

A los pocos minutos, las niñas oyeron a su madre llamar a Sue. Con una risilla, Holly comentó:

—Seguro que Sue ya no estaba en el probador. Tenemos que salir ahora mismo a buscarla.

Se vistieron a toda prisa y se reunieron con la madre que todavía no había encontrado a Sue. La señora Hollister corrió a los ascensores, en tanto que Pam y Holly se acercaban a las escaleras automáticas que se movían sin un instante de quietud.

—¡Dios mío! ¡Mira que si la chiquitina ha intentado subir sola por estas escaleras…! —murmuró Pam, con un suspiro.

Pero Sue no estaba allí, Pam y Holly volvieron por donde habían llegado.

—¡Mira! ¡Mira cuánta gente! —observó Pam al mirar hacia el departamento infantil.

Formando un círculo había un gran grupo de personas que miraban algo, al parecer muy divertido, que las dos hermanas no podían ver. Pam y Holly, que tuvieron una misma idea al instante, se acercaron al grupo.

—¿Crees que será…?

Aún no había concluido Pam de hablar cuando vio a Sue.

Su hermanita menor, cubierta con el más pequeño traje de baño que pueda uno imaginar, miraba con arrobo una muñeca metida en su cuna, que se encontraba en una de las vitrinas. Ignoraba por completo que era el centro de atención de los sonrientes compradores y dependientes.

Pam se acercó en seguida a ella, diciendo:

—Sue, mamá te está buscando.

—¿Te gusta mi bañador nuevo? —preguntó la chiquitina, mientras la apartaban de la vitrina—. ¿Sabes? Estaba jugando a eso de «Florita».

A los pocos minutos encontraron a la madre. Entre alegres risas, Sue volvió a quedar vestida con sus ropas de calle y el traje de baño

se guardó en una caja. Ya en casa, hicieron estallar en carcajadas al señor Hollister y los dos chicos, explicando la aventura de Sue.

El jueves por la tarde, todas las maletas estaban casi completamente preparadas y los niños pudieron dedicar toda su atención a Zip, acabando de prepararle para la exhibición. Entre Pam y Pete bañaron bien al perro pastor y el viernes, después de salir del colegio, cepillaron el pelo del animal hasta que quedó reluciente.

A las cuatro de la tarde, los jóvenes propietarios de Zip condujeron muy orgullosos a su perro hasta la Armería, donde iba a tener lugar la exhibición canina.

¡Qué nerviosismo reinaba allí! Dentro del gran edificio de ladrillo, la gente corría en todas direcciones y los perros ladraban muy impacientes, esperando sus turnos para exhibirse.

Sin perder tiempo, los Hollister buscaron la Sección de Adiestramiento Infantil.

—¡Aquí está! —anunció Holly.

YPete y Ricky corrieron a llevar a Zip hasta la casilla que le correspondía. A la derecha de Zip, pero perteneciente ya a otra sección, había un hermoso perro de lanas francés. En lo alto de su encierro, se había atado una cinta azul.

—¿Verdad que es lindo? —se entusiasmó Pam, cuando ella y sus hermanos se detuvieron a contemplar al bonito perro de aguas, antes de ocupar sus asientos.

Mientras contemplaba la exhibición de perros y más perros de diferentes razas, Ricky fue poniéndose nervioso y acabó por levantarse de la silla para ir a inspeccionar el lugar. Cuando volvió junto a los demás, les dijo que había encontrado una portezuela, detrás de la hilera de jaulas en donde se encontraba Zip y la había abierto, para dar a los animales un poco de entrada de aire fresco.

—¿No veis cómo están todos jadeando?

—Esperemos que ninguno de los perros del concurso se escape por esa puerta, Ricky —murmuró Pam.

Los hermanos Hollister llegaron a pensar que nunca iba a llegarle a Zip el turno de exhibirse. Pero, al fin, se anunció el turno de los perros de adiestramiento infantil.

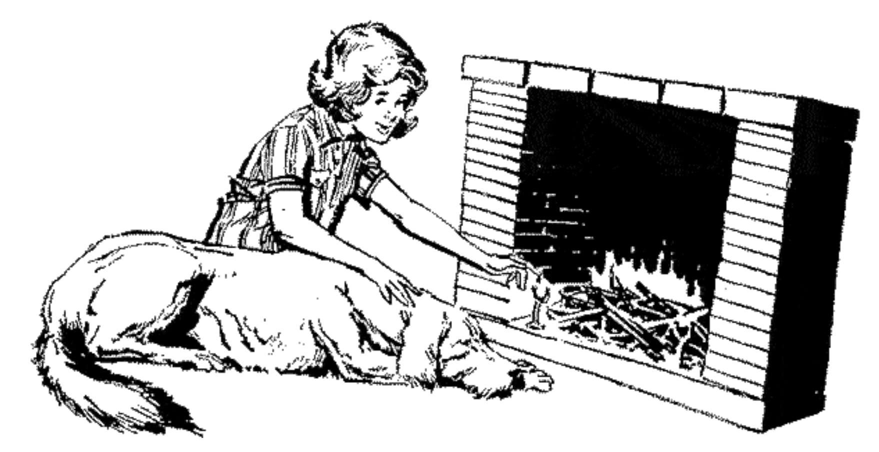
Pam empezó a sentir cierta angustia. ¿Respondería Zip a todas

sus indicaciones, igual que había hecho en casa, diariamente?

Muy pronto tuvo que llevar a su perro a la pista, muy contenta al ver que Zip iba tras ella sin vacilar ni un momento.

—¿Tú crees que podremos ganar, Pete? —preguntó Ricky, dando nerviosos tirones de la manga de su hermano.

—Yo creo que sí. Pam es una domadora estupenda. Mira cómo la obedece Zip.



Después que se hubieron exhibido todos los perros de la categoría «Infantil», Holly y sus hermanos se levantaron de sus sillas, esperando, casi sin aliento. Tres de los componentes del jurado calificador iban y venían lentamente delante de Zip y otros dos perros.

Por fin, escribieron algo en unos pedazos de papel y uno de los tres llevó los papeles a la mesa del jurado. El presidente leyó lo que decían y, en seguida, tomó la cinta azul, que constituía el primer premio. El corazón de todos los hermanos Hollister latía con fuerza en su pecho, cuando el presidente empezó a hablar:

—La cinta azul, de la categoría infantil, destinada al perro que, en general, haya mostrado mejores características, vamos a entregarla. —El hombre hizo una leve pausa para sonreír, y añadió —: ¡A la señorita Pam Hollister por su perro Zip!

—¡Hurra! —gritó Ricky, sin poder contener una zapateta—. ¡Hurra!

Pete declaró, muy serio:

—Desde luego, tenemos un buen perro.

En aquel mismo momento, Joey Brill, un chicazo alto y ancho, de doce años, que siempre buscaba el medio de molestar a los Hollister, se abrió paso entre la gente, para acercarse a Zip. Arrugando la frente en un gesto antipático, masculló:

—¡Pobres Hollister, os imagináis que sois lo más importante de la exhibición, total porque vuestro perrucho ha ganado un trozo de cinta!

—No le hagas caso, Pete —aconsejó Pam en un susurro, cuando su hermano se volvía ya hacia Joey—. Tiene envidia porque no ha traído un perro a la exhibición.

Ricky se interpuso entre Joey y Pete, anunciando que iba a llevarse a Zip a la calle, para que tomase el aire. Holly resolvió acompañarle.

Ahora Joey dedicó su atención a un pequeño perro policía que aullaba en la jaula inmediata. Acercando la cara al nervioso perrito, el chico imitó un agudo ladrido, al tiempo que azuzaba al animal con su programa. De repente, Joey dio un chillido.



—¡Esta fiera me ha mordido!

El señor Brill, que estaba sentado a poca distancia, corrió hacia su hijo, mientras el propietario del perro acudía a defender al animalito. Los dos hombres intercambiaron palabras agresivas, hasta que, en medio de la confusión, se oyó la voz de Pam que decía:

—¡Joey se lo tiene merecido! ¡Estaba molestando al perrito!

El propietario repitió aquellas palabras a los componentes del jurado, que se habían puesto en pie para indagar los motivos de la discusión. Naturalmente, el perro policía había de ser descalificado, si se demostraba que había mordido al chico sin motivo alguno. Pero otras personas que habían presenciado lo ocurrido informaron de que eran ciertas las palabras de Pam, y se pidió a Joey que saliese de la Armería.

Por entonces se produjo otro conflicto. Una tal señora Milton anunció con gritos de preocupación que su perrito de aguas, que había ganado el primer premio, acababa de desaparecer de la jaula, contigua a la de Zip. Los niños recordaban muy bien al hermoso animal. Mientras todo el mundo salía al vestíbulo, Pam preguntó a Pete:

—¿Supones que habrá sido Joey quien le ha dejado escapar?

No había tenido tiempo Pete de contestar, cuando por la puerta trasera del edificio entró Holly, haciendo oscilar de un lado a otro sus trenzas, mientras corría.

—¿Qué pasa? —quiso saber Pam, al ver aparecer a su hermana, con tan incomprensible prisa.

Las palabras salieron atropelladamente de labios de Holly.

—Es un hombre. Llevaba en los brazos el perrito de la señora Milton. Zip le persigue y Ricky también.

Antes de que Holly hubiera concluido, ya Pete salía corriendo del edificio, seguido por las dos niñas. En seguida, pudieron ver a Zip y a Ricky corriendo desesperadamente, tras un hombre vestido con un traje azul oscuro. Zip estaba a punto de darle alcance, porque el ladrón se retrasaba a causa de las patadas del perro de aguas, que luchaba por desprenderse de sus brazos.

—¡Atrápale, Zip! —gritó Ricky, en voz tan alta que todos sus hermanos pudieron oírle.

ZIP DESAPARECE



Zip iba aproximándose más y más al hombre que huía. Todo hacía suponer que el perro ganaría aquella carrera. Pero, antes de que el animal hubiera dado alcance al ladrón, un coche negro, que estaba aparcado a un lado del camino, puso el motor en marcha y se abrió la portezuela trasera.

El hombre con el perro de aguas saltó al interior y el sedán se puso en marcha por la carretera principal. Zip sólo titubeó un momento. En seguida se lanzó tras el coche, en una carrera desenfrenada y pronto no fue más que un oscuro punto en la lejanía.

—¡Oh! Tendría que haber por aquí un policía que persiguiera a ese coche —exclamó Pam, llena de inquietud.

—¡Aquí está el oficial Cal! —anunció Holly con voz trémula por la fatiga, desde la esquina a donde había llegado buscando un guardia.



Todos corrieron a hablar con el guapo y joven policía que se había convertido en su amigo.

—Yo perseguiré al ladrón —declaró el agente, saltando a la motocicleta que tenía junto a la acera, y embocando a toda prisa la carretera.

Se había abierto la puerta de la Armería y una riada de gente invadió la acera. Entre aquellas personas estaba el padre de Dave Meade, un amigo de Pete. El señor Meade se acercó a los niños, saludando:

—¡Hola, jóvenes Hollister! ¿Dónde está vuestro precioso perro ganador?

Apresuradamente, Pete le contó lo ocurrido, y le pidió después:

—Señor Meade, ¿no podría usted ayudarnos a seguir al oficial Cal? Él ha salido en persecución del ladrón.

—Naturalmente. Ahí está mi coche. ¡Todos arriba! Vamos tras él —dijo el señor Meade—. Dave lamentará haberse perdido esto. Se marchó a casa hace un momento.

Los Hollister subieron al coche que se puso en marcha, veloz como una flecha, por la carretera, en persecución de Cal y del hombre que había robado al perro ganador. Recorridos unos tres kilómetros de la carretera principal, la motocicleta del oficial hizo un giro, para seguir un camino polvoriento y el señor Meade le imitó.

—Éste es el camino viejo del aeropuerto explicó a los niños.

Al volver una curva, pudieron ver la motocicleta detenida a un lado del camino.

—¡Mirad! —gritó Pete—. ¡El coche del ladrón está en la cuneta! ¡Si por lo menos les han detenido…!

El señor Meade detuvo su coche y todos saltaron al caminó. No había nadie en el interior del coche negro al que había estado persiguiendo. El inspector Cal se encontraba cerca, buscando con interés por todas partes.

—¿A dónde han ido los ladrones? —preguntó Pete.

El policía se encogió de hombros, contestando:

—Han desaparecido antes de que yo o vosotros llegásemos aquí.

—¿Y dónde está Zip? —se apresuró a indagar Pam.

El oficial dijo que no había visto al perro.



—Le llamaremos y vendrá —propuso Ricky, mientras el policía volvía a alejarse, en busca de pistas que pudieran indicar la dirección tomada por el ladrón del perro y su amigo.

—¡Zip! ¡Ven, Zip! ¿Dónde estás, Zip? —llamaron.

Luego aguardaron, esperanzados, pero Zip no se presentó. Ricky empezó a buscar y sacudir todos los arbustos próximos, temiendo que el perro estuviese por allí, herido, y no pudiera responder a sus llamadas. Los demás fueron hasta un arroyuelo que corría bajo un puente, buscando alguna pista de Zip.

Pam fue la primera en ver algo.

—¡Ahí está la cinta azul de Zip! —gritó la niña, corriendo a la orilla del riachuelo.

Holly y Pete corrieron tras su hermana. De una pequeña planta pendía una cinta azul, sucia de barro.

—¡Oficial Cal! —Llamó Holly—. ¡Venga, venga, haga el favor!

El policía llegó corriendo, junto a ellos y cogió la cinta azul que Pam tenía en la mano.

—Es la cinta que ha ganado Zip en la exhibición, oficial Cal —explicó Ricky, que se acercaba a toda prisa al grupo.

—En ese caso, vuestro perro no puede estar muy lejos —opinó el oficial.

Por entonces ya habían llegado en coche otras varias personas a aquel lugar. Todos fueron hacia el arroyo, pensando que encontrarían algún indicio para dar con el ladrón. Un hombre exclamó con desespero:

—¿Y el perro de mi esposa? Su perro, Campeón Encantado Fernlake, es un perro «sabio» que vale varios miles de dólares. ¡Tengo que encontrarle, oficial!

Cal asintió, mientras devolvía a Pam la cinta azul.

—Encontraremos al ladrón —aseguró, lleno de confianza—. Tenemos dos cargos contra él y su acompañante. El coche que llevaban no era suyo.

—¿Es que lo robaron? —quiso saber Ricky.

Cal sacó del bolsillo superior de su uniforme, un papel donde iban anotados tres números de licencias automovilísticas.

—Los tres son matrículas de coches robados —dijo—. El segundo es el mismo número que la matrícula del coche caído en la cuenta.

El señor Meade permitió a los niños buscar un poco más por los campos próximos, pero luego les anunció que era preciso volver ya a casa. Cuando el señor Meade dejó a los Hollister en la gran casa, situada a orillas del Lago de los Pinos, los niños formaban un grupo de caritas llenas de tristeza.

La señora Hollister se sintió tan preocupada como sus hijos por lo ocurrido y propuso poner un anuncio en el periódico «El Águila» de Shoreham, para que saliese publicado a la mañana siguiente. Los

niños corrieron a ponerlo y, mientras Pete lo redactaba, en el mostrador de las oficinas del periódico, Pam señaló un letrero de la pared, que decía:

NUESTROS ANUNCIOS DAN BUEN
RESULTADO

Cuando regresaban a casa, desde el periódico, los Hollister se encontraron con Joey Brill. El chicazo se aproximó, corriendo y levantó un puño amenazador ante la cara de Pam.

—¡Me pagaréis lo que me habéis hecho en la exhibición canina! —exclamó—. ¡Y me alegro de que haya desaparecido vuestro perrucho! ¡Os está bien merecido!

Aquello era más de lo que Pete podía soportar. Con un fuerte puñetazo dejó al grandullón tambaleándose.

Joey recuperó el equilibrio y apretó los puños. Pero en seguida, viendo lo enfadado que estaba Pete y sabiendo que los cuatro Hollister serían más fuertes que él, decidió no pelear. Murmurando unas palabras de rabia, se alejó, y los Hollister siguieron su camino a casa.

Todos se sintieron aún más tristes al llegar a la puerta y sin que Zip hubiera salido a saludarles tan alegremente, como solía hacerlo. La madre les dijo que el señor Hollister había ido a reunirse con el grupo que buscaba a los ladrones, tan pronto como se enteró de la desaparición de Zip. Todos esperaron al padre, esperanzados, sin apenas haber probado la cena. El señor Hollister regresó solo. Cuando la madre intentó alegrar a la familia, hablando del viaje a Florida, Pam, muy entristecida, murmuró:

—Mamá, no podemos irnos hasta que hayamos encontrado a Zip.

El padre contempló con admiración a su hija.

—Me doy cuenta de lo que os ocurre, hijos, y ya he cancelado las reservas para el avión —dijo—. Iremos a Florida, solo si Zip aparece dentro de uno o dos días.

A las nueve de la mañana siguiente sonó el teléfono y Holly contestó a la llamada. La voz de una mujer preguntó:

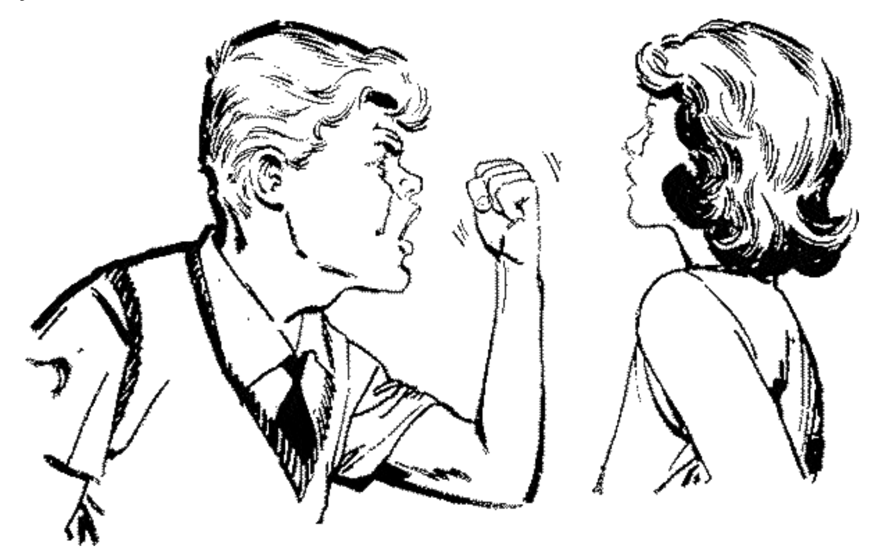
—¿Es ahí la casa de los Hollister?

—Sí —contestó Holly, a toda prisa.

—Creo que he encontrado a ese perro perdido —dijo la señora —. Ayer por la tarde entró, cojeando, en mi patio. Pero no lleva collar y no he podido suponer a quien pertenecía hasta que he leído el anuncio en el periódico. Supongo que se trata de ese perro pastor, pero debo advertirles algo. El animal parece estar mal herido.

—¡Oooh! —exclamó Holly, llena de angustia.

Con los ojos llenos de lágrimas, la niña se apartó del teléfono, y dijo a los demás:



—Es una señora que se llama Parkers. Dice que vive en Three Miles Corner y que ha encontrado un perro que debe de ser Zip. Pero que está herido.

—¡Canastos! —exclamó Ricky empezando a saltar por la habitación—. Hay que ir en seguida a verle.

Pete se ofreció a llamar por teléfono a su padre, para ver si podía llevarle lo antes posible a casa de la señora Parkers. El señor Hollister, dueño del Centro Comercial, un establecimiento donde se vendían artículos de ferretería, deporte y juguetes, situado en el centro de Shoreham, había tenido que ir allí para repasar un pedido especial, que tenía que ser enviado aquella mañana. Después, estaría libre porque, generalmente, no trabajaba los sábados.

—Dentro de cinco minutos estaré en casa —dijo a Pete, cuando

éste le contó lo que acababa de decir la señora Parker por teléfono.

—Te estaremos esperando en la puerta, papá —dijo Pete, antes de colgar.

Mientras los cuatro mayores se apresuraban a ponerse los abrigos y los gorros, la señora Hollister dijo:

—Sue y yo pondremos una manta limpia en la cesta de Zip y le prepararemos leche, mientras vosotros estáis fuera. ¡Confío en que el pobre animalito no tenga nada serio!

En cuanto el señor Hollister detuvo en el camino del jardín la furgoneta, los cuatro niños subieron y él reanudó la marcha, en dirección a Three Miles Corner.

—Indy y Tinker están cuidando del almacén —dijo el señor Hollister.

Se refería al viejo señor Tinker, un hombre muy bueno y amable, y a un indio que se llamaba Indy Roades, que trabajaban en el Centro Comercial.

Cuando se encontraban en las afueras de Shoreham, Ricky señaló al exterior, al tiempo que gritaba:

—¡Mira, papá! Ahí llega el oficial Cal, en su motocicleta.

Cuando se aproximaba el policía, el señor Hollister tocó la bocina y detuvo el coche. Cal fue a pararse al lado de la furgoneta.

—¿Tienen alguna noticia de Zip? —preguntó.

—Sí. Parece que sí —respondió Pam—. Pero estamos muy preocupados.

Yla niña contó al oficial todo lo que la señora Parker había dicho.

—Ahora vamos hacia Three Miles Corner, para ver si es Zip el perro que ha recogido esa señora —informó Pete.

—Muy bien. Pues yo iré delante, como escolta policial —propuso Cal Newberry.

—Soy el presidente de los Estados Unidos, con mi escolta de policía particular —bromeó Pete.

Pam se irguió, muy digna, declarando:

—Pues yo soy nada menos que una reina, que viaja en su carroza real.

El señor Hollister rió, diciendo:

—Veo que el oficial Cal se ha desviado de la carretera principal.

¿Me dan permiso para seguirle, mis distinguidos pasajeros?

Todos estallaron en risas, contestando:

—Sí, sí, papá.

—Éste es el camino donde volcó el coche del ladrón del perro —recordó Ricky que, al llegar a aquel punto de la cuneta, exclamó perplejo—: Pero ¡ya no está el coche!

—Lo retiraría la policía —opinó el señor Hollister.

Siguieron avanzando. Unos kilómetros más allá, la motocicleta empezó a reducir su marcha y los Hollister pudieron ver que estaba llegando a un cruce de carreteras, donde el campanario de una iglesia se elevaba hacia el cielo. Cuando estuvieron algo más cerca, distinguieron una casita de campo, pintada de amarillo, que quedaba medio escondida entre los árboles. Detrás corría un riachuelo, entre pedruscos.

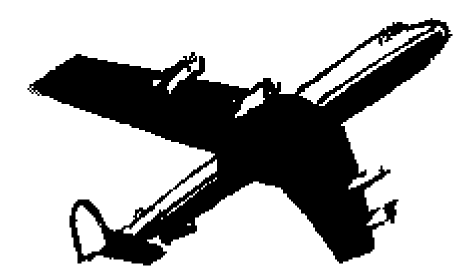
—¿Verdad que fue aquí donde encontramos la cinta azul? —preguntó Pete—. Seguramente fue éste el camino que siguió Zip para llegar a la casa de los Parker.

En el prado que rodeaba la casita había un letrero donde se leía: «PARKER». El oficial Cal ya había desmontado y esperaba a los Hollister. Mientras éstos se acercaban, una señora joven abrió la puerta de la fachada.

—Ustedes deben de ser los Hollister —saludó, amigablemente—. Tengan la bondad de entrar. El perro está en la cocina, junto al fogón.

¿Sería Zip aquel perro?

UN EMOCIONANTE VIAJE EN AVIÓN



—¡Sí! ¡Es nuestro Zip! —exclamó Pete, corriendo a arrodillarse junto al perro pastor, que estaba tendido en una estera, al lado del fogón—. No, Zip. No pruebes a levantarte.

Los demás rodearon a su perro, que daba débiles ladridos y hacía esfuerzos por levantarse, al tiempo que sacudía ligeramente la cola. Pero la pata trasera izquierda debía de estar muy dolorida, porque Zip volvió a dejarse caer en seguida sobre la estera.

—¡Pobrecito mío! —exclamó Pam, llena de ternura.

El señor Hollister se acercó a examinar la pata del animal.

—Zip ha debido de recibir un golpe, con algo muy pesado —opinó—. No creo que tenga la pata rota, pero probablemente cojeará bastante tiempo.

—Estoy contenta de que no haya sido nada peor —dijo Pam que se volvió a la señora Parker, para añadir—: Muchas gracias por haber cuidado a nuestro perro.

—Yo me alegro tanto como vosotros de que haya aparecido —replicó la amable señora.

El oficial Cal preguntó a la señora Parker si había visto personas sospechosas por los alrededores. La señora explicó que la tarde anterior había visto a dos hombres que cruzaban sigilosamente el campo que quedaba detrás de la iglesia. Uno de ellos llevaba un gran bulto, envuelto en una lona.

—¡Seguro que, envuelto en esa lona, iba el perro de aguas! —

declaró Ricky, a gritos.

—Probablemente, tiene razón —concordó Cal, que luego explicó a la señora a qué se refería Ricky.

—Lamento mucho todo esto —dijo ella—. Es una lástima que no me fijase por donde se marcharon esos hombres.

Entre Pete y su padre ya habían levantado a Zip y se dirigían a la salida y Ricky se adelantó, corriendo, para abrir la puerta trasera de la furgoneta, en cuyo asiento fue colocado Zip. Pam entró también en esa parte del vehículo y colocó en su regazo la cabeza del animal. El señor Hollister y los demás se acomodaron lo mejor que pudieron en la parte delantera y, después de despedirse del oficial Cal, volvieron a saludar una y otra vez con la mano a la señora Parker, mientras gritaban:

—¡Gracias! ¡Muchas gracias!

En cuanto el señor Hollister y sus hijos mayores llegaron a casa, Sue acudió corriendo para abrazar al perro herido.

—¡Zip queridito! —murmuró con ternura—. No vuelvas nunca a perseguir a un «señor ladrón».

Otra vez entre Pete y su padre levantaron al perro, para llevarle a la cocina, donde le colocaron en su cesta, sobre la manta limpia. Para demostrar su alegría, Zip no cesaba de menear la cola.

—Está diciéndonos lo complacido que se siente de volver a estar en casa —dijo Pam, mientras sus hermanos iban de un lado a otro, dando saltos de alegría.

—Voy a avisar al veterinario para que vea a Zip —decidió el señor Hollister, acercándose al teléfono.

Un poco después llegaba el doctor Wesley que dijo lo mismo que ya supusiera el padre de los Hollister. Zip no tenía ningún hueso roto, aunque había recibido un golpe muy fuerte.

—Alguien ha dado una buena paliza al pobre animal —declaró el doctor Wesley—. Pero habéis tenido suerte de que no os lo hayan robado, también. Todavía no se ha encontrado la menor huella de ese otro valioso perro de aguas, ni del hombre que lo robó.

Zip parecía sentirse mucho mejor, aunque todavía prefería pasarse la mayor parte del tiempo tumbado sobre la manta. En vista de que el animal pronto se pondría bueno, Pete dijo a su padre:

—¿Qué hay del viaje a Florida? Ahora sí podemos ir.

—Veré si puedo conseguir reservas para el avión de mañana.

En seguida se marchó el señor Hollister al centro de la ciudad, y al volver a casa por la tarde, anunció que tenía buenas noticias para la familia.

—Los billetes ya están reservados. Saldremos para la tierra del sol mañana por la tarde.

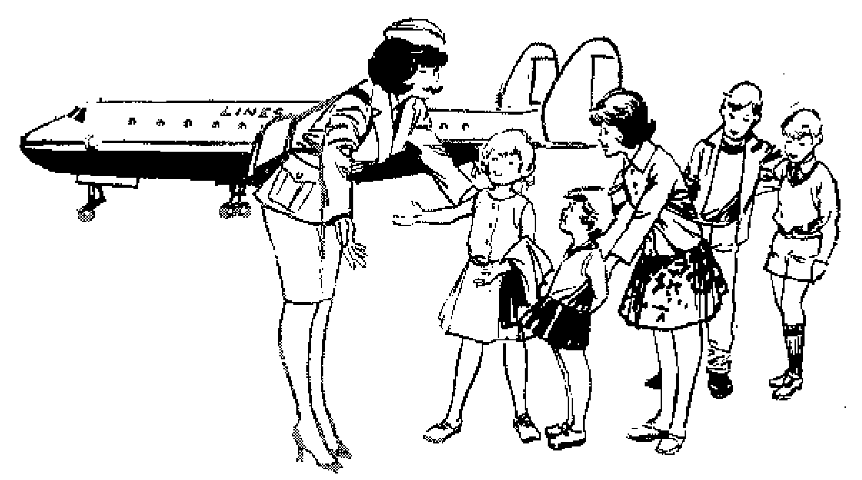
—¡Y dentro de dos días, estaré en la playa, bañándome! —exclamó, alegremente, Ricky.

—Ten paciencia, tontito —dijo la madre, entre risas—. Antes, tenemos mucho que hacer. Lo primero de todo es ver de qué modo dejamos a nuestros animales bien atendidos.

—Seguro que a Indy no le importará llevarse a Zip a su casa —opinó el pelirrojo—. Zip y él son muy buenos amigos y así Zip no se sentirá solo.

—Sí. También yo creo que Indy querrá quedarse con el perro —asintió el señor Hollister—. También le pediré que se encargue de venir a dar la comida al burro y los gatos.

—Seguramente Dave Meade querrá venir todas las tardes a atender a Domingo —dijo Pete—. El burro necesita dar una carrerita todos los días, si no se volverá perezoso.



El mayor de los Hollister fue a telefonear a su amigo, quien se mostró muy contento de poder hacerle aquel favor. Indy también estaba dispuesto a cuidar de los otros animales y, además, se ofreció para conducir a los Hollister, en la furgoneta, hasta el aeropuerto.

El domingo por la mañana, toda la familia se levantó temprano para preparar el viaje. Después de ir a la iglesia y de comer apresuradamente, se recogieron las últimas cosas necesarias y se echó la llave a las maletas. Indy llegó puntualmente para llevar a los entusiasmados niños, y a sus padres, al aeropuerto.

—Al regresar —dijo—, me llevaré a Zip. Y no os preocupéis que cuidaré bien de él.

—¿Vas a ser un señor niñera? —indagó Sue.

Indy rió con los demás y contestó:

—Eso es. Seré igual que su niñera y me ocuparé de que se ponga bien, mientras vosotros estáis fuera.

Al llegar al aeropuerto, los cinco niños corrieron al edificio de administración. Se sentían igual que viejos viajeros veteranos, puesto que ya habían ido varias veces en avión. Después que les pesaron el equipaje y les hicieron el seguro sobre el billete, los Hollister fueron a esperar al avión. Pronto se vio descender al gran avión de línea que hacía escala en Shoreham. Los niños subieron apresuradamente los escalones que llevaban al avión y, de pronto, se detuvieron en seco. Una guapa azafata, de cabellos oscuros, exclamó riendo:

—¡Otra vez los felices Hollister! Bienvenidos para el vuelo 702. ¿No me recordáis?

—Pero ¡si es la señorita Gilpin! —dijo Pam, muy contenta—. Yo creía que usted trabajaba sólo en aviones que van al Oeste.

—Me trasladaron la semana pasada, a tiempo de que pueda acompañaros a Florida.

Los Hollister se sentaron; los tres hermanos menores ocuparon los asientos de ventanilla. El señor Hollister se ocupó de ver si todos se habían ajustado bien los cinturones de seguridad.

Rugieron los motores del avión y muy pronto sus ruedas corrieron sobre la pista, deteniéndose luego un momento, en espera de la señal que debía dar la torre de control.

—¡Ya nos vamos! —gritó Holly.

Pronto el avión se elevó por los aires y los Hollister se quitaron los cinturones.

—Ahí está Three Miles Corner —anunció Holly, con la naricilla aplastada contra el cristal de la ventana—. Y hasta veo la casa de

los Parker.

Pronto el paisaje que les era tan conocido fue haciéndose muy pequeño a medida que el aparato iba ganando altura. Al poco, unas grandes nubes, onduladas, se interpusieron entre el avión y la tierra.

—¿Sabéis qué parecen esas nubes? —preguntó Ricky—. Nata batida, sentada en el cielo.

—Pues a mí me parecen corderitos chiquitines, durmiendo en unas camitas azules —opinó Holly.

Pero muy pronto desaparecieron aquellas «camitas azules» y las nubes aparecieron como una masa enorme y seguida, que ahora tenía color gris. Los niños se alegraron mucho de que, al cabo de un rato, la señorita Gilpin fuese a sentarse al otro lado del pasillo, cerca de Pete y Ricky. Pam y Holly iban sentadas detrás de los dos chicos. Entre todos, hablaron a la azafata de la desaparición de Zip y del perro de aguas.



De pronto, a Pete se le ocurrió una idea. El coche del ladrón iba en dirección al aeropuerto. ¡A lo mejor había huido en avión!

—El viernes, ¿no fue en el avión un pasajero que llevaba un perro de aguas, blanco? —Preguntó a la señorita Gilpin—. Era un hombre con un traje azul oscuro.

La azafata puso cara de asombro y en voz baja, replicó:

—El viernes por la tarde, en el momento en que el avión iba a despegar de Shoreham, llegó apresuradamente un hombre, vestido

de azul oscuro. Estuvo a punto de perder el avión.

—¿Llevaba un perro? —preguntó Ricky, nerviosísimo.

—No, pero llevaba un gran paquete, con unos orificios en la parte superior —informó la azafata—. Yo pensé varias veces que, dentro, tal vez iba un animal. El hombre era muy antipático y llevaba una mano vendada.

—¡Era él! —exclamaron a coro los Hollister.

YRicky reflexionó:

—Seguro que aquel perrito blanco le dio un mordisco.

—¿Ese hombre fue hasta Florida? —quiso saber Pete.

—No. Recuerdo muy bien que dejó el avión en Greenville. Es la escala que hace este avión a medio camino de Florida —contestó la señorita Gilpin.

—¡Zambomba! ¡Qué pista tan estupenda! —se entusiasmó Pete.

Holly indagó:

—¿Y dónde iba sentado ese hombre malote?

La azafata pensó unos momentos y al poco señaló el asiento que ocupaba Ricky.

—Estoy segura de que iba en el asiento número veinte, junto a la ventanilla. También recuerdo su nombre: Fred Smith.

Sonó un zumbador y la azafata acudió a la llamada del piloto. Pete quedó pensando en Greenville y deseando que se detuvieran allí bastante rato para poder hacer averiguaciones sobre el ladrón del perro blanco.

—Papá, ¿no te parece que tendríamos que contarle todo esto al oficial Cal? —preguntó el muchacho.

—Estás dando por cierto que ese viajero del avión era el ladrón —sonrió el señor Hollister—. Pero es preferible obrar con calma y no acusar a nadie injustamente.

Con una alegre risa la señora Hollister comentó:

—Hijitos, os habéis convertido en tan buenos detectives, que pensáis en todo. Pero yo no me haría demasiadas ilusiones sobre poder encontrar al hombre que robó ese perro.

En aquel momento se oyó un grito de Ricky, que había estado rebuscando por su asiento.

—¡Mirad! ¡A lo mejor es una pista! —exclamó, mostrando un arrugado papel que sacudía en la mano.

Pete recogió el papel y lo leyó en voz alta, mientras lo alisaba.

¡VENID TODOS AL GRAN CIRCO MÁGICO!
¡SOBERBIOS ACRÓBATAS!
¡MAGOS ORIENTALES!
¡ARTISTAS DEL TRAPECIO!
SORPRENDENTES EQUILIBRISTAS
LOS MÁS MARAVILLOSOS PERROS
SABIOS DEL MUNDO



—¿Perros sabios? —repitió Pete—. El perro de aguas no era un perro sabio, sino un perro amaestrado.

—Sigue leyendo, Pete. Sigue —pidió Holly, apremiante.

Y Pete continuó:

VERÉIS LOS ANIMALES SALVAJES
Y LOS HOMBRES DE LA JUNGLA
ELEFANTES, LEONES, TIGRES
NO OS PERDÁIS
ESTE ESPECTÁCULO MARAVILLOSO

—¡Canastos! ¡Cómo me gustaría ver todo eso! —gritó el nerviosillo Ricky.

—¿Y dónde está ese circo? —preguntó Pam.

Pete ojeó por todas partes el papel y repuso:

—Lo raro es que no lo dice. ¿Verdad que es raro, papá?

El señor Hollister miró el papel.

—Yo creo que esto no es más que una prueba de imprenta —

Pete opinó—. Seguramente tendrían que añadir más detalles a este folleto.

Ricky quedó muy desencantado y así lo hizo saber a su familia, pero el padre le tranquilizó, diciendo que habría muchos animales salvajes en el circo El Sol, que tenían que visitar. Luego, aconsejó a sus hijos que se entretuvieran un rato, leyendo. Sue se durmió inmediatamente, mecida por el vaivén del avión.

Dos horas después se despertó, diciendo:

—Mamaíta, este avión es como un caballito de balancín. No hace más que dar saltos.

La pequeña tenía razón. El gran avión de pasajeros no cesaba de dar sacudidas, como si fuese una gran pelota de goma y ahora las nubes parecían monstruos en lugar de dulces corderitos. Minuto a minuto, el cielo se iba volviendo más negro.

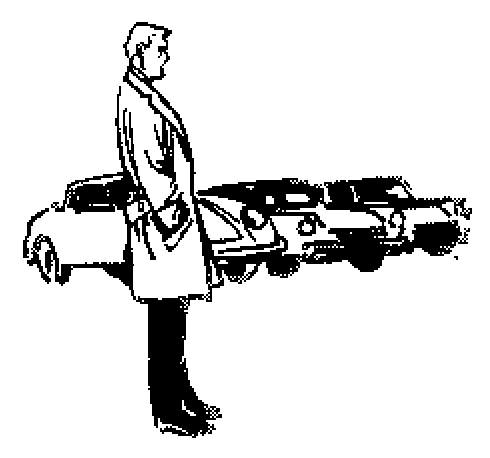
El avión se inclinaba hacia delante, hacia atrás, en rápidas sacudidas, intentando esquivar las nubes. De pronto, un torrente de lluvia azotó las ventanillas. Se oyó entonces la voz serena y apaciguadora de la señorita Gilpin que les informaba:

—El piloto dice que no tardaremos en cruzar la zona tormentosa. Pero, de no ser así, tomaremos tierra en Greenville y esperaremos a que haga mejor tiempo para la navegación aérea.

Pete dio un codazo a Ricky, exclamando lleno, de esperanzado júbilo:

—¡Zambomba! ¡Ojalá tengamos que esperar en Greenville! Así nos quedaría tiempo para buscar ese perro robado.

EL CLUB DE DETECTIVES



El viaje aéreo iba haciéndose cada vez más difícil. La lluvia cayendo a raudales, azotaba las ventanillas.

—Vamos a aterrizar en Greenville —anunció a los pocos minutos la azafata—. Tengan la bondad de ajustarse bien los cinturones de seguridad. A causa de la tormenta, el vuelo 702 no se reanudará hasta mañana por la mañana.

—¡Zambomba! ¡Está hablando de nuestro avión! —dijo Ricky, hablando con su hermano—. Lo hemos conseguido. ¡Viva! ¡Así podremos buscar al ladrón!

Mientras el avión se deslizaba hacia abajo, a través de la espesa cortina de nubes negras, los hermanos Hollister disfrutaron de lo lindo con la sensación de hormigueo producido por el rápido descenso.

—Papá, ¿cómo puede ver el piloto por donde va, en la oscuridad? —indagó Holly.

—Cuando no puede ver la tierra, conduce guiándose por instrumentos, hijita —contestó el padre—. Y recibe instrucciones por radio desde la torre de control del campo en donde tiene que

aterrizar.

Las explicaciones del señor Hollister dieron a Ricky una idea para un juego.

—Pete, tú eres el hombre que está en la torre de control. Yo conduzco un avión, guiándome por los instrumentos. Preparados. Espero instrucciones desde la torre.

—Siga volando en círculos, hasta que yo le avise de que el campo está libre —ordenó Pete.

—¡Me estoy quedando sin combustible! —exclamó el piloto Ricky—. Tendré que tomar tierra ahora mismo.

—¡Mirad todos! —gritó Holly—. Ya estamos llegando. Ya veo las luces de abajo.

Al cabo de un momento el avión se posaba suavemente en tierra e iba a detenerse ante un gran edificio. Cuando aproximaron las escaleras deslizantes a la puerta del avión, la señorita Gilpin abrió y todos salieron.

Los Hollister atravesaron corriendo aquel torrente de lluvia, penetraron en el edificio de administración y se sacudieron las ropas empapadas. Inmediatamente, Ricky empezó a mirar por todos los rincones de la sala de espera y luego murmuró al oído de Pete:

—El ladrón del perro a lo mejor estuvo en esta misma sala. ¡Hay que buscar pistas en seguida!

Los dos chicos empezaron a ir de un lado a otro, afanosamente, pero su padre les interrumpió la tarea, diciendo:

—No os alejéis así, muchachos. Una limousine del aeropuerto está esperando para llevarnos a un hotel de la ciudad.

Mientras avanzaban en el vehículo, a través de calles inundadas por la lluvia, Sue anunció con su vocecilla cantarina:

—Tengo ganitas, mami. ¿Es que en este coche avión no dan comidas, como en los aviones?

Varias personas se echaron a reír y la señora Hollister contestó:

—No, nena. Aquí no dan comidas. Cenaremos en cuanto lleguemos al hotel.

Poco después se detenían ante un edificio blanco, con altas columnas que sostenían la techumbre del porche. Todos los pasajeros se apearon y entraron en el hotel.

Mientras el señor Hollister firmaba en el libro de inscripción de

huéspedes, el recepcionista, que estaba tras el mostrador, hizo a los niños un amigable guiño y comentó:



—No es frecuente que en nuestros libros de entrada se lean siete nombres seguidos de una misma familia. Espero que se encuentren a gusto aquí.

—Vamos a tener mucho trabajo —explicó Ricky, también sonriendo—. ¿Admiten ustedes perros en el hotel?

—Naturalmente —afirmó el empleado, lleno de orgullo—. ¿Es que traéis alguno?

—No. No traemos ninguno. Pero estamos buscando uno.

—Aquí vienen con frecuencia personas con perros. Ayer mismo o tal vez fuese anteayer, vino un señor con un perro de aguas, de color blanco.

—¡Oooh! —exclamó Ricky, al tiempo que todos sus hermanos daban muestras de sorpresa.

—No vimos mucho al perro —siguió explicando el recepcionista —. El hombre lo tuvo casi todo el tiempo en su habitación.

—¿Fue el viernes por la noche, cuando llegó ese señor? — preguntó Pete.

—Creo que sí. Esperad, que lo miraré en el libro. —Después de pasar unas hojas del libro de registro, el empleado se volvió para asentir—: Sí. Fue el viernes. Y el cliente era Fred Smith, de Florida.

Los Hollister quedaron con la boca abierta. Muy nerviosa, Pam preguntó:

—Ese señor ¿había llegado en avión?

—No sé exactamente cómo había llegado —contestó el empleado con extrañeza, viendo el interés que demostraban los Hollister—. Cuando se marchó, el señor Smith iba en un coche particular.

Los niños habrían querido hacer más preguntas pero en aquel momento el señor Hollister les llamó, diciendo que estaba esperando el ascensor.

Mientras subían, Pete dijo a Pam, en voz baja:

—Apostaría algo a que el coche que llevaba el señor Smith era alquilado.

Pam movió la cabeza, dando la razón a su hermano.

—¿Y tú crees que se habrá ido a Florida en ese coche? —preguntó la niña.

—Seguramente. Tenemos que averiguar qué sitios hay en Greenville para alquilar un coche a ver si así descubrimos algo.

El ascensor se detuvo, se abrió la puerta con mucho ruido y todos salieron. Mientras el botones iba hacia el final de un pasillo, Pete y su hermana se situaron junto a la madre, para contarles su idea.

—Fíjate, mamá. Si pudiéramos enterarnos del sitio a dónde ha ido el señor Smith, nos sería más fácil todo —explicó Pete.

—Naturalmente, hijo. Lo comprendo. Podréis ir a una o dos casas de alquiler de coches, después de la cena, siempre que estén cerca del hotel y si os acompaña papá.

Después que todos hubieron visto los dormitorios y se hubieron lavado las manos y peinado, los Hollister bajaron al comedor del hotel.

Mientras esperaban a que les sirvieran la cena, Pete y Pam hablaron con el padre, para pedirle que les acompañase.

—Sí, hijos. Iré con vosotros.

—¡Qué bueno eres, papá! —dijo Pam, muy agradecida.

Riendo, el señor Hollister dijo:

—Quisiera resolver este misterio por mí mismo. Después de todo, tenemos una deuda que saldar por lo sucedido con Zip. Yo creo que fue ese hombre quien le hirió la pata.

Al concluir la cena, la lluvia se había reducido a lo que los

Hollister llamaban una llovizna escocesa. Pete, Pam, Ricky y Holly salieron con su padre. La chiquitina Sue, que estaba muy cansada, se quedó en el hotel con la madre y no tardó en irse a acostar.

La primera casa de alquiler de coches que visitaron los Hollister no había alquilado ninguno de sus coches a ningún Fred Smith, ni nadie con la mano vendada había estado allí el viernes.

—Lamento no poder ayudarles —dijo el empleado—. ¿Han ido a preguntar en la casa de autos de alquiler, sin chófer, que está al final de la calle?

—No. No hemos ido. Gracias por la sugerencia —contestó el señor Hollister.

A buen paso se dirigieron al lugar indicado, que era una gran gasolinera donde, además, se alquilaban coches. En respuesta a las palabras de Pam, la señorita Erwin, una empleada, dijo:

—Sí. Alquilamos un sedán negro a un tal señor Fred Smith, el viernes por la noche. Ahora, francamente, lo lamentamos.

—¿Por qué? —preguntó la niña, muy interesada.



—El señor Smith debía haber devuelto el coche a la agencia esta mañana —explicó la joven, arrugando la frente—. Pero no hemos sabido nada de él hasta la tarde de hoy. La policía de Georgia nos ha informado que ha sido encontrado el coche que conducía, volcado en una cuneta.

—Es una lástima —se condolió Pam—. Supongo que el señor Smith no habrá dejado el coche estropeado por completo.

—No. Pero necesitará mucha reparación.

—¿Sabe usted si el señor Smith llevaba un perro? —preguntó Ricky.

—Sí. Llevaba un perro blanco de aguas. El señor Smith tenía mucha prisa por llevar a su perro a una exhibición, según dijo. Por eso necesitaba el coche.

—Me temo que no dijo la verdad —opinó el señor Hollister—. Tenemos motivos para pensar que el perro era robado. No es que ese animal sea nuestro, pero nos gustaría que su propietario lo recuperase.

—¡Oh! —Exclamó la señorita Erwin, volviendo luego a comentar lo mucho que lamentaba haber alquilado aquel coche—. Puede que se viese perseguido por la policía y por eso decidiese abandonar el coche.

El señor Hollister asintió.

—Muy bien podría ser eso. Ese hombre ya hizo algo parecido en la ciudad donde nosotros vivimos.

—¿Puedo hacer algo para ayudarles, señor? —preguntó la empleada.

—A lo mejor, sí —dijo Pete, interviniendo—. ¿Ha oído usted hablar alguna vez del Circo Mágico?

—No. Nunca. Pero puede tratarse de algún circo que en invierno se instale en Florida. Hay muchos circos que lo hacen.

—Salimos para Florida en el avión de la mañana. ¿Cree usted que ese hombre iba a Florida? —preguntó el hermano mayor.

—Es muy posible —replicó la joven—. Mucha gente viaja en coche, a través de Georgia, para ir a Florida.

—¡Caramba! Me apuesto algo a que le encontramos allí —dijo Ricky, muy convencido.

La señorita Erwin se echó a reír.

—No me gustaría estar en el lugar de ese hombre, teniendo tras mi pista a una tribu de sabuesos como vosotros, amiguitos. ¡Mucha suerte!

Mientras regresaban todos al hotel, Holly inquirió:

—¿Qué es lo que ha dicho de nosotros esa señora?

Pete adoptó una voz grave y gutural para declarar:

—Ha querido decir que somos el Club Hollister de Super-Detectives, S. A.

A todos hizo reír la ocurrencia de Pete. Pero Holly todavía insistió:

—¿Qué es eso de S. A., papá?

—Que vuestra firma comercial es una sociedad —contestó el señor Hollister—. Pero yo no daría mucha importancia a eso, para

vuestro trabajo de detectives.

—Bueno. Lo llamaremos por las iniciales —propuso Pete—. El C. H. S. D.

—¡Y el primer trabajo que tiene que hacer el C. H. S. D. es encontrar al hombre que hirió a Zip! —declaró Pam.

—¡Eso, eso! —aplaudieron los demás.

PAJARITAS DE MAÍZ Y COMPLICACIONES



A la mañana siguiente, muy temprano, el señor Hollister preguntó a sus hijos:

—¿Está el C. H. S. D. dispuesto para marchar?

Todos dejaron escapar alegres risillas, declarando que estaban ansiosos de proseguir su trabajo detectivesco. Hasta la chiquitina Sue afirmó que iba a encontrar inmediatamente al hombre malo.

—Todos arriba —dijo el padre, cuando los jóvenes detectives salieron del hotel, para ocupar asiento en el gran coche del aeropuerto.

Al cabo de media hora volvían a encontrarse en el avión y tan pronto como se elevó por los aires, los niños comunicaron a la simpática azafata todas sus aventuras de la tarde anterior.

—Yo no fui a la casa de autos de «quiler» —informó Sue, pero soy también una «tective».

La señorita Gilpin se echó a reír y Pete le habló del Club Hollister de Super-Detectives que habían creado.

—Eso me parece muy bien —afirmó la azafata—. Y ahora permitid que me vaya, para preparar el desayuno de los superdetectives.

—Déjeme que le ayude —pidió Pam.

—Muy bien. ¿Quieres ponerte un sombrero de azafata? Tengo uno sobrante.

—Sí. Me gustaría mucho —contestó la niña, siguiendo a la señorita Gilpin hacia la parte posterior del aparato.

La azafata puso a Pam el sombrero un poco ladeado y en seguida, entre las dos, se apresuraron a preparar zumo de naranja, pajaritas de maíz y bollitos dulces. Para los mayores sirvieron café en vasitos de cartulina, y para los niños, leche.

Cuando ya todo el mundo estuvo servido, Pam ocupó otra vez su asiento y empezó a comer. Un momento después, Ricky preguntaba:

—¿No hay nada más, Pam?

—¡Chist! —reprendió Sue—. Eso es de mala «iducación».

—Pues yo me he quedado con hambre —insistió Ricky—. Además, Pam es otra azafata.

La señorita Gilpin había oído al pelirrojo y apareció enseguida con una cesta llena de bocadillos de todas clases. Se la acercó primero a Ricky, y luego ofreció a los demás pasajeros.

—¿Has visto? —murmuró Ricky, clavando con insistencia un dedo en la espalda de su hermanita—. Si llego a callarme, no nos dan nada.

Cuando acabaron de comer, los niños se entretuvieron mirando por las ventanillas. Holly señaló hacia una montaña boscosa, opinando:



—Parece tan pequeña como una hormiga, y las carreteras son tan estrechas como hilos.

La señora Hollister sonrió.

—Así es como debe de ver nuestro mundo un gigante… Como el de Jack y las habichuelas.

Los ojos oscuros de Sue se abrieron inmensamente y de su boca salió un hililllo de voz muy asustada, preguntando:

—¿Hay gigantes así de altos, mami?

La madre tranquilizó a la chiquitina, diciendo:

—Vamos, Sue, sólo hay gigantes en los cuentos.

—Eso me gusta mucho —confesó Sue, respirando más tranquila.

El avión seguía avanzando por los cielos, resplandecientes de sol y al cabo de un rato se oyó exclamar a Pam:

—¡Allí está el océano!

—¡Qué playas tan blancas! ¡Lo vamos a pasar muy bien allí!

Sue quiso saber inmediatamente:

—¿Cuándo vamos a jugar con la arena?

—Puede que esta tarde. Pronto aterrizaremos.

Pete preguntó a su padre en dónde estaba el Circo Island.

—En una laguna, próxima al océano, a unos cuarenta kilómetros del aeropuerto. Iremos hasta allí en autobús —explicó el padre.

Al poco rato, el avión empezó a volar en círculo, disponiéndose a tomar tierra. Antes de bajar, los Hollister ya se habían despedido de la señorita Gilpin y Pam le dijo al oído:

—Fíjese bien si volviera a ver a un hombre con la mano vendada. Podría ser que el ladrón del perro regresase al norte.

La señorita Gilpin prometió estar alerta y añadió:

—¡Adiós y buena suerte, Felices Hollister!

Al salir del avión, los niños quedaron sorprendidos del mucho calor que hacía. El sol era tan brillante que les hacía parpadear.

—Pero ¡si es verano! —exclamó Holly, con deleite, mientras se retorcía las trencitas—. ¡Y ayer, en Shoreham, todavía era invierno!

—¡Canastos! Me gustaría vivir aquí para siempre. Podría estar bañándome todo el año —reflexionó Ricky, tan contento como sus hermanos.

Riendo, Pam le recordó:

—Pero te olvidas de que también en el norte hacemos cosas muy

divertidas, Ricky. Aquí no podemos patinar, ni esquiar, ni hacer pelotas de nieve…

Ricky arrugó su naricilla, cubierta de pecas, mientras pensaba en lo que su hermana acababa de decir. Al fin confesó:

—Bueno. Puede ser que no me gustase vivir aquí siempre, siempre.

Cuando les bajaron los equipajes del avión, el señor Hollister y los muchachos llevaron los más pesados; las niñas se hicieron cargo de los maletines más pequeños. La parada del autobús estaba a muy poca distancia.

—Ahí llega —dijo el señor Hollister—. ¿Veis? Delante se lee: Circo Island.

Entre él y Pete subieron los equipajes y todos se acomodaron.

—¡Qué bien! Va a ser un coche particular para los Hollister —observó Pam, viendo que el vehículo estaba vacío.

Ricky y Holly eligieron los asientos posteriores.

—Al final, no va a ser un coche particular para nosotros —anunció el pecosillo—. ¡Mirad!

Otros dos pasajeros acababan de subir. Uno era una señora y el otro un hombre grueso, de mejillas coloradas, que tomó asiento precisamente delante de Ricky y Holly. Inmediatamente, se quitó el sombrero y empezó a abanicarse con él.

El autobús se puso en marcha y, durante un rato, los niños permanecieron quietos. El hombre gordo se había dormido y roncaba ruidosamente, lo que hizo sonreír a todos los demás.

Mientras el autobús avanzaba, los hermanos Hollister contemplaban con entusiasmo los lugares por donde iban pasando.

—¡Oooh! —Chilló Holly, señalando las altas palmeras, que oscilaban suavemente con el viento—. ¿Y cómo se suben los monitos a esos árboles, si no tienen ninguna rama donde puedan sujetarse?

La niña suponía que en todas las palmeras tenía que haber monos.

La señora Hollister repuso, risueña:

—Me parece que, en Florida, todos los monos están en los circos o en los parques zoológicos.

—Además, a los monos no les agradarían estas palmeras —opinó

Ricky—. No tienen cocos, sólo hojas.

La señora Hollister explicó, entonces, que había muchas clases de palmeras.

—Éstas, tan altas y decorativas, nunca tienen ninguna clase de fruto; se llaman palmeras reales Hay otras muy pequeñas, que parecen un matojo de plumas y se llaman palmitos.

De pronto, Sue dio un salto en el asiento, echándose a reír.

—¡Mirad aquellos árboles con pelitos grises! —chilló—. Les cae por encima de los ojos a todos los árboles.

Gracias a las explicaciones de su padre, los Hollister se enteraron de que aquéllos eran los musgos que crecían en los robles del sur.

—No es como nuestro musgo del norte.

—No. El nuestro es como una alfombra verde, muy blanda, que crece en la tierra, bajo los árboles —dijo Pam.

Un poco después el autobús se detenía y el conductor dijo a los niños:

—Aquí podréis comprar las mejores pajaritas de maíz de todos los Estados Unidos. Nos detendremos a descansar diez minutos.

—¡Estupendo! —gritó Ricky, saliendo el primero del vehículo.

Retrocediendo unos pasos, encontraron una tienda con una máquina de preparar pajaritas, en la vitrina, los blancos granos de cereal eran sacudidos tan fuertemente, que parecían copos de nieve azotados por la tormenta.

El señor Hollister dio a Pete algo de dinero, encargándole que comprase un pequeño ramillete de pajaritas, para cada miembro de la familia. Al saber que había varias clases, Pete salió a pedir opinión a los demás. El señor y la señora Hollister, Pam y Sue eligieron la variedad preparada con sal y mantequilla. Pete y Holly prefirieron unas grandes bolas de maíz, mezcladas con melaza. Ricky no sabía por qué decidirse, hasta que vio unas bolitas más pequeñas de maíz, con mayor cantidad de melaza. Aquello era lo que prefería, según dijo.

—Sólo quiero, además, un puñadito de maíz, recién salido de la máquina.

Pete se lo dio y el pequeño no se fijó en el divertido brillo de los ojos de su hermano. Los Hollister volvieron al autobús. Ricky se sentó de nuevo en el asiento posterior y colocó el paquete de las

pajaritas con melaza sobre la redecilla de las maletas, entreteniéndose en comer el puñado de maíz que llevaba en el bolsillo.

Educada como siempre, Pam ofreció pajaritas a la señora que viajaba con ellos, quien tomó unas pocas y dio gracias a la niña por su generosidad. El señor gordo seguía durmiendo y roncando, y Pam no le molestó.

Cuando el autobús reanudó la marcha todos los niños, excepto Ricky, mordisquearon con deleite las palomitas. Todo hacía temer que el pelirrojo estuviera planeando alguna diablura.

Efectivamente. Colocando los dedos pulgar y corazón a modo de tirador, el diablillo de Ricky envió una palomita de maíz a la nuca de Pete. Al instante, Pete se llevó una mano al cogote, pero no pudo encontrar nada. Un momento después volvía a notar otro impacto en la nuca. Esta vez volvió la cabeza, pero todos los ocupantes del autobús tenían un aspecto muy pacífico.

En el tercer disparo, Ricky erró la puntería y la pajarita de maíz aterrizó en la cabeza calva del gordo señor que dormía. Éste se removió en el asiento, dio un gruñido y cambió de postura. Ricky contuvo una risa picaruela, mientras una idea cruzaba por su imaginación. Si se llegase hasta la red de equipajes, podría hacer caer, en línea recta, unas cuantas pajaritas sobre la cabeza del grueso durmiente.

Poniendo un pie sobre el asiento, Ricky se dispuso a subir. En aquel mismo instante, el señor Hollister volvió la cabeza y fijó en su hijo una mirada desaprobadora. En su apresurada retirada, el niño tomó boca abajo la bolsita de maíz con melaza que se abrió inmediatamente.

¡Plof, plof, plof! ¡Todo el pegajoso contenido de la bolsa fue rebotando en rápida sucesión sobre la cabeza del pobre señor gordo!



—¡Huy! —exclamó Ricky.

El hombre despertó instantáneamente, llevándose las manos a la cabeza. Las manos del hombre quedaron en seguida pegajosas. Parte de las pajaritas quedaron sobre el asiento, otras resbalaron hasta el suelo.

Viendo a Ricky a tan poca distancia de él, el hombre gritó, furioso:

—¡Tú! ¡Has sido tú quien lo ha hecho!

Su cara se había puesto más encarnada que nunca.

—Yo… —tartamudeó Ricky—. Yo… lo siento mucho. Es que se han caído.

—¡Limpia toda esta basura! —ordenó el hombre gordo, mientras con un pañuelo quitaba la melaza que cubría sus manos y cabeza, y se trasladaba de asiento.

—Sí… Sí, señor…

Ricky empezó a recoger las pajaritas de maíz, ahora cubiertas de suciedad. El chiquillo se sentía verdaderamente triste, y más por sí mismo, que por el señor calvo. Ricky se había quedado sin pajaritas que comer…

El señor Hollister se acercó a hablar con su hijo y sugirió que Ricky y Holly hicieran el resto del viaje quietos y callados. Un momento después, el inquieto pelirrojo vio algo por la ventanilla que le hizo olvidar su disgusto por el desperdiciado maíz.

—¡Canastos! —exclamó—. ¡Un bosque de naranjos!

—Más bien querrás decir un naranjal —le corrigió Pam, añadiendo—: ¡Qué bonito!

Al otro lado de la carretera, hasta más allá de donde podía llegar la vista de los Hollister, todo estaba cubierto de espléndidos naranjos, con sus frutos grandes y brillantes, resaltando sobre las hojas verdes.

Los viajeros hicieron una breve parada para comprar grandes vasos de zumo de aquellas frutas. Cuando ya se alejaban del naranjal, el conductor habló con el señor Hollister.

—Dispense, señor, pero si todavía no tienen ustedes reservado hotel, quisiera recomendarle un buen sitio en Circo Island. Se trata del motel La Caleta del Tesoro.

—Muchas gracias. Seguiremos su indicación —repuso el señor Hollister.

Pete se aproximó a hablar con el amable conductor.

—¿Ha estado muchas veces en la isla el circo «El Sol»?

El conductor movió afirmativamente la cabeza.

—Muchas veces, desde hace cinco años. Tienen números muy buenos, pero he oído decir que están en quiebra.

—¿Por qué? —se interesó Pete, muy extrañado por la noticia.

—No lo sé. Pero los artistas van marchándose, uno tras otro. No hace muchos días, llevé en este mismo autobús al tragasables, que había encontrado trabajo en otro circo. Pero no me dijo por qué se marchaba de «El Sol». Parece que hay algo raro en todo eso. ¿Vosotros conocéis a alguien de ese circo?

Pete meneó la cabeza.

—No. Pero nos hemos enterado de que Peppo, el payaso, quiere vender su embarcación, y papá viene para verla.

El conductor dejó escapar un silbido de sorpresa.

—¿Que Peppo quiere vender su embarcación? Muy mal deben de ir las cosas, porque tengo entendido que el payaso es dueño de una parte del circo. Bien. Hemos llegado a La Caleta del Tesoro —dijo el hombre, parando el autobús—. Que les vaya bien, amigos.

—Gracias —repusieron los niños—. ¡Adiós! ¡Adiós!

El motel La Caleta del Tesoro era un bonito grupo de casitas pintadas de esmalte rojo, con un comedorcito al aire libre y un gran jardín para que los niños pudieran jugar entre las palmeras. Estaba

rodeado por lechos de flores de la Pascua e hibiscos, encerrados en recuadros de piedra.

Mientras caminaban por el sendero de grava, hacia el motel, Holly se detuvo de improviso.

—¡Mirad! ¡Mirad! —exclamó—. Aquéllos sí que son cocoteros de verdad.

Al fondo, en la zona de bosque, se veía un grupo de palmeras con pesados racimos de cocos.

—Caramba. ¡Cómo me gustaría tener uno! —murmuró Ricky, con añoranza.

Apenas había acabado de hablar, cuando un coco se desprendió de una rama y cayó al suelo con gran ruido.

—¡Qué pronto lo has tenido! —rió Holly, mientras su hermano corría a apoderarse del oscuro fruto.

Al volver, Ricky preguntó a su padre:

—¿Cómo lo abriremos? Es más duro que una roca.

Con una sonrisa, el señor Hollister repuso que, por lo general, se empleaba un cuchillo especial para abrir los cocos.

—Pero creo que nosotros no vamos a necesitarlo —añadió, mientras golpeaba el coco contra una piedra puntiaguda, de un lecho de flores.

En seguida quedó abierto un agujero en uno de los extremos del fruto, y cada uno de los niños tomó un sorbo de la deliciosa leche de coco. Luego, el padre partió el coco en trocitos pequeños, para que cada uno pudiera comerse una parte.

Entre tanto, la señora Hollister había elegido una casita, bastante grande, para toda la familia. Todos fueron con ella y empezaron a deshacer las maletas.

En cuanto tuvieron colgados sus vestidos en el armario de la habitación que compartían con Pam, Sue y Holly salieron al exterior, donde tropezaron con Ricky. Los tres habían tenido la misma idea y siguieron corriendo en dirección a la laguna.

—Me gustaría saber si es ahí donde podremos bañarnos. Yo querría meterme en el agua —informó Ricky—, pero mamá ha dicho que no hagamos más que mirar, hasta que ella salga.

Los tres quedaron muy quietos, a orillas de la laguna, mirando al otro lado del agua, donde se encontraba Circo Island. El circo El Sol

tenía un aspecto muy alegre, con sus tiendas a rayas blancas y encarnadas. Por todas partes flotaban banderolas y se oía una alegre musiquilla.

—Quiero ir allí en seguida —anunció Sue—. ¿Por qué no subimos a ese puente?

La pequeñita señalaba un puentecillo, blanco, en forma de arcada, que cruzaba el agua hasta la orilla en donde se encontraba el circo. Los tres niños corrieron hacia allí y se detuvieron al llegar arriba. Estaban deseando que sus padres llegasen muy pronto.

—Me gustaría estar en un circo —declaró Holly, dando alegres saltitos.

—Yo seré un payaso —hizo saber Ricky, contrayendo su carita picaresca en gestos estrafalarios y dando tales saltos que hizo reír con deleite a la menor de sus hermanas.

—¡Ricky, si eres un payaso del todo! —chilló Sue, palmoteando —. Pero no te has «ponido» pintura en la cara.

Holly se subió a la barandilla del puente, donde estuvo unos instantes bamboleándose para guardar el equilibrio. Luego, hizo saber a sus hermanos:

—Yo soy la señorita del alambre.

—Cuidado, niña —advirtió Ricky—. Si te falla un pie vas a quedar muy mojada.

Holly rió alegremente, mientras, con muchas precauciones, iba haciendo avanzar primero un pie, luego el otro, imitando muy bien a los equilibristas del alambre.

—Soy la gran Flor Dorada. Mis pies nunca fallan. Yo… ¡Oooooh…!

La pobre Holly se tambaleó un momento, sacudiendo enloquecida los brazos y un instante después sonaba un tremendo chapuzón.

¡Holly había desaparecido de la vista!

LA CAPTURA DEL COCODRILO



Sue y Ricky corrieron a la baranda del puente, desde donde su hermana había caído.

—¡Holly! —llamó Sue, con un estridente grito de terror.

Muy apurado, Ricky miró desde la baranda, a las aguas del lago.

De repente, se vio burbujear el agua y, al momento, asomaron a la superficie las trencitas de Holly. Sus dos hermanos quedaron muy tranquilizados.

La mojadísima Holly sacudió la cabeza para librarse del agua de los ojos y empezó a nadar en dirección a Sue y Ricky. Fue una suerte que estuviese vestida con sólo una blusita, pantalones cortos y sandalias, porque era poco el peso de la ropa y no le molestaba para nadar. Al levantar la cabeza y ver que Ricky la observaba, Holly dijo:

—Me parece que no soy una señorita del alambre muy lista.

Burlón, el pelirrojo repuso:

—No te pareces mucho a la Gran Flor Dorada. Pero puede que haya sido que te han dado un tirón de la cuerda.

—Esto no es cuerda, Ricky —informó Sue, solemnemente—. Es una barandilla de madera.

—Pero «figuraba» que era una cuerda y «figuraba» también que

Holly era una señorita del alambre —explicó su hermano.

Holly dio unas vueltas por las tranquilas y frescas aguas y llamó a gritos:

—Este lago es estupendo, Ricky. ¿No te gustaría estar nadando conmigo?

—Claro que sí —contestó el chiquillo—. Espérame, que voy a buscar mi bañador.

Ricky miró un momento a su alrededor y, luego, reflexionó y comentó:

—¿Cómo no habrá gente bañándose aquí? Parece un lago estupendo.

—Yo también quiero nadar —dijo Sue, haciendo un pucherito. A la chiquitina le molestaba mucho que los hermanos mayores dejasen de contar con ella para algo.

—No puede ser, Sue —contestó Holly—. Este lago es muy profundo para ti. Yo no puedo tocar el fondo con los pies.

Ricky, que ya había echado a correr en dirección a la casita, se detuvo de pronto. No le parecía bien dejar a Holly en el lago, sin que la vigilase nadie más que Sue. Pero, mientras dudaba sobre lo que debía hacer o no, oyó a Holly chapotear alegremente en el agua y casi deseó haber sido él quien hubiera tenido la buena suerte de caerse al agua.



En aquel momento se abrió la puerta de una de las casas que se encontraban a poca distancia, a orillas del lago, y una mujer salió

corriendo. Parecía estar diciendo adiós a alguien y Ricky se volvió para ver quién podía estar tras él. No había nadie. Y el chiquillo comprendió, de repente, que era a él a quien hacía señas la señora.

—¡Que salga! —fue todo lo que Ricky oyó, en un principio. Luego, la voz de la mujer sonó más clara, diciendo—: ¡Haz que esa criatura salga del agua! ¡De prisa! ¡Que salga en seguida!

Haciéndose oír a través de los gritos de la señora, Ricky quiso tranquilizarla, diciendo:

—Mi hermana nada muy bien. No le pasa nada.

YSue añadió:

—Holly se está «divertendo» mucho en el agua.

—¡No! —gritó la asustada señora que ya había llegado junto a los niños y seguía corriendo hacia la baranda.

—¡Niña, sal en seguida! ¡Es peligroso estar ahí!

—Mi hermana ya sabe que ese lago es profundo —explicó Ricky, extrañadísimo por el miedo que demostraba la desconocida—. Y papá dice que Holly nada igual que un pez.

La señora se volvió y asió a Ricky por un brazo.

—¿Es que no comprendes? Ayer se escapó del circo un cocodrilo muy peligroso. ¡Todos creen que está en el lago!

Ricky sintió tanto miedo que quedó casi sin respiración. Al momento corrió a la baranda y llamó a su hermana:

—¡Holly! Ven en seguida. Es muy peligroso estar ahí.

Holly se echó a reír, creyendo que todo era una de las acostumbradas bromas de Ricky. Y en lugar de obedecer, siguió nadando, ahora tendida de espaldas sobre el agua. Con toda la fuerza de sus pulmones, Ricky gritó:

—¡Holly, vuelve de prisa! ¡En este lago hay un cocodrilo!

La pequeña se dio cuenta del tono asustado con que le hablaba su hermano y empezó a nadar hacia la orilla, pero sin prisa. Después de todo, podía ser sólo una broma. Pero un momento después, Holly vio a la mujer y la oyó gritar:

—¡Nada de prisa, de prisa! ¡Corre, corre, criatura!

Ricky miraba fijamente las aguas, muy quietas, del lago. ¿Podía ser que debajo de aquella capa de agua azul, tan serena, hubiese un cocodrilo muy cerca de Holly?

Inesperadamente, sus ojos se fijaron en un remolino que acababa

de formarse en el centro del lago. Las ondulaciones del agua se hicieron en seguida mucho más amplias y, al momento, en la parte central aparecía la horrible cabezota de un cocodrilo.



—¡Está ahí! —Chilló el chiquillo, con un grito de angustia—. ¡Corre, hermanita! ¡Corre!

Se agachó a recoger un piedra y se la arrojó al tremendo animal con toda su fuerza. ¡Plof! La piedra chocó con el hocico del animal y éste desapareció bajo el agua.

En cuanto se dio cuenta del peligro, la chiquitina se había echado a correr, con toda la prisa que le permitían sus menudas

piernas, para avisar a sus padres. El señor Hollister, que llegaba a toda prisa, se encontraba ya junto al lago, a tiempo de ver desaparecer bajo el agua la cabeza del cocodrilo.

Al fin, Holly se había dado verdadera cuenta del peligro. Estaba a bastante distancia de la orilla y nadaba hacia allí con toda la rapidez posible. Pero su padre, para librarla lo antes posible del peligro, cogió un salvavidas, que estaba sujeto al puente. Del salvavidas colgaba una larga cuerda. Ya volvía a asomar la cabeza del cocodrilo, cuando el señor Hollister arrojó el salvavidas al agua, en dirección a su hija.

—¡Agarra el salvavidas! —Ordenó el señor Hollister, con nerviosos gritos—. ¡Agárralo con fuerza, que yo tiraré de ti!

La niña acababa de volver la cabeza y pudo ver la terrible cabeza del cocodrilo que avanzaba hacia ella. Medio muerta de miedo, se cogió al salvavidas ansiosamente. Su padre tiró del salvavidas hacia la orilla, con toda rapidez.

Un buen tirón más y Holly estuvo en la orilla.

—¡Viva! —exclamó Ricky, empezando a dar saltos de alegría.



La señora Hollister, Pam y Pete habían llegado a tiempo de presenciar el rescate. Durante unos momentos, la madre tuvo abrazada a la pequeña, que chorreaba agua por todas partes, y le besó repentinamente la naricilla.

—¡Holly, Holly, queridita! Tienes que aprender a ser más precavida. ¡Te has salvado por milagro!

—Tendré cuidado. De verdad. De verdad —declaró Holly, con

toda sinceridad. El corazón le latía con doble prisa de la normal, a causa del enorme miedo que había pasado.

Los gritos y la gente habían atraído a un grupo de empleados del circo, que llegaron corriendo por el puente. Al enterarse de que el cocodrilo se encontraba allí cerca, se marcharon en busca de cuerdas y alcayatas para capturarle; cuatro de ellos saltaron al agua y uno de ellos azuzó al cocodrilo, en dirección a la orilla, sacudiendo en el agua una barra metálica. Cuando el cocodrilo se aproximaba a ellos, furioso, el otro hombre le arrojó un lazo alrededor del cuerpo viscoso. El animal luchó desesperadamente, pero no pudo desprenderse de la cuerda.

Entre tanto, los hombres de la motora cogieron la cuerda que rodeaba al cocodrilo y le arrastraron hacia la isla. Cuando llegaron a la orilla, condujeron al animal hasta la poza de agua, vallada, donde vivía el peligroso reptil.

—¡Gracias a Dios que ha terminado todo! —Exclamó la señora que había advertido a Holly, que volviéndose a la niña, añadió, con una sonrisa—: Debían de haberle dado las gracias por descubrirles el escondite del cocodrilo. Nadie se había atrevido a entrar en el lago para buscarlo.

Holly tuvo que reconocer que su gran hazaña había sido casual y que se alegraba de que ya hubiera acabado todo. Luego, sonrió amablemente a la señora, diciéndole:

—Muchas gracias por avisarme.

—De todos modos, has sido muy valiente, Holly —dijo Pam, que luego, mirando a la más pequeñita, añadió—: Y tú también te has portado muy bien, Sue. Sólo a ti se te ha ocurrido ir a dar el aviso a papá.

Sue sonrió muy complacida y en sus mejillas se formaron dos graciosos hoyuelos, mientras escuchaba las alabanzas que le hacía su hermana. Pero un momento después, poniendo una carita muy seria, objetó:

—Yo no he dado nada a papá.

Echándose a reír, Pam explicó:

—He querido decir que has avisado a papá de lo que le pasaba a Holly para que él viniera a ayudarla.

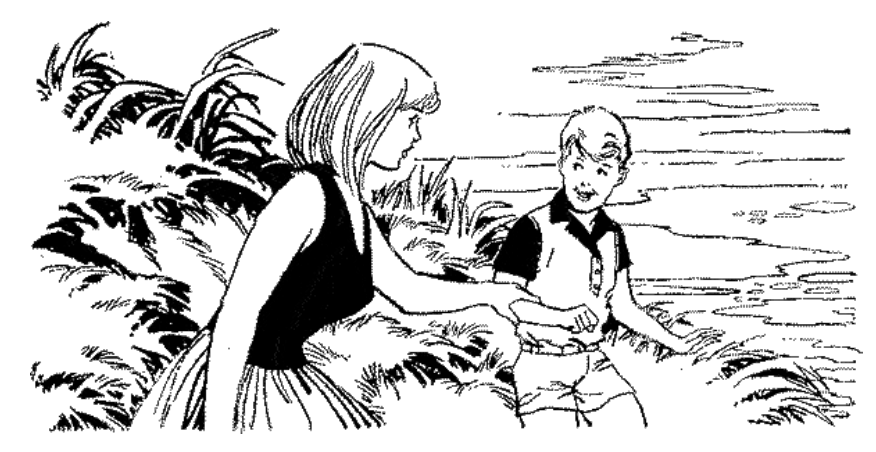
La señora Hollister estaba diciendo que Holly debía ir a la casa

para ponerse vestidos secos.

—Vamos a ir todos a la isla del Circo.

Ricky acompañó a Holly, porque quería recoger un gorrito de payaso que encontró en la mesa de su habitación, cuando llegaron a la casa. Por el momento, había perdido todos los deseos de nadar.

Cuando llegaron a la casa, Ricky encontró en seguida la llave debajo de la estera de la entrada, donde la había ocultado la señora Hollister, y la metió en la cerradura. Estaba haciendo girar la llave, cuando él y su hermana oyeron una llamada a la puerta de la casita inmediata. Al mirar hacia allí vieron a un hombre bajo y ancho, con un traje de color azul oscuro. ¡Una de las manos de aquel hombre estaba vendada!



Los dos niños miraron muy nerviosos al hombre. ¿Sería aquél el ladrón de perros?

Dejando la llave puesta en la cerradura, los dos hermanos cruzaron el césped que les separaba de la otra casa, para ver más de cerca al hombre misterioso. Él al oír a los niños se volvió y sus ojos negros miraron fijamente a los dos niños Hollister, que ahora tuvieron la seguridad de que aquél era el hombre que había herido a Zip y que se apoderó del perrito de lanas, en Shoreham. Armándose de valentía, Ricky preguntó:

—¿Viene usted de Shoreham?

La fea cara de aquel hombre se arrugó desagradablemente.

—Nunca he oído hablar de tal sitio —gruñó el hombre—. Soy el inspector canino de esta zona.

—¿Y qué está haciendo aquí? —quiso saber Holly, que no podía creer las palabras de aquel hombre.

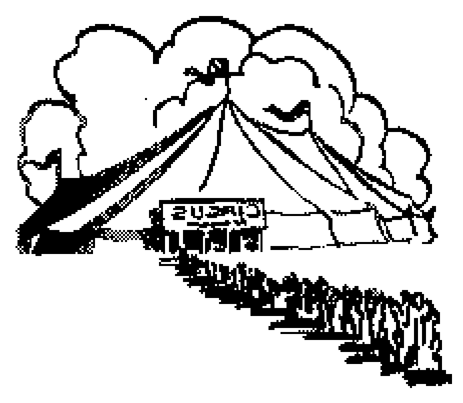
—Inscribiendo a todos los perros de este motel, como es lógico. ¿Tenéis vosotros algún perro? —preguntó el hombre con malos modos.

Yen seguida volvió la espalda a los niños, cuando oyó abrirse la puerta de la casita, en donde apareció una señora joven. Ricky y Holly quedaron muy sorprendidos al ver que la señora llevaba dos perritos de lanas, uno debajo de cada brazo. Entró el hombre, la puerta se cerró y los dos hermanos quedaron muy extrañados.

—Es el ladrón —afirmó en un susurro Holly.

—¡Seguro que es el ladrón! —concordó el pelirrojo—. Holly, tenemos que atraparle antes de que se vaya.

UNA PERSECUCIÓN



—Yo vigilaré al ladrón, mientras tú te cambias de vestidos, Holly —se ofreció Ricky—. Cuando salga, le seguiremos y veremos si averiguamos algo.

Como Holly no estaba muy segura de que pudieran hacer solos una cosa así, propuso que Ricky fuese a buscar al señor Hollister.

—Puede que sea mejor —asintió Ricky y se alejó corriendo, mientras su hermana entraba en la casita.

Mientras se vestía, Holly pudo ver desde la ventana que el sospechoso no había salido por la puerta de la casita inmediata. Podría ser que aquel hombre fuese de verdad un inspector canino, empezó a pensar Holly, aunque llevase la mano vendada como aquel otro hombre…

—¡Que podamos encontrar a ese hombre, Dios mío! —suspiró la pequeña.

Ysalió a toda prisa a la puerta, esperando ver aparecer otra vez al sospechoso. Al salir se encontró con Pete y Ricky quienes le explicaron que el señor Hollister había ido a averiguar dónde podía ver a Peppo, el payaso.

—Pero, en lugar de papá, nos ayudará Pete —informó Ricky.

Los tres niños siguieron vigilando, en espera de ver salir al

hombre. Pete preguntó a sus dos hermanos menores si estaban seguros de que el inspector era el mismo hombre que habían visto huyendo en la exposición canina de Shoreham.

—Segurísimo —declaró Ricky—. Pasó corriendo por mi lado cuando salió de la Armería con el perro de aguas.

—De todos modos, si estáis equivocados y es un inspector canino, tendrá algún documento que lo apruebe —dijo Pete, reflexivo.

En aquel momento se abrió la puerta de la casita y por ella salió el hombre del traje azul. A paso largo, y sin mirar siquiera a los niños, se alejó hacia la calle.

—Oiga, señor, dispense —llamó Pete, corriendo tras él—. Espere un momento. Queríamos hacerle una pregunta.

El otro hombre se volvió con expresión de impaciencia, preguntando:

—¿Qué pasa?

—Mis hermanos dicen que es usted el inspector canino de la localidad. ¿Puedo ver su carnet?

Poniéndose muy encarnado, el hombre vociferó:

—Eres un chico muy mal educado. ¿Qué derecho tienes a preguntarme eso?

Muy enfadado, el hombre echó a andar, pero Pete le cerró el paso.

—Es por curiosidad —dijo Pete—. Nunca habíamos visto un inspector canino de verdad. Por favor, enséñenos su carnet.

El malhumorado hombre miró con ojos furibundos a los Hollister y por fin se decidió a sacar un papel de su bolsillo.

El mayor de los Hollister leyó el pliego y, muy avergonzado, se lo devolvió al hombre. Mientras lo guardaba en su bolsillo, el hombre del traje azul masculló:

—¿Qué? ¿Estás satisfecho?

—Dispénseme, señor —se disculpó Pete, que luego se volvió a Ricky y Holly, explicando—: Este señor se llama Frank Shaw y es un inspector canino.

Dando un bufido de ira, el señor Shaw exclamó:

—Sí. Ése es el nombre. Y el vuestro deben ser Métome-en-todo. Ahora, quitaos de en medio. Tengo prisa.

Sin más explicaciones, se metió en un coche y desapareció. Ricky, quedó con la vista fija en el coche que se alejaba.

—No me importa nada que lleve un papel donde dice que es un inspector canino —declaró el pelirrojo—. ¡Yo sé que es el ladrón de perros de Shoreham!

El chiquillo estaba enfadadísimo pensando que el ladrón se había marchado tan tranquilamente. Ni Pete, ni Holly lograron convencerle de que podía estar confundido. Tal vez aquél no era el ladrón de Shoreham, le insistieron.

—Algún día le atraparemos. Esperad, y ya lo veréis —profetizó Ricky, corriendo al interior de la casita para recoger el gorro de payaso.

Cuando volvió a salir, él, Pete y Holly fueron a reunirse con Pam, Sue y su madre, que les aguardaban para ir a la Isla del Circo.

El señor Hollister aún no había vuelto. Por eso toda la familia fue paseando lentamente hacia una caleta que bordeaba el lago.

—¿No os parecen preciosas aquellas barcas? —preguntó Pam, admirativa, contemplando varias barcas de vela ancladas, con sus altos mástiles levantados hacia el cielo.

—Tienes razón —asintió la madre—. Y fíjate en aquellos yates. Son alegres y coquetones.

—Yo «querería» vivir en uno de esos con el «tejao» de caramelo —hizo saber Sue.

La manecita de Sue señalaba a la Isla del Circo, en donde había amarrados tres yates de los utilizados como vivienda. Uno de ellos tenía un toldo a rayas blancas y verdes como algunos caramelos de menta.

—¿Creéis que será alguno de aquéllos el barco de Peppo? —preguntó Pam.

La contestación se la dio un chiquillo que estaba paseando por allí cerca.

—Sí. Es el que está más lejos de aquí.

Mientras la señora Hollister y Sue empezaban a cruzar el puente, para regresar, los otros se detuvieron a hablar con el muchacho. Parecía de la edad de Pete, con ojos de un verde azulado y cabello negro y muy tieso. Informó a los Hollister de que su nombre era Hook Murtine.



—¿Y por qué conocéis todos vosotros a Peppo? —preguntó, arrugando la frente.

Pete le explicó el motivo de que toda la familia hubiera ido a Florida, y Holly se apresuró a añadir:

—Yo ya no puedo esperar más tiempo para conocer a Peppo. Me gustan mucho los payasos.

—Éste no va a gustaros.

—¿Por qué?

—Es malo. Y sus animales también.

—¿Y tú cómo puedes saberlo? —preguntó Ricky que no podía imaginarse que hubiera un payaso malo.

El chico extendió una mano, señalando hacia el circo y con gesto sombrío explicó:

—A veces trabajo allí, cuando el circo está pasando la temporada de invierno en Florida.

—¿Qué haces en el circo? —preguntó Pete, lleno de curiosidad.

—Ayudo a Mike, el hombre mono —contestó Hook—. Llevo grandes cubos de agua para sus animales.

Los Hollister escuchaban ensimismados. Pero el chico preguntó entonces:

—Y vosotros, ¿en qué trabajáis? ¿O es que sois ricos y os gastáis el dinero de papá? —concluyó el desconocido, en tono de desprecio.

Antes de que Pete hubiera tenido tiempo de explicar que tanto él, como cada uno de sus hermanos tenían trabajos determinados que hacer en su casa y que, además, muchas veces iban a ayudar a la tienda de su padre, Hook declaró ofensivo:

—¡No me gustan los chicos que no trabajan!



Mientras hablaba quitó de un tirón el gorro de payaso de la cabeza de Ricky y corrió por la orilla del agua, hacia el puente. Por si aquello no fuera bastante, al pasar dio a Sue un empujón.

—¡No voy a dejar que se vaya tan tranquilo, habiendo hecho esto! —gritó Pete.

El mayor de los Hollister echó a correr detrás del camorrista, seguido por Pam, Holly y Ricky. Hook era muy veloz, pero también lo eran los Hollister. Cuando llegaron al puente, Pete estaba a punto de alcanzar al chico.

—¡Atrápale! ¡Atrápale! —le animó Ricky a grandes voces.

Los Hollister esperaban ver a Hook corriendo por el puente y se preguntaban si debían seguirle. Pero quedaron sorprendidos al ver que el camorrista se apartaba del puente y echaba a correr por el césped que adornaba los alrededores del Motel La Curva del Tesoro.

Mientras el chico seguía corriendo entre las casitas, Pete y todos sus hermanos seguían corriendo tras él. Dos veces estuvieron a punto de atraparle, pero el chico se escabulló. De todos modos, debió de comprender que iba a ser atrapado de un momento a otro, porque inesperadamente gritó:

—¡Tomad! ¡Ahí va vuestro ridículo gorro de payaso!

Con una violenta sacudida lo arrojó justamente sobre la cara de Ricky. Luego Hook corrió a la calle y subió a un autobús que estaba a punto de marchar. Desde dentro hizo señas agresivas a los Hollister.

—¡Es otro Joey Brill! —comentó Pete, con desagrado.

—¿Nos molestará ese chicote cuando vayamos al circo? —preguntó inquieta, Holly.

Los niños dieron media vuelta y se encaminaron al puente. Cuando pasaban por la casita inmediata a la de los Hollister, vieron salir, muy excitada, a la señora que vivía allí. Al ver a los niños, exclamó:

—¡Mis pobrecitos perros! ¡Temo que me los hayan robado!

La señora fue a acercarse a los Hollister, que se habían detenido y la escuchaban con asombro.

—¡Por favor! ¡Haced algo! ¡Ayudadme a encontrar mis animalitos! —siguió diciendo con desespero la mujer.

UN ELEFANTE INDIGNADO



—Nosotros le ayudaremos a encontrar sus perritos —dijo amablemente Pam a la apurada señora. Pero, mientras decía aquello, la niña se preguntó cómo iban a ser capaces, sus hermanos y ella, de encontrar los animalitos, si verdaderamente habían sido robados. Por eso preguntó—: ¿Está segura de que se los han quitado?

La mujer, que se llamaba señora Blake, dijo que, cuando se hubo marchado el inspector canino, había atado a sus perritos de aguas en la parte posterior de la casita, como hacía con frecuencia.

—Y nunca habían intentado escaparse —aclaró la señora Blake —. Por eso tengo casi la seguridad de que los han robado.

Ricky miró a sus hermanos mayores, exclamando:

—¿Lo veis? Eso quiere decir que yo tenía razón. ¡Ese hombre era el «rapta perros» de Shoreham y por eso se ha llevado también los perritos de esta señora!

—¿De qué estás hablando? —preguntó la señora.

Ricky le contó lo ocurrido en Shoreham y Pam añadió después:

—Nos hacemos cargo de lo triste que está usted, señora Blake. Hace poco nosotros perdimos a nuestro perro pastor. Pero volvimos a encontrarle. Espero que también sus perritos aparezcan pronto.

—¡Son unos animalitos tan lindos! —se lamentó la señora, casi llorando—. ¡Además, habían ganado concursos! Fifí ha recibido dos veces la banda azul porque es de muy buena raza, y Mimí es capaz de hacer cualquier número equilibrista. ¿Qué voy a hacer sin ellos?

Pete se ofreció para llamar a la policía.

—¿Es verdad que quieres hacerme ese favor? —preguntó la señora—. El teléfono está ahí dentro.

Pete entró en la casa y, mientras él marcaba el número de la policía, la señora Blake hizo varias preguntas a los otros niños. Sobre todo se interesó por saber los detalles que hacían suponer a los Hollister que el hombre que había estado poco antes en su casa no era un inspector canino.

—Seguramente escribió él mismo el papel que enseñó a Pete —opinó Holly.

YRicky preguntó:

—¿Os habéis fijado en una cosa? El perro que robó en Shoreham era un perro sabio o titiritero y Mimí también. Seguramente, son esos perros los que busca ese hombre. ¡Perros sabios!

Pam miró a su hermano con admiración, diciendo:

—¡Qué pista tan buena, Ricky!

—Se lo explicaré a la policía en cuanto llegue —declaró Ricky, muy orgulloso.

En cuanto vio salir a Pete, Ricky se apresuró a averiguar si la policía llegaría pronto.

—Dentro de diez minutos, llegará un agente —contestó Pete.

Mientras esperaban, los niños buscaron por todas partes alguna posible pista del ladrón de los perritos. En el patio posterior, Ricky encontró la huella grandísima del pie de un hombre y Pete un trozo de galleta para perro, de la marca Beked Rite. La señora Blake dijo que sus perritos nunca comían aquella marca; sin duda, el hombre que los había robado, tiró la galleta, con la que les atrajo para apoderarse de ellos.

—Sois unos grandes detectives —dijo la señora a los Hollister.

—Es que somos el C. H. S. D. —informó Ricky, explicando luego

a la señora lo que quería decir cada inicial. De pronto, exclamó—: ¡Ahí viene la policía!

El oficial detuvo el coche y avanzó hacia la casita.

—¿Es cierto que sus perros han sido robados, señora? —preguntó.

—Eso me temo —contestó la señora Blake—. No puedo encontrarlos por ninguna parte. Dígame, oficial. ¿Tienen inspector canino en esta población?

El policía se echó hacia atrás la gorra, con aire de extrañeza, y contestó lentamente:

—No. De momento, no. ¿Por qué?

—Creo que estos niños podrán contestar a su pregunta mejor que yo —repuso la mujer.

Mientras el oficial les escuchaba con asombro, los cuatro componentes del C. H. S. D. contaron sus sospechas sobre el hombre que había visitado la casa de los Blake hacía un rato.

—Tiene dos nombres —dijo Pete—. Fred Smith y Frank Shaw.

El policía movió la cabeza afirmativamente, murmurando:

—Ese hombre usa con seguridad un nombre distinto en cada sitio a donde va.

Ricky se marchó corriendo, a buscar el folleto anunciando el Circo Mágico, que había encontrado en el avión. El oficial dijo que nunca había oído hablar de un circo con semejante nombre.

—Pero eso no quiere decir que no haya alguno con ese nombre. En Florida existen muchos circos. Y éste será un buen medio de seguir la pista del ladrón.

Dicho esto, el policía dio las gracias a los niños por su ayuda y fue a su coche.

Un momento después llegaban el señor y la señora Hollister, con Sue, preguntando qué había retrasado tanto a los niños. Ya era demasiado tarde para ir al circo antes de comer. Pam presentó a sus padres a la señora Blake y Holly hizo saber:

—El C. H. S. D, ha estado actuando.

Al enterarse de lo ocurrido, los señores Hollister quedaron muy asombrados y dijeron que se alegraban mucho de que sus hijos hubieran sido de alguna utilidad para la señora Blake.

—Confiemos en que la policía aprese pronto a ese hombre —dijo

el señor Hollister—. Por lo visto está haciendo un negocio productivo.

La familia comió en el cenador de su coquetona casita y a las dos de la tarde se pusieron todos en camino hacia la isla del Circo. Había que dar un largo paseo por el puente y los Hollister se detuvieron varias veces a admirar el paisaje.

Mirando hacia la caleta se veían velas blancas que resaltaban sobre el color azul zafiro del cielo. Más allá había mucha hierba, de un color verde esmeralda y la arena blanquísima de la isla.

—¡Qué cuadro tan encantador! —comentó, extasiada, la señora Hollister.

Sue frunció la naricilla, gozando del ambiente límpido y fragante.

—Mamita, huele mejor que tu perfume —dijo.

Cuando llegaron al otro extremo del puente, los Hollister se encontraron ante una alta valla de madera que les cerraba el paso. Un hombre que hacía guardia allí les preguntó a qué iban.

—He venido a ver a Peppo, el payaso —repuso el señor Hollister —. Me está esperando.

El hombre entró en la pequeña caseta desde donde vigilaba, descolgó el teléfono y, después de marcar un número, sostuvo una corta conversación. En seguida colgó y se volvió sonriendo, a los Hollister.

—Pasen —invitó.

Después de abrir las puertas, señaló a la tienda más grande, a rayas rojas y blancas, que se encontraba en frente.

—Allí encontrarán a Peppo —indicó—. Seguramente estará ensayando.

Los Hollister le dieron las gracias y atravesaron un amplio espacio de terreno. Al entrar en la tienda vieron a varios hombres ocupados en espolvorear serrín por el suelo.

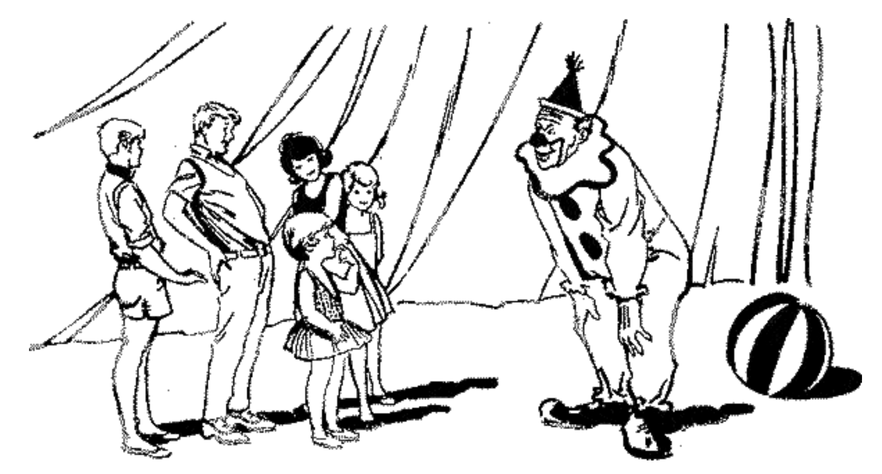
A un lado, un payaso alto dirigía a un gran perro de lanas que hacía habilidosos títeres. El animal llevaba alrededor del cuello una gola de papel blanco.

—¡Qué perro tan bonito! —se entusiasmó Pam.

Al ver aproximarse a los visitantes, Peppo suspendió al momento su trabajo. El payaso tenía sobre la cabeza un gracioso gorrito

puntiagudo. El traje era completamente blanco, con una hilera de grandes pompones encarnados semejantes a botones. Calzaba unos larguísimos zapatos, también colorados, que parecían aletear cuando el hombre se acercó a saludar a los Hollister.

La cara del payaso, cubierta por una pintura blanca como nieve, lucía dos circulitos rojos en las mejillas, y una nariz muy redonda, de goma, y una constante sonrisa que hizo prorrumpir en risillas a los niños. Todos sabían que aquella sonrisa era dé pintura; pero estaban seguros de que aquel payaso era muy simpático, de todos modos, aunque Hook Murtine hubiera dicho que era malo.



—Es usted el señor Hollister de Shoreham. ¿Acierto? —preguntó el payaso.

—Acierta —afirmó el señor Hollister que luego presentó a su familia.

—Pero no queremos interrumpirle —insistió—. Podemos esperar. No tenemos ninguna prisa.

—En tal caso, mi perro y yo vamos a dedicarles un pequeño espectáculo —se ofreció Peppo—. Josey y yo nos vestimos todas las tardes para el ensayo. Ella trabaja mejor si me ve con este atuendo.

Peppo hizo chasquear los dedos para llamar la atención del animal que estaba saludando a los visitantes con corteses sacudidas de su peluda cola.

—¡Vamos, Josey! —llamó el payaso, que explicó a los Hollister que el verdadero nombre de la perra era Josefina.

El inteligente animal se aproximó a su dueño, y muy obediente, subió a los peldaños de una escalera pintada de alegres colores. Al llegar arriba, Josey se balanceó sobre las dos patas traseras, manteniendo el lomo erguido, como si se tratase de la espalda de una persona. Entonces Peppo tiró una pelota que la perra cogió con su boca, para devolverla a su dueño, con una sacudida de su cabeza.

Los Hollister palmotearon, entusiasmados. Josey bajó de la escalera, dio un gran salto y cruzó a través de un aro, cubierto de papel rosado, que Peppo sostenía en alto. Los visitantes aplaudieron nuevamente.

—Es el perro más inteligente que he visto nunca —declaró Pete—. Yo no sería capaz de saltar a través del aro.

—Pues yo sí —presumió Ricky, muy convencido.

Peppo miró al travieso pelirrojo y le hizo señas para que se acercase.

—Ven. Prueba —invitó—. A Josey le gustará descansar un momento.

Ricky había hablado demasiado, sin pensar lo que decía. Ahora se sintió muy confuso, pero su hermano le retó para que se decidiese. El pecosillo se acercó y quedó inmóvil junto a Peppo.

—Bien. Hazlo con calma —le aconsejó el payaso—. Mira el aro atentamente y calcula la distancia. Entonces, te aproximas corriendo y cruzas el aro de un salto.

Los ojos de Peppo despedían divertidas chispitas, mientras sus manos sostenían el aro en alto.

Después de retroceder aproximadamente, un metro y medio, Ricky miró con fijeza el hueco abierto en el papel rosado, por el cuerpo de la perra. Midió con los ojos la altura. Por fin se decidió a dar unos rápidos pasos y un gran salto en el aire.

¡Crash! Piernas, brazos y pedazos de papel color de rosa fueron a parar al serrín del suelo, formando un complicado revoltijo. Sue dio un gritito de angustia.

—¡Oh! ¡Ricky se ha «morido»! —dijo, llena de susto.

Ricky no se había hecho daño, pero quedó sin ganas de volver a probar jamás a dar un salto como aquél. Mientras Josey se aproximaba a lamer cariñosamente las manos del chiquillo, Peppo comentó:

—Creo que este juego es sólo para seres de cuatro patas.

Ricky se frotó el magullado hombro y con una risilla confesó:

—Parecía una cosa tan fácil, viendo a Josey… Es una perra muy lista.

Peppo se agachó para acariciar al animal y con una voz muy triste, que resultaba muy extraña viendo la sonrisa dibujada en su boca, murmuró:

—Sí. Josey es una gran perra, pero no lo es tanto ahora que ha perdido a su compañero. Desde que falta Nappy, mi número ya no vale gran cosa.

—¿Quién es Nappy? —preguntó con extrañeza Holly.

—Napoleón —repuso Peppo—. El compañero de Josefina. El perro desapareció misteriosamente.

—¿Quiere usted decir que le robaron ese perro? —preguntó Pam.

Encogiéndose de hombros, Peppo repuso:

—¿Quién sabe?

Pete susurró al oído de Pam:

—¿Crees que fue el ladrón de Shoreham quien robó a Nappy?

—Puede ser —contestó su hermana, también a media voz—. Pero no debemos decirle nada de eso a Peppo, todavía. Parece que está tan triste… Cuando la policía encuentre al ladrón, podremos saber si tiene, también, a Nappy.

Josey dio varios saltos más a través del aro. Peppo sostenía éste cada vez más alto, pero la perra no erraba el salto ni una sola vez.

—Me gustaría que fuese mía —confesó Holly—. ¿No podemos jugar un poco con ella?

—Claro que sí —repuso Ricky, muy seguro—. Puede que alguna vez nos presten un rato a Josey.

En aquel momento, Peppo estaba preguntando:

—¿No les gustaría visitar mi embarcación, mientras yo me quito el traje y el maquillaje? Les indicaré por dónde se va.

El señor Hollister repuso que preferían esperar para que fuese el mismo Peppo quien les enseñara la barca.

—Muy bien —asintió complaciente, el payaso—. A la entrada de mi camerino hay sillas. Pueden ustedes sentarse allí y ver las escenas de nuestro circo, entre bastidores.

Los Hollister siguieron a Peppo, pasando entre diversas tiendas. De camino, se encontraron frente a un hombre que llevaba globos. Llevaba un sombrero de ala caída, sobre el cabello negro y ondulado, y los niños contemplaron fascinados, su bigote de grandes guías. Peppo se detuvo para pedir al otro hombre un globo rojo.

—Gracias, Grecci —dijo el payaso al hombre de los globos—. Es para esta pequeñita tan salada.

Y, haciendo una profunda reverencia, el payaso, entregó el globo a Sue.

—¡Huy! Muchas gracias —exclamó la pequeña, cantarina.

Estaba encantada con el globo y caminaba junto a los otros, contoneándose muy orgullosa y dejando libre toda la longitud de la cuerda que sujetaba su nuevo juguete.

Los Hollister y Peppo dijeron adiós a Grecci y continuaron su camino. A la entrada de la tienda del payaso había bancos y varias sillas, donde se sentaron los niños y sus padres, para esperar a Peppo. Pero, a los pocos momentos, Holly se puso en pie de un salto.

—Yo soy una trapecista —anunció, levantando los bracitos sobre la cabeza y balanceándose hacia atrás y adelante.

—No quieras ser otra vez la Gran Flor Dorada —le advirtió Ricky.

—¡Calla, bobo! —protestó Holly, estremecida al pensar en aquel incidente.

Al poco apareció Peppo en la entrada de la tienda, vestido con ropas de calle y sin nada de pintura en la cara. Los Hollister quedaron consternados, viendo lo triste que era su expresión. El payaso, mirando a su alrededor, preguntó:

—¿Dónde se ha metido la chiquitina del globo?

Hasta un momento antes, Sue había estado junto a la silla de su padre, pero al parecer se había escabullido sin que nadie la viese.

—Ahí está —anunció Pete, señalando una separación entre dos tiendas, por donde se veía oscilar el globo rojo.

Sue correteaba entre las tiendas de lona, metiendo las naricillas por todas las aberturas de entrada para indagar qué había dentro. En voz baja, la señora Hollister dijo a Pam:

—Ve a buscarla y hazla volver. No creo oportuno que la niña ande por ahí sola, hijita.

Mientras Pam se alejaba, para cumplir lo que su madre le había pedido, Peppo comentó:

—Sue está demasiado cerca de los elefantes. No debió de marcharse tan lejos; puede ocurrir que los animales estén ejercitándose.

No bien acababa de pronunciar Peppo aquellas palabras, cuando un grupo de elefantes apareció, de pronto desde detrás de una tienda. Un hombre alto y fuerte les dirigía y, de vez en cuando, daba un latigazo al elefante que abría la marcha; pero, a pesar de todo, parecía como si el domador no pudiese hacerse obedecer por el animal.

Ahora Pam había echado a correr, seguida por el señor Hollister. Sue, sin haber advertido para nada el peligro, seguía interesada de hacer ondear su globo.

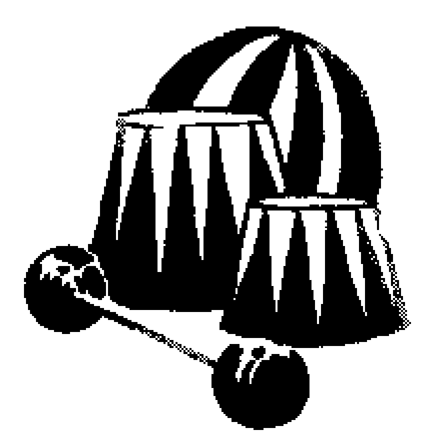
Yel domador de elefantes no había visto a la niña.

De repente, el rojo globito de Sue fue a rozar los ojos del elefante. El animal retrocedió, levantando enfurecido la trompa, y un momento después echó a andar en dirección a la niña.

—¡Oh! —Exclamó Pam, con un alarido de angustia—. ¡El elefante aplastará a Sue!



EQUILIBRISTAS EN EL TRAPECIO



Todos los Hollister y Peppo echaron a correr a la máxima velocidad, para salvar a Sue de ser aplastada por las pezuñas del elefante. Pero les hubiera sido imposible llegar a tiempo.

De pronto, el payaso se sujetó a una larga cuerda que pendía del techo de una de las tiendas, sus pies se levantaron del suelo y después de balancearse hacia atrás y delante por encima de las cabezas de los Hollister, fue a detenerse justamente frente al elefante.

El animal, asombrado, se detuvo. Peppo tomó a Sue en sus brazos y se apartó a un lado.

—¡Gracias a Dios! —exclamaron a un tiempo los demás Hollister, que todavía seguían corriendo.

Por primera vez el domador de elefantes se dio cuenta de lo que había sucedido. Mientras sujetaba a la indómita bestia, miró con ojos encendidos a Sue y al globo rojo que todavía seguía sujeto desde el cordel, por la manecita gordezuela de la chiquitina. La cara del hombre se puso roja de ira.



—¿Qué estás haciendo aquí? —vociferó—. ¡Tú no tienes nada que hacer en los terrenos del circo!

Y el puño amenazador del hombre osciló ante la carita de Sue. Ésta escondió la nariz en el hombro de Peppo, mientras el payaso decía con severidad:

—Ya conoces las normas, Totó. Tus elefantes deben ir encadenados en hilera, cada vez que los saques. Para colmo, ni siquiera miras por dónde vas a pasar, para ver si está el camino libre.

Totó arrugó el entrecejo y sacudió una mano con enfado.

—¿Por qué ha venido esta cría fuera de las horas de espectáculo,

a asustar a mis elefantes? ¿En qué mundo vivimos? —gruñó.

La voz de Peppo sonó muy áspera al contestar:

—Totó, tus elefantes deben acostumbrarse a los globos rojos y a los niños, si han de seguir en mi circo. Y, si se comportan mal, es porque tú no les tratas lo bien que debieras.

Mientras los demás escuchaban muy apurados, el señor Hollister se aproximó a los otros dos hombres, diciendo:

—Lamento muchísimo que mi pequeña haya provocado este conflicto. Y a usted, Peppo, le estamos muy agradecidos por haber salvado a la niña.

Ricky tomó al payaso por una mano y le preguntó en dónde había aprendido a balancearse tan bien agarrado de una cuerda.

—Es que fui trapecista en mi juventud —contestó Peppo—. Pero ahora he dejado ese trabajo a mis dos hijos, un niño y una niña.

—¿Podemos verles? —suplicó inmediatamente Holly.

—Sí. En cuanto hayáis visitado mi embarcación.

Peppo les condujo hacia la orilla de la isla. El señor Hollister iba al lado del payaso y el resto de la familia caminaba detrás, muy cerca.

—Soy propietario de una mitad del circo El Sol —explicó Peppo —. Durante cinco años el negocio fue muy próspero. Pero ahora tenemos una racha de mala suerte. Hace un año que Totó y sus elefantes se unieron a nosotros. Tengo la impresión de que las cosas marchan mal desde entonces.

El payaso quedó silencioso unos momentos y luego continuó:

—Mis mejores artistas se han marchado. No me han dicho por qué se iban, ni a dónde, pero yo creo que fue porque en otro sitio les ofrecieron más ganancias. Por eso me veo obligado a vender la embarcación en donde vivo. De este modo tendré un dinero en efectivo para poder pagar a mis artistas salarios más altos.

Mientras se aproximaban al muelle, donde estaba anclada la embarcación, los Hollister quedaron entusiasmados viendo lo bonita que era. Había cómodas sillas de mimbre bajo el entoldado y el interior era todavía más lindo que la parte de fuera. En el cuarto de estar, había cortinillas de flores en las ventanas y asientos de alegre color, adheridos a las paredes. La señora Hollister alabó el buen gusto de Peppo por lo bien adornada que tenía su casa flotante.

—Ciertamente, Peppo —dijo el señor Hollister—, me parece injusto que deba usted renunciar a esta vivienda tan atractiva. Yo he venido con la idea de comprar esta embarcación por encargo de un cliente. Sin embargo, ¿no cree usted que puede haber una solución que le permita a usted conservarla?

El payaso movió tristemente la cabeza.

—No se me ocurre ningún otro medio de obtener dinero para salvar el circo El Sol.

Los dos señores empezaron a tratar de precios, por lo que la señora Hollister propuso a los niños que salieran a jugar a la arena.



—¿Por qué no vais a conocer a mis hijos? —Sugirió Peppo—. Están haciendo prácticas sobre su número allí, en aquella revuelta que hace la playa.

Los cinco hermanos se alejaron, corriendo, y a los pocos minutos llegaron a una especie de pequeño campo deportivo donde los dos hijos del payaso ensayaban en los trapecios. La niña, que tenía la cara llena de pecas y un bonito cabello rojizo y ondulado, descendió de su trapecio para ir a saludar a los visitantes.

—Me llamo Rita —dijo—. Vosotros debéis de ser los Hollister. Papá nos había dicho que vendríais.

—Sí, somos nosotros —contestó Pam, que luego presentó a todos sus hermanos y a ella misma. Calculó que Rita tendría diez años, como ella.

Kit se aproximó, sonriendo, y saludó a los Hollister con un

«Hola». Era un muchachito delgado, de aspecto muy serio, un poco más alto que Pete. Tenía trece años, ojos castaños, pelo negro y dientes blanquísimos.

—Éste es mi hermano —dijo Rita—. Kit, estos niños son los Hollister.

Cuando todos se hubieron presentado, Rita se echó a reír, diciendo:

—Ricky y yo tendríamos que hacer un concurso de pecas, para ver quién tiene más.

El pelirrojo Ricky rió alegremente y preguntó si era fácil trabajar en las barras.

—Claro que sí. Ven —le invitó Kit.

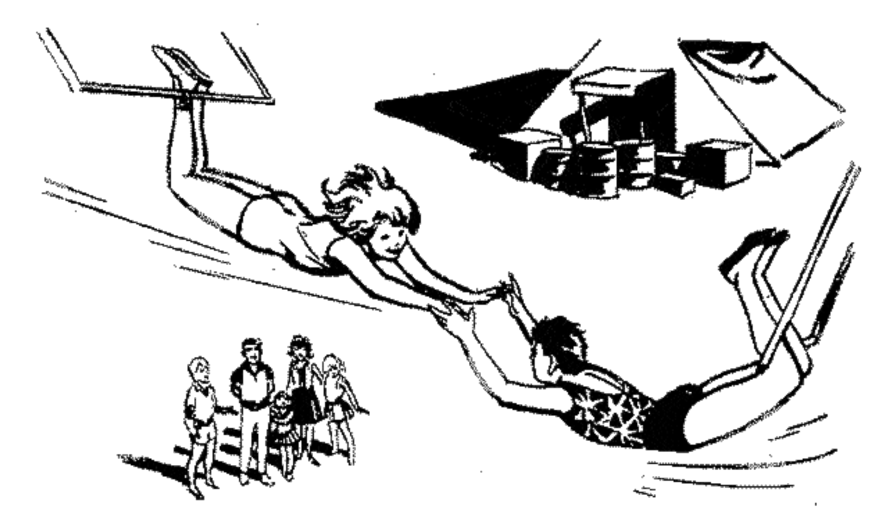
—Esto es divertidísimo —dijo Holly, hablando con Pete y también jugando en los trapecios—. ¿Por qué no pruebas tú en esos otros?

—Lo haré en seguida. Pero primero me gustaría ver trabajar a Rita y a Kit. ¿Queréis hacer para nosotros vuestro número de circo? —pidió.

—Ahora mismo —contestaron a un tiempo los pequeños trapecistas.

Ricky y Holly bajaron. Kit subió a uno de los trapecios más bajos, mientras Rita iba a sentarse en otro cercano.

Los dos hermanos empezaron a columpiarse de atrás a delante, de izquierda a derecha. Un momento después, se echaron hacia atrás y quedaron sujetos al trapecio por las corvas. Después de columpiarse unas cuantas veces boca abajo, Rita se asió a otro trapecio fijo. Cuando el trapecio que acababa de dejar Rita osciló hacia atrás, Kit dio un salto espectacular y se agarró a él con las manos.



Los dos hermanos tomaron impulso y pronto volvieron a estar columpiándose. Luego, Kit se sujetó por los tobillos a las cuerdas del trapecio y quedó pendiendo cabeza abajo, sin cesar de columpiarse.

Con una rápida voltereta se cogió con las manos a las cuerdas y quedó sentado.

Entonces le tocó a Rita el turno de hacer sola una exhibición. Deslizándose del trapecio, quedó asida a él con sus manos pequeñas, pero fuertes; lanzó los pies hacia delante y dio una y otra vez varios saltos mortales, girando alrededor de la barra.

Como final de su número, los dos niños dejaron de columpiarse, quedando con los pies apoyados en la barra de cada trapecio. Inesperadamente se dejaron caer. Mientras los Hollister abrían la boca, casi dejando escapar un grito de angustia, Kit y Rita descendieron en línea recta, quedando sujetos a las barras por los pies.

Cuando los trapecistas acabaron su número, los jóvenes visitantes aplaudieron frenéticamente. Y mientras Rita saltaba del trapecio, Pam corrió a abrazarla, exclamando:

—¡Eres una trapecista estupenda! ¡Y Kit también!

Pete dio un silbido de admiración.

—¡Zambomba! ¿Cómo podéis hacerlo? Siempre me ha gustado hacer ejercicios en el trapecio, pero nunca he podido conseguir más que sujetarme a la barra por las piernas.

—¿Quieres probar ahora? —ofreció Kit—. Yo te enseñaré a hacerlo.

—Sí, claro que sí —contestó Pete.

—Todo es cuestión de calcular el tiempo —explicó Kit, mientras se acercaban a los trapecios—. El ritmo es muy importante.

Los dos muchachos treparon a los columpios más bajos y Kit enseñó a su discípulo a calcular el tiempo y a colocarse debidamente para dar un salto. Pete hizo el primer salto muy bien y consiguió dar otro completamente solo.

—¡Canastos! —se entusiasmó Ricky.

Ahora Pete subió a un trapecio más alto.

—Me parece que no debes probar desde tanta altura —advirtió, prudente, Kit.

—¡Bah! No me pasará nada —aseguró Pete.

En aquel momento se sentía capaz de hacer cualquier número de trapecio.

Peppo y los padres de los Hollister llegaron allí en el momento en que Pete estaba calculando la distancia para saltar al trapecio inmediato. El señor y la señora Hollister no tenían la menor idea de lo que su hijo pensaba hacer, pero Peppo, imaginándolo, se apresuró a situarse bajo el trapecio en donde estaba Pete.

Pete se columpió con más rapidez. Luego, encogiendo las piernas, dio un salto, para ir a cogerse al trapecio más cercano. Todos los demás ahogaron un grito.

¡Pete había calculado mal y por sólo dos centímetros de separación, no había podido asirse al otro trapecio!

Mientras el muchachito caía, Peppo, que estaba alerta, amortiguó el golpe. Pete y el payaso rodaron por el serrín que cubría el suelo, pero Peppo había salvado al hijo mayor de los señores Hollister de herirse gravemente.

El señor Hollister acudió inmediatamente a estrechar la mano del hombre, mientras su esposa exclamaba:

—Nunca se lo agradeceré bastante, Peppo. ¡Dos veces, hoy ha salvado usted la vida de nuestros hijos!

Peppo rió, sin dar importancia a su ayuda y dijo que se alegraba mucho de haber llegado a tiempo de poder hacerlo. Luego se volvió a Pete, diciendo en tono reposado:

—Todos los acróbatas empiezan su entrenamiento en los cables y trapecios bajos, hombrecito. Tú no estabas preparado para hacer demostraciones de trapecista adelantado.

—Sí. Ya lo sé —admitió Pete, avergonzado.

El señor Hollister anunció que ya era hora de marcharse, pero Rita y Kit preguntaron si los Hollister podrían quedarse otro rato para jugar en la embarcación.

—¿Por qué no hacemos una merienda? —apuntó Sue.

—Buena idea —aprobó el payaso—. Rita, adelántate y pon la tetera en el fuego.

Y, cuando su hija se marchó, Peppo dijo a los visitantes:

—Rita hace las veces de madrecita de la familia, desde que murió mi mujer, hace dos años.

Todos demostraron su simpatía hacia el desgraciado payaso. Pam se sintió muy apenada por él. Por lo visto, aquel hombre estaba rodeado de desgracias. La compasiva Pam estaba deseando poder hacer algo por ayudarle.

Acercándose a Peppo le pidió que le hiciese la descripción de Nappy, para reconocer al animal, si le veía en alguna parte.

—¿Tiene Nappy alguna señal que le distinga de los demás perros de aguas? —preguntó.

—No, Pam, ninguna. Pero estoy seguro de que no olvidarías su cara si le vieses. Tengo una fotografía de él. Ya te la enseñaré.

Cuando entraron en la embarcación, Peppo sacó una gran fotografía del perro desaparecido.

—¡Es precioso! —Aseguró Pam—. ¡Y qué collar tan lindo!

—Era el adorno que Nappy lucía en el circo —explicó Peppo—. El collar de cuero repujado, está cubierto de piedras de imitación, en todos los colores. El cuero está pintado de púrpura, porque resalta mucho sobre el pelo blanco de Nappy.

—Entonces, si veo un perro de aguas, blanco, con un collar de cuero color púrpura, sabré que es el de usted —dijo Pam—. Pero aunque no lleve el collar, creo que también sabré reconocer a Nappy en cualquier sitio.

—Sí. Y espero que tengas suerte —repuso Peppo—. Fue un gran golpe para mí perder a Nappy.

—A lo mejor, todo lo que ha pasado es que se ha perdido por la

isla y cualquier día vuelve —comentó la señora Hollister, queriendo alegrar un poco al payaso.

—Pero no creo que le fuera posible cruzar la puerta del puente. Allí hay siempre un vigilante, durante el día —explicó Peppo—. Y por la noche, Nappy quedaba atado a su caseta.

Holly, que se había sentado junto a Rita en uno de los asientos fijos en la pared, levantó la cabecita, diciendo con voz muy resuelta:

—Yo no creo que el perro se marchase solo, mamita. ¡Seguro que a Nappy le robaron! ¡Habrá sido el «roba-perros» quien se lo llevó!

Tanto Rita, como Kit, miraron a Holly muy asombrados.

—¿De verdad crees eso? —preguntó Rita—. Es lo mismo que piensa la señorita Sally.

PETE TIENDE UNA TRAMPA



—¿Y quién es la señorita Sally? —preguntaron al unísono todos los hermanos Hollister.

Rita se levantó de su asiento al lado de la portadilla y tomando la mano de su padre, dijo:

—Papá, los Hollister no conocen a la señorita Sally. ¿Podemos acompañarles ahora Kit y yo para que la vean?

Echándose a reír, Peppo contestó:

—Sí. Creo que debéis conocer a la señorita Sally. Nosotros la consideramos una viejecita muy buena y simpática. Pero creo que hoy ya es demasiado tarde —añadió, hablando con Rita—. Ya sabes que a la señorita Sally no le gusta recibir visitas después de las cinco de la tarde.

—Bueno. Ya iremos otro día —decidió Rita.

—Cuéntanos algo de esa señora —rogó Pete.

YRita empezó a explicar:

—La señorita Sally tiene una casa al otro lado de la isla del circo. Vivía aquí mucho antes de que viniese el circo.

Peppo sonrió, diciendo:

—Sí. Muchísimo antes. Yo sé que esa viejecita es muy inteligente y voy a menudo a pedirle consejo.

Kit explicó que había ido a preguntar a la señorita Sally dónde suponía que podría haberse ido Nappy, y la viejecita le contestó: «Ningún perro sensato se marcharía de esta isla por su voluntad. ¡Nappy ha sido robado!».

En aquel momento, se oyó salir el vapor de la tetera y Rita se marchó a la cocina, a preparar la merienda y volvió a los pocos minutos con estupendas galletas surtidas, leche para los niños y té humeante para los mayores.



Mientras merendaban, Rita les explicó que la señorita Sally hacía unas preciosas figuritas con conchas marinas.

—A mí me gustan mucho —afirmó la niña trapecista.

Sue se levantó de la mesa y juntó sus manecitas, exclamando:

—Ya no puedo esperar. ¿Cuándo vamos a verla?

Todos los niños miraron a su padre para saber qué había decidido sobre la compra de la embarcación y enterarse del tiempo que estarían en Florida. El señor Hollister sonrió y dijo luego que pasarían el resto de las vacaciones de los niños en la Isla del Circo.

—Peppo y yo vamos a hablar sobre la venta de su casa flotante. A lo mejor puede arreglar las cosas, sin vender nada. Entre tanto, quiere que yo vea, también, otras embarcaciones.

Peppo acarició los bucles rubios de Sue y preguntó:

—¿Qué os parecería si mañana vinieseis a pasar el día a la Isla del Circo?

—¡Canastos! ¿A comer y todo? —quiso saber Ricky.

—Sí. Un verdadero menú de circo en nuestra cafetería.

—¡Qué divertido! Muchas gracias —dijo cortésmente, Holly.

Cuando las niñas acabaron de merendar, Rita les dijo que deseaba que viesen su habitación. Las cuatro cruzaron un estrecho corredor, hasta el pequeño camarote que ocupaba Rita. Tenía alegres cortinas amarillas en las ventanas y una litera incrustada en la pared.

—La señorita Sally me hizo estas cortinas —informó Rita—. Y esas alfombras del suelo, también. Es… una especie de madre para mí y me hace muchos favores.

A lo largo de una de las paredes del camarote había unas hileras de estanterías llenas de animalitos de juguete. Sue fue mirándolos uno por uno; había pandas, ositos de todos los tamaños y perros de todas las razas. También había gatitos a rayas encarnadas y amarillas, vaquitas verdes, monos pintados de purpurina, colocados junto a canguros y leopardos con manchas de alegres colores.



Entre aquel atractivo conjunto, había un foxterrier de pelo duro, de tamaño natural y muy bien imitado. Sue lo tomó con ambas manecitas y se sentó en el suelo.

—¿De dónde has sacado estos animalitos tan «perciosos»? —preguntó.

—Hay gentes que vienen a venderlos a los circos, en la temporada de verano —contestó Rita—. ¿Te gustaría llevarte ese foxterrier a tu casa?

Pam intervino inmediatamente:

—No, Rita. Eso no.

—Sí. Se lo regalo con mucho gusto —aseguró la niña equilibrista —. Sue se divertirá con el perro mucho más que yo. Ahora ya nunca juego.

—¡Gracias, gracias, Rita! —gorjeó Sue, yendo a abrazar primero a la simpática niña y luego al foxterrier de trapo.

—Parece de verdad del todo —declaró Holly—. Vamos a gastar una broma con él.

—¿Cómo? —preguntó Sue.

—Llamaremos a Ricky. ¡Ya verás! —contestó Holly, con un travieso brillo en sus ojos.

Acercándose a la puerta, llamó a su hermano, que llegó corriendo por el corredor. Holly aguardó dentro del camarote, a que Ricky estuviera cerca y, entonces, aproximó el perro a los pies del chiquillo.

—¡Eh! —Gritó Ricky, retrocediendo con un salto—. Casi tropiezo con éste…

Las alegres risas de las niñas le hicieron callar. Ellas asomaron la cabecita por la puerta, mientras Ricky se acercaba a coger el precioso perrito de juguete, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. Luego sonrió.

—¡Vaya! Este perro parece más de verdad que los verdaderos —explicó confusamente.

Mientras volvía al comedor, en compañía de Ricky, Sue explicó entre exclamaciones de alegría:

—Me lo ha regalado Rita.

—Mira qué hora es ya, John —estaba diciendo la señora Hollister—. Tenemos que irnos en seguida. Ya han dado las cinco y cuarto. Muy agradecidos por la tarde tan deliciosa que nos ha proporcionado.

—Nos veremos mañana —dijo Pete, mientras él y su familia se

encaminaban a la pasarela.

Al llegar al motel, el mayor de los hermanos pidió permiso para ir a preguntar a los señores Blake si sabían algo de los perritos desaparecidos. Pam le acompañó.

—No —repuso la dueña de los perros, después de oír la pregunta de los dos hermanos—. No hay la menor huella de Mimí y Fifí. La policía ha averiguado dónde está el Circo Mágico, pero que ellos sepan, ninguno de nuestros animalitos está allí. Claro que no tenían permiso para registrar y asegurarse.

—¡Y nosotros que habíamos pensado que eso era una buena pista…! —suspiró Pete.

Al salir de casa de los Blake, los niños vieron llegar un coche que fue a detenerse ante la casita situada al otro lado de la casa de los Hollister. El director del motel y otro hombre salieron del vehículo y entraron en la casa. En seguida apareció una señora de edad madura que empezó a hacer ensañar a un perro foxterrier en medio del césped.

—¡Mira, Pete! —exclamó Pam—. Ese perro es igual al perro de juguete que ha regalado Rita a Sue.

—Tienes razón.

En aquel momento, Sue salía de la casa. La chiquitina llevaba todavía el perro entre sus brazos, y al ver al otro perro de verdad prorrumpió en grititos de entusiasmo.

—¡Mirad! Aquél debe de ser un hermanito de mi perro.

La señora al oírla, se acercó al grupo, llevando a su foxterrier.

—¡Qué imitación tan perfecta! —dijo entusiasmada, admirando el juguete de Sue.

Entonces salía ya su marido de la casita, diciendo al director del motel que alquilaba el apartamiento. Su esposa le llamó:

—Dan, ¿no te parece asombroso? Un perro de verdad y otro de juguete que parecen iguales.

El marido tomó en sus manos el perrito de Sue, para examinarlo con atención.

—¡Carambita! ¡Si es el retrato de Bing!

Durante aquel rato, Bing había estado ladrando y dando saltos, queriendo apoderarse del perrito de trapo, pero no le permitieron que lo cogiese.

—Bing es un perro sabio —explicó la señora que, en seguida, levantó un dedo, añadiendo—: Demuestra a estos niños cómo das un salto mortal.

El peludo animalito saltó por los aires y dio una voltereta. Luego, ladró tres veces cuando su dueña le preguntó:

—¿Cuántos son uno más uno, más uno?

Los niños rieron alegremente, pero, de pronto, Pete se puso muy serio y se acercó a hablar con el marido.

—Oiga, señor…

—Me llamo Easton —dijo el hombre.

—Diga, señor Easton, ¿piensan ustedes quedarse en el motel a pasar la noche?

—Sí, esta noche y varios días más.

—Entonces habrán de tener mucho cuidado con Bing. Parece que hay por aquí una persona que se dedica a robar perros. Sobre todo, perros sabios.

—¡Cielo santo, Dan! —Exclamó muy apurada, la señora—. ¿Te acuerdas de aquel hombre tan extraño que quería comprarnos a Bing?

—¿El que llevaba los dos perritos de aguas en el coche? —preguntó el señor Easton a su mujer.

—Sí. ¿No te acuerdas de que estuvimos hablando largo rato con él? ¿No crees que…?

—¿Era un hombre grueso, con un traje azul? —inquirió Pam.

—¿Y con una mano vendada? —añadió Pete, nerviosísimo.

—Sí. Exactamente —repuso el señor Easton.

—Ése es el ladrón —afirmó Pete—. ¿Y dónde le encontraron ustedes?

—En una gasolinera de una población que se encuentra a unas cinco millas de aquí —contestó la señora.

—¿Y sabe ese hombre que piensan ustedes pasar aquí la noche?

A la pregunta de Pete, el señor Easton contestó con una risa y las siguientes palabras:

—Naturalmente que lo sabe. Fue él quien nos recomendó el motel la Caleta del Tesoro. Bueno. Gracias por la advertencia, hijo. No perderemos de vista a Bing.

Aunque le alegró oír decir aquello al señor Easton, Pete seguía

preocupado. Aquella noche, después que los pequeños se acostaron y sus padres se fueron a visitar a los Blake, el muchachito se sentó a la entrada de la casa y quedó pensativo.

—Te doy una moneda por tus pensamientos —dijo una voz. Era Pam, que fue a sentarse junto a su hermano—. ¡Qué bien se está aquí!

Cerrando fuertemente los ojos, Pam recitó:

«Estrella brillante, estrellita sin par,
La primera estrella que esta noche vi,
Haz que mi deseo se haga realidad,
Haz realidad lo que te voy a pedir».

—Ahora —añadió Pam, volviéndose a Pete—, di cuál es tu deseo.

—Que atrapemos esta noche al ladrón de perros.

¡Pam, tengo una idea! Puede que sea una tontería, pero podemos probar. ¿Todavía no se ha dormido Sue?

—¿Sue? ¿Qué tiene ella que ver con el ladrón de perros?

—Quiero que Sue me preste el perro que le ha regalado Rita. ¡Voy a usarlo como trampa para atrapar al ladrón!

Pam miró a su hermano, asombradísima.

—No entiendo. ¿Cómo vas a hacer eso?

—Creo que el ladrón puede venir esta noche a robar al foxterrier. Apostaría algo a que se esconde por estos campos, hasta que vea que sale Bing a dar su paseo nocturno. Entonces le cogerá.

—¡Ah, ya entiendo! —exclamó Pam—. Quieres emplear el perro de Sue como anzuelo. Vamos a pedírselo.



A toda prisa, entraron en la casa y encontraron a Sue despierta, todavía. Cuando Pete le preguntó si podía prestarles el foxterrier, la pequeñita lo hizo aparecer desde debajo de las sábanas y se lo entregó.

Pete le dio las gracias y él y Pam salieron de la habitación.

—Hay una cadena muy sólida, sujetando la caja de juegos que hemos traído —dijo Pete—. Voy a buscarla para atar al perro.

Pete encontró en seguida la cadena y la sujetó alrededor del cuello del perro de juguete. Luego, salió con el animalito a la calle.

—Será mejor que vigilemos desde dentro —aconsejó Pam.

—Tienes razón. Vamos a dejar al perro delante de la puerta, en un sitio donde se vea bien. Podemos atar la cadena a la ventana del cuarto de papá y mamá.

Luego, Pete dio instrucciones a su hermana.

—Si viene el ladrón yo procuraré atraparle y tú gritas, pidiendo ayuda.

—Muy bien.

Las saetas del relojito colocado junto a la cama de la señora Hollister señalaban las nueve y media, cuando Pete asió nerviosamente a Pam por un brazo.

—¡Mira! —murmuró con voz ronca.

¡Una silueta avanzaba agazapada por el césped, acercándose directamente al perrito!



Pete tiró de la cadena a la que iba atado el perro de juguete, el cual dio un salto como si fuese un animal de verdad.

—¡Gua, gua! —gritó Pete, imitando el ladrido de un perro inquieto.

La amplia silueta siguió avanzando en la sombra. Cada vez estaba más cerca del foxterrier de juguete. Pete y Pam pudieron ver a un hombre que llevaba una gran red. El sombrero, muy bajo sobre la frente, le hacía sombra en la cara. Con un rápido movimiento, el hombre echó la red sobre el perro.

Pete había salido a la puerta, antes de que el hombre se hubiera apoderado del perro de trapo. Pam le siguió, gritando con todas sus fuerzas:

—¡Papá! ¡Señor Easton! ¡Ayúdennos!

Con un gran salto, Pete llegó junto al ladrón, y le agarró, haciéndole perder el equilibrio. Los dos forcejearon unos momentos, mientras empezaban a abrirse las puertas de varias casas, pero Pete no pudo competir con la fuerza muscular del hombre, quien le dio un fuerte empellón y le envió, tambaleándose a través del césped,

hasta la calle. Inmediatamente después el desconocido saltó a un coche que le esperaba y desapareció con la velocidad de un cohete.



El señor Hollister y el señor Easton habían salido corriendo, con la esperanza de alcanzarle, pero el hombre les llevaba mucha ventaja.

Pete quedó unos momentos muy desilusionado, pero, al cabo de un rato, reaccionó con optimismo.

—De todos modos, tengo una pista —anunció, enseñando un pedazo de tela blanca con rayas azules, en forma de zigzag—. Es un trozo de la pechera de la camisa que llevaba ese hombre.

—Convendrá que se lo entreguemos a la policía —sugirió el señor Hollister—. Puede ayudarles a seguir la pista de ese hombre. ¿Has visto si llevaba la mano vendada?

—No me he fijado —contestó Pete.

El señor Easton se ofreció para ir a la policía y llevar el pedacito de tela.

—Pete —añadió—, no sé cómo agradecerte tu advertencia de que tuviésemos cuidado de Bing.

El muchachito dio al señor Easton el pedacito de tela. El señor Hollister dijo:

—Es ya hora de que vosotros, queridos detectives, estéis en la cama.

A la mañana siguiente, Ricky y Holly, con los ojos redondos de asombro, se enteraron de lo sucedido durante la noche, mientras Sue abrazaba a su perrito de juguete. La pequeñita no comprendía del todo bien lo sucedido, pero sí se había dado cuenta de que, de un modo u otro, el animal había sido una especie de héroe. Después de desayunar, Sue llevó al foxterrier de juguete a casa de los Easton, para que viera a su «hermano». El foxterrier de verdad hizo varias piruetas de equilibrista y Sue rió con deleite.

—Vamos, Sue —llamó la señora Hollister—. Tus hermanos ya están preparados para ir a la Isla del Circo. Supongo que tú también querrás ir, ¿no?

Los rubios rizos de Sue flotaban a su espalda mientras la pequeñita corría con toda la velocidad de sus menudas piernas hacia su casa. ¡Cómo iba a permitir que se fuesen sin ella!

La niña se juntó con sus hermanos y padres, y cruzaron el puente que llegaba a la Isla del Circo. Peppo salió a esperarles a la verja. Los Hollister quedaron extrañados de que el hombre fuese vestido con el traje de seda blanca de payaso. En la cara llevaba dibujada una amplia sonrisa.

—Buenos días, Hollister —saludó, mientras sacudía alegremente un gran aro amarillo.

—¡Hola, Peppo! —contestaron los niños.

—¿Vas a «atuar» para nosotros? —preguntó Sue.

YHolly preguntó con nerviosos gritos:

—¿Iremos ahora a ver a la señorita Sally?

—¿Dónde están Kit y Rita? —quiso saber Pete.

—¡Calma, calma! —pidió Peppo, riendo—. Cada cosa a su tiempo. En primer lugar, Kit y Rita están en el colegio.

—Pero ¿acaso los niños de circo también van al colegio? —preguntó Ricky con incredulidad.

—Naturalmente —contestó Peppo—. Tenemos colegios

particulares para todos los niños del circo. Kit y Rita me han dicho que tal vez os guste jugar al circo a vosotros solos, hasta que ellos acaben las clases. Entonces podréis ir todos a ver a la señorita Sally. Tenemos algunas ropas que podéis utilizar. Y Sue puede actuar para vosotros.

El payaso sonrió a la niñita y añadió:

—Pero antes creo que debéis conocer a Joni, el cachorro.

Los Hollister siguieron a Peppo hasta un terreno vallado.

—Este perrito es hijo de Josey y Nappy —explicó Peppo—. Y ha aprendido ya a hacer algunos equilibrios.

Peppo dio un breve silbido y al momento un rebujito de negro pelaje salió dando saltitos, de una caseta.

Luego, el payaso condujo a los Hollister hasta la tienda de lona donde se guardaban las ropas y muy pronto todos los niños estuvieron ataviados con prendas de circo. Pete y Ricky se pusieron apretados pantalones de titiritero. Pam encontró un precioso traje de caballista, y Holly uno de trapecista. Sue se puso un traje blanco de payaso, igual que el de Peppo.

—A mí no me hace falta ya más que un elefante —declaró Pam, dando incesantes vueltas sobre las puntas de los pies, y muy contenta de verse vestida con aquel traje que dejaba al descubierto su espalda—. Un elefante pequeñito, que no se enfade.

—Pues vas a tenerlo —prometió Peppo—: Haremos que venga a la pista Timmy. Él no pertenece a los elefantes de Totó.

—¿Nos va a dejar la pista para nosotros solos? —preguntó Pete.

—Ahora lo veréis —sonrió el payaso.

Salió de la tienda para ir a la zona en que se encontraban los animales. Los cinco Hollister le siguieron; Sue llevaba en sus brazos al cachorrito.

—Aquí tenéis a Timmy —anunció Peppo, aproximándose a un elefante gris de poco tamaño—. Es un animal muy amable, Pam. Puedes montar en él sin miedo.

Timmy siguió a Peppo y a los niños hasta una gran pista, cubierta de arena, que se encontraba cerca del puente.

—Ahora te enseñaré a actuar, Sue —dijo el payaso.

Dio dos sonoros silbidos y al momento Josey saltó a la pista y saltó airosamente a través del aro que sostenía su dueño. Peppo

entregó a Sue un aro más pequeño que la niña sostuvo en alto, delante del cachorro.

—Vamos, Joni —ordenó Sue, muy seria—. Haz lo mismo que tu mamá.

Pero Joni inclinó hacia un lado su diminuta cabeza, dio unos cuantos saltos alrededor de la pista y se negó tranquilamente a obedecer a Sue.

Pero Sue no estaba dispuesta a ceder. Siguió llamando al animal y sosteniendo al aro en alto, hasta que salió victoriosa. Joni ladró, irguiéndose sobre las patitas traseras. ¡Un momento después el cachorro saltaba a través del aro!

Los mayores consiguieron salir airosos en sus actuaciones antes que Sue. Con ayuda de Peppo, Pete y Ricky pronto aprendieron a hacer varios ejercicios de habilidad y Ricky fue capaz de sostenerse en pie sobre los hombros de su hermano.

Pam enseñó a Timmy a sostener la trompa en alto, mientras tanto, Holly había colocado una cuerda tensa desde un poste hasta la verja del puente. Cuando Rita y Kit salieron de clase, la pequeña Holly era ya capaz de dar seis pasos seguidos sobre la cuerda, sin caerse.

Sonriendo, Peppo comentó que el circo no era todo diversión, sino que exigía muchas horas de duro trabajo.

—Ahora será mejor que vayamos a comer —dijo el payaso—. Quitaos esa ropa, que yo también voy a cambiarme. —Luego se dirigió a la hermosa perra negra pidiendo—: Llévate a Joni a su caseta, Josey.

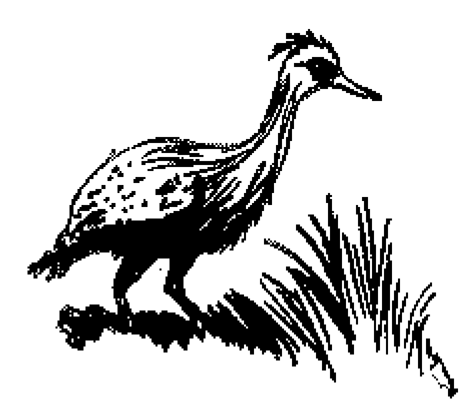
Los dos perros se alejaron; el pequeño tenía que ir a todo correr, para igualar el paso de las largas patas de su madre. Los demás estaban a punto de marcharse, cuando Sue prorrumpió en un chillido.

Acababa de aparecer un enorme pájaro blanco, que aleteaba ruidosamente. Después de elevarse un buen trecho, descendió en picado, aterrizando a poca distancia de Pete.

—¡Nos está atacando! —gritó Ricky.



LA AMABILIDAD DE LA SEÑORITA SALLY



Cuando el enorme pájaro descendió de nuevo, los Hollister se apresuraron a tenderse en el suelo. Holly fue la primera en levantarse, apoyándose en las rodillas, pero ocultando todavía la carita entre las manos.

—¿Se ha marchado ya ese pájaro malote? —preguntó, mirando a través de sus dedos.

El animal había desaparecido y Peppo, Kit y Rita estaban en pie, riendo de tan buena gana que se habían llevado las manos al estómago.

—¿Qué es lo que tiene tanta gracia? —preguntó Ricky, sentándose con gesto enfurruñado.

—Ese pájaro no iba a haceros ningún daño —informó Kit—. Nos habíamos olvidado de presentaros a Zumbador.

—Es un buen nombre para ese pájaro porque zumba como un bombardero —murmuró Pete, avergonzado, mientras él y sus hermanos se levantaban, sacudiendo el serrín de sus ropas.

—Por eso se le puso ese nombre —repuso Kit—. Hace que la gente se divierta mucho.

Rita añadió:

—Zumbador es el animalito mimado de la señorita Sally. Le

encontró cuando era un pollito y le crió ella. Es un animalito muy bueno.

—Mira. Ahí está Zumbador —anunció Sue.

El hermoso pájaro les miraba desde un montículo cercano, cubierto de hierba.

—Creo que se está riendo de nosotros —opinó Pete—. ¿Qué clase de pájaro es? En nuestro lago de Shoreham no hay animales como éste.

—La señorita Sally le llama la grulla cantante —dijo Kit—. ¡Asegura que por las mañanas siempre canta!

Peppo y los Hollister fueron a cambiarse de ropa, para ir luego a la cafetería. Ricky quedó fascinado viendo a los cocineros, con gorros blancos, que se encontraban detrás de los humeantes mostradores, sirviendo a todo el mundo con grandes espumaderas y cucharones. Cuando el chiquillo se sentó en un extremo del mostrador, ya encontró su plato lleno de pollo frito, y además dulce de patata, galletas y pudin de maíz.

—Me gusta mucho la comida de este circo —comentó el pecosillo con Pete, a quien también habían servido abundantes raciones.

Las niñas no comieron tanto y hubo un momento en que Rita vio que Pam partía la mitad de un panecillo y lo escondía.

—¿Para quién es? —preguntó la niña equilibrista.

Pam rió, contestando:

—Para Zumbador. He visto que nos miraba.

—Debe de estar esperando para ir con nosotros —contestó Rita, también riendo.

Cuando los niños se pusieron en camino, para ir a visitar a la señorita Sally, Zumbador fue tras ellos unas veces apoyándose en sus largas patas, otras revoloteando sobre ellos. Después de una larga caminata, llegaron ante una casa medio escondida en un bosquecillo de palmeras y plantas floridas, a orillas del agua.

—Ésa es la casa de la señorita Sally —anunció Kit, señalándola.

—¡Ooooh! Es igual que la casa de la abuelita de Caperucita Roja —exclamó Sue—. ¿Verdad que es «perciosa»?

Mientras la niña hablaba, apareció por la arena una mujer delgada, de cabello blanco. Caminaba hacia ellos desde la playa,

llevando dos cubos de conchas marinas que parecían muy pesadas.

—¡Ahí está la señorita Sally! —anunció Rita.

—Vamos, Ricky —llamó Pete—. Le ayudaremos a llevar esos cubos.

Los dos muchachos se adelantaron, corriendo. Al verles aproximarse, la mujer se detuvo, dejó los cubos en la arena y apartó con la mano un mechón que le caía sobre los ojos. Tenía una expresión amable y a los Hollister les agradó en seguida aquella señora.

—¡Cielo! Cuántos niños —exclamó ella—. ¡Me alegra ver a tantos juntos!

—Señorita Sally, éstos son nuestros amigos, los Hollister — anunció Rita, que luego fue presentando por su nombre a cada uno de los niños. Y añadió, entre risas—: Zumbador les ha dado un susto tremendo.



—¡Este bromista pajarito…! —Comentó la señorita Sally, mientras estrechaba las manos de los niños—. Os ruego que le perdonéis.



Después, la viejecita se volvió a hablar con su pájaro que revoloteaba a poca distancia de ella.

—Zumbador, tienes un pico tan largo que pareces un animal feroz. Debes aprender a comportarte y no asustar a gentes como estos niños.

El pájaro fue a posarse en la cabeza de su dueña y Sue estalló en alegres risillas. La señorita Sally prosiguió:

—¿Sabéis una cosa, niños? Zumbador se cree que es una persona, no un pájaro. Muchas veces me pregunto si los otros pájaros no se reirán de él.

—¿No tiene usted miedo de que se marche volando? —preguntó Holly, preocupada—. Nosotros teníamos un periquito y se nos escapó.

—No, no. Cada vez que se marcha, Zumbador vuelve a las horas de comer. Yo le doy algunos consejos —rió—. Zumbador se marcha de vez en cuando a reunirse con una familia de zancudas salvajes que vive a pocos kilómetros de aquí. Pero nunca se queda demasiado tiempo.

Zumbador se alejó entonces del grupo, moviéndose con grandes zancadas, y manteniendo la cabeza muy alta.

Kit exclamó alegremente:

—¡Miradle! ¡Miradle! Sabe que estamos hablando de él. Es un pájaro muy presumido.

La señorita Sally asintió y llamó al animal, ordenando:

—Ven aquí, Zumbador, y estrecha la mano de los Hollister. ¡Y no se te ocurra volver a asustarles!

La zancuda volvió hacia la viejecita levantando sus patas lentamente, como se ve en las películas de movimiento retardado. Cuando se detuvo fue acercando su pata a Sue, Holly, Ricky, Pam y Pete, con quienes se «estrechó» las manos.

—¡Ahora ya somos todos amigos! —dijo la sonriente señorita Sally, mientras los dos muchachitos recogían los cubos llenos de conchas de mar—. ¿Queréis venir a visitar mi casita?

—Nos gustará mucho —aseguró Pam—. ¿Nos enseñará también sus figuritas de concha? Rita nos ha dicho que las hace usted muy bonitas.

—Naturalmente —contestó la señora, abriendo la marcha hacia

su casa.

Después de cruzar un umbral con el marco rodeado de rosas, los Hollister se encontraron en una salita resplandeciente de sol.

—¡Oooh, señorita Sally! —exclamó Pam, con los ojos muy abiertos—. ¡Cómo me gustaría vivir aquí!

La habitación estaba limpísima, y las ventanas, desde donde se veía el mar, relucían como piedras preciosas. Alfombras muy mullidas, trabajadas a mano en alegres colores, cubrían el suelo por diversos lugares y los cómodos muelles tenían fundas de preciosas telas orientales.

—Hago esas alfombras en los ratos libres —explicó la señorita Sally a Pam, que lo estaba mirando todo con ojos admirativos. Y haciendo un guiño a Rita, añadió—: Allí está mi colección de mariposas.

La señorita Sally señalaba una estantería de ébano sobre la que se veía más de un centenar de mariposas de exquisito colorido.

—Pero no son de verdad —observó Ricky—. ¡Están hechas de conchas de mar!

—Es cierto —admitió la viejecita.

Rita dijo a los Hollister:

—Todavía hay más cosas. Mirad allí. —La pequeña trapecista llevó a sus amigos hasta una vieja cómoda que se encontraba en un rincón de la salita—. Éstos son los pájaros de la señorita Sally.

Posados sobre la cómoda, como dispuestos a emprender el vuelo, había unos cincuenta pájaros, fabricados todos con conchas marinas.

—¡Huy! ¡Éste es un Zumbador chiquitín! —observó Holly, señalando a una pequeña ave zancuda con el pico rojo como el de Zumbador.

Sonriendo, la señorita Sally les fue mostrando los diversos pájaros de Florida que había hecho utilizando conchas.

Ricky señaló hacia uno rosado, con las patas asombrosamente largas.

—¿De verdad también hay algún pájaro como éste? —quiso saber.

—Naturalmente —contestó la señora, con ojos muy alegres—. Es un flamenco. Casi han desaparecido de esta parte del país, pero

ahora en Florida se ha hecho una reserva para protegerlos.

—¿Y cómo hace usted estos pájaros? —preguntó Pam, cada vez más sorprendida.

—Para hacerlos se necesita paciencia, hijita, y un poco de imaginación. Tú también podrías hacerlos, en cuanto practicases un poco.

—Me gustaría probar —contestó Pam—. ¿Y a ti, Holly?

Pero Holly no pudo contestarle, porque no estaba en la salita. Ella, el travieso Ricky y Sue habían salido en busca de Zumbador. La zancuda no estaba por ninguna parte.

—Se habrá ido a contar a sus amigos pájaros que nos ha dado un susto —opinó Sue, riendo divertida.

—¡Mirad, tengo una idea! —exclamó Ricky.

—¿Qué es? —quiso saber Holly.

—Venid conmigo y os lo enseñaré.

Ricky reía a carcajadas, mientras buscaba entre los arbustos, y al poco apareció llevando dos enormes ramas de palmera, en forma de abanico. Por entonces, Pam había salido a reunirse con ellos.

—¿Qué vas a hacer con eso, Ricky? —preguntó, al ver que su hermano corría hacia un cobertizo que se encontraba detrás de la casa de la señorita Sally.

—¡Soy Zumbador! —anunció el pecosillo, volviendo un momento la cabeza—. ¡Miradme!

Las niñas se acercaron más, para ver qué hacia su hermano, Ricky, que se había subido al tejado del cobertizo, estaba allí muy erguido y sacudiendo las manos, en las que sostenía las «alas» de palmera, como si fuese un pájaro de gran tamaño.

Dándose cuenta de que la intención de Ricky era saltar desde aquella altura, Pam gritó:

—¡Espera, Ricky! ¡No saltes!

Pero el pequeño no prestó atención a las palabras de su hermana. Con otra sacudida de sus «alas», Ricky abandonó el tejado. Se oyó un ruido seco cuando el pecoso Ricky cayó al suelo hecho un rebujo.

—¡Oooh! —gritó Sue con espanto.

Por unos momentos, el niño siguió en el suelo, respirando con dificultad. Pam se acercó corriendo, temerosa de que Ricky se

hubiera roto las piernas. Pero, lentamente, el chiquillo se puso en pie, diciendo:

—Estoy… estoy muy bien. Sólo me he hecho unos rasguños en las rodillas. ¡Es que estas alas son muy malas! ¡No funcionan!

En aquel momento Zumbador revoloteó sobre las copas de los árboles, para descender junto al niño Allí se detuvo un momento, como inspeccionando las magulladas rodillas del pequeño y luego fijó los ojos en las hojas de palmera, que se encontraban rotas, junto al cobertizo.

—Me parece que Zumbador está pensando que no estoy bien de la cabeza —comentó el diablejo de Ricky, haciendo un esfuerzo por sonreír—. Pone la misma cara que si se estuviese riendo de mí.

—Sí —admitió Pam—. Le brillan los ojos como si se riese.

Entonces, la señorita Sally y los otros niños también habían salido. La viejecita hizo que Ricky entrase en la casa para lavarle y vendarle las rodillas. Mientras ella y el chiquillo desaparecían por la puerta, Zumbador se acercó a Kit y le tocó insistentemente con el pico.

—Zumbador quiere hacer un juego —explicó Kit, echándose a reír—. Mirad.

El muchacho se agachó a recoger una delgada ramita que vio cerca y, acercándose al pájaro, hizo girar la rama en torno a su mano. Zumbador quedó unos momentos inmóvil, vigilando atentamente y en seguida revoloteó, para ir a asirse a la rama con el pico.

El pájaro se alejó veloz, con gran batir de alas, llevándose el palo. Pero no tardó en regresar y dejar caer la rama a los pies de Kit.

—¡Qué bonito! —dijo Holly—. Hazlo otra vez.

—Hazlo tú, Pete —repuso Kit, ofreciendo la rama a su amigo.

Pete cogió la rama y la hizo girar. Inmediatamente, Zumbador revoloteó, se apoderó de la caña y se elevó hacia el cielo. Luego, a todos los demás les tocó su turno de jugar con el pájaro; también pudo hacerlo Ricky, que ya había salido con las rodillas vendadas. La zancuda parecía divertirse tanto como los niños con aquel juego.

—Me gustaría llevármelo a Shoreham para jugar con él a estas cosas —suspiró Holly.

—Pero seguramente se moriría de frío —opinó Pete.

Cuando Zumbador se cansó de jugar y se alejó volando por encima de los árboles, Pete y Pam entraron en la casita para hablar con la señorita Sally.

—Ha sido usted muy amable —dijo Pam—. Lo hemos pasado muy bien aquí.

—Es verdad —asintió Pete—. Ahora, lo que desearíamos es poder encontrar al hombre que se dedica a robar perros, antes de marcharnos.

—¿Te refieres a la persona que se llevó a Nappy? —preguntó la anciana.

—Sí —contestó Pam—. ¿Por qué cree usted que ese perrito fue robado, señorita Sally?

—Por varias razones. En primer lugar, Nappy no era aficionado a vagabundear. Segundo, no era posible que se marchase sin que le viese nadie. Tercero, vi a un desconocido paseando en barca alrededor de la isla, el mismo día en que Nappy desapareció. Se portaba de un modo muy sospechoso y estoy casi segura de que tuvo algo que ver con la desaparición del perro.

—¿Qué aspecto tenía ese hombre de la barca? —preguntó Pete, muy nervioso.

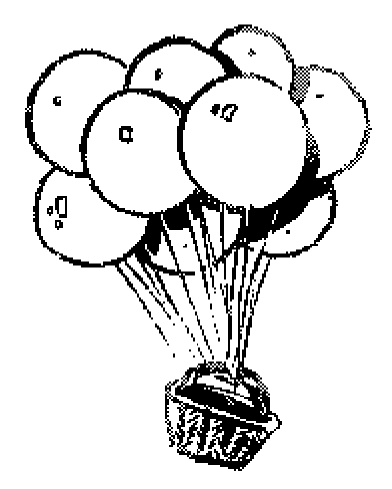
La mujer quedó un momento pensativa. Después, dijo con lentitud.

—Era un hombre de aspecto robusto, con cara de expresión cruel. Llevaba una mano vendada.

—¡Siga, siga! —suplicó Pam.

—No sé qué más deciros. Hay otro detalle, pero no será muy útil. Este hombre llevaba una camisa blanca con rayas azules en zigzag.

MUCHACHOS AGUADORES



—¡Zambomba! ¡Una camisa a rayas azules! —exclamó Pete—. Ésa es la mejor pista que ha podido usted darnos, señorita Sally.

—¿De verdad? —preguntó ella, con una expresión interrogante en sus ojos.

A continuación, Pam y Pete le contaron todo lo ocurrido la noche anterior, cuando se acercó un hombre a llevarse al foxterrier.

—¡Vaya, vaya! —Murmuró la señorita Sally—. Considero que los Hollister sois muy amables al tomaros tanto interés por buscar al ladrón. Os deseo que le encontréis.

—Él hirió a nuestro perro Zip, en Shoreham.

Después de decir esto, Pam explicó a la viejecita todo lo que sucedió en la exposición canina y más tarde en Greenville. Mientras la niña hablaba, entró Kit en la casa.

La señorita Sally escuchó con mucho interés y cuando Pam terminó de hablar, la anciana unió sus manos, al tiempo que decía:

—¡Tendrá que ser un hombre muy listo, si quiere escapar de los Hollister!

Pete se echó a reír alegremente; luego preguntó a Kit desde

cuándo faltaba Nappy del circo.

—Una mañana —contestó el muchachito trapecista—, cuando papá fue a darle de comer, encontró la caseta vacía.

—Pero, si alguien lo ha robado —intervino Rita—, ¿por qué no se llevó también a Josey?

—Seguramente lo intentaría, pero no podría dominar a los dos perros juntos —opinó Pete.

La señorita Sally sonrió, afirmando:

—Estoy segura de que los animalitos lucharon cuanto pudieron.

Pete hizo chasquear sus dedos y preguntó:

—¿Sabéis lo que voy a hacer? Iré a hablar con todos los del circo, para averiguar si alguien vio a un hombre con el aspecto y la ropa del ladrón.

—Yo te acompaño —se ofreció Kit.

—Y yo —añadió inmediatamente Ricky.

Comprendiendo que Sue no podía intervenir en aquel trabajo, Pam propuso que las niñas se quedasen con la señorita Sally, viendo la colección de pájaros hechos con conchas de mar.

—Además, podéis probar a hacer alguno —dijo amablemente, la viejecita, mientras colocaba sobre una gran mesa de trabajo, un tarro de cola, un manojo de alambres y un gran cesto de conchas de mar.

Pete, Ricky y Kit se encaminaron rápidamente a los terrenos del circo, deseando empezar cuanto antes a hacer preguntas a los hombres y mujeres del circo. Al llegar, fueron primero a hablar con los acróbatas. En una de las grandes tiendas de lona encontraron a cuatro jóvenes y una muchacha, todos japoneses, que esperaban a que quedase una pista libre para hacer algunos ejercicios acrobáticos. Kit les conocía muy bien y presentó a los Hollister, añadiendo que Pete deseaba hacerles algunas preguntas.

—En los últimos días —empezó diciendo el mayor de los Hollister— ¿no han visto ustedes a un desconocido con una camisa blanca, a rayas azules en zigzag?

El jefe del grupo, un joven delgado y sonriente, sabía muy poco inglés, pero al parecer, comprendió la pregunta, porque murmuró:

—¿Camisa blanca...? ¿Rayas azules...? —Se miró sus propias ropas, exclamando—: ¿Zigzag en un vestido? ¡Qué cómico!

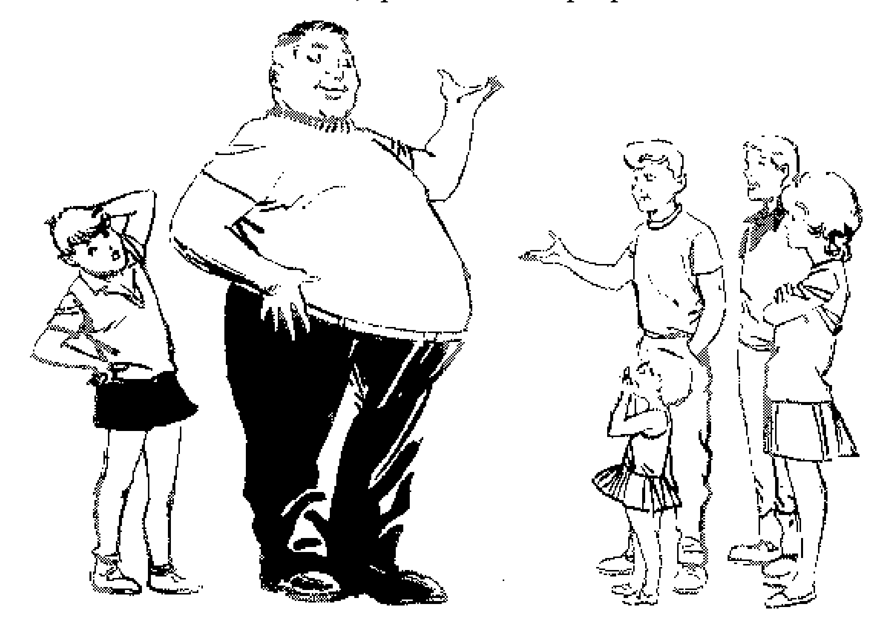
Se echó a reír y sus compañeros le hicieron coro, alegremente.

—¿Has visto a alguien vestido así, Jojo? —preguntó Kit.

—No, Kit. Lo siento.

—Gracias, de todos modos —dijo Pete, alejándose con sus compañeros.

—Vamos a ver al Gordo, que está allí —propuso Kit.



En un lateral, sentado en una silla gigantesca, se encontraba el hombre más grande que Pete y Ricky habían visto en su vida.

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. ¿Es un hombre o una montaña?

Kit rió divertido, mientras los tres se acercaban al Gordo del circo.

—Hola, Gordo —saludó—. Estos chicos son los Hollister, unos amigos míos. Están buscando a un hombre que creen que fue quien robó a Nappy. Llevaba una camisa blanca, con rayas azules a zigzag. ¿Has visto a algún hombre así? A lo mejor de noche…

La voz que salió del interior de aquel hombre, grande como un mamut, era incomprensiblemente chillona e infantil.

—No. No le he visto. Pues yo duermo mucho, sobre todo por la noche.

Los Hollister intercambiaron divertidos guiños. Cuando salieron

al exterior, resplandeciente de sol, los chicos se cruzaron con un hombre, con vestidos estrafalarios, que llevaba una cesta llena de bastones de caramelo y molinitos de papel, todo ello de alegres colores. Atados al borde de la cesta docenas de globos con largos cordeles. Aquél era el hombre que había dado a Sue el globito rojo.

—¿A dónde vas tan de prisa, amigo Kit? —preguntó el hombre.

—Hola, Grecco —saludó Kit, quien luego preguntó al hombre si había visto, por casualidad, al sospechoso.

Grecco no había visto a nadie de tales señas, pero dijo que confiaba en que los niños encontrasen al ladrón de perros. Con los ojos iluminados por una sonrisa, el hombre dio a cada uno de los muchachos un bastón de caramelo.

—Creo que esto sentará bien a unos jóvenes detectives como vosotros —dijo, risueño.

Después de darle las gracias, los niños fueron al cercado de los elefantes. El domador estaba intentando alinear a los animales para ensayar. Era el mismo hombre antipático que había gritado a Sue, diciéndole que se quitase de en medio. Cuando Kit le habló, el hombre se mostró tan enfadado como siempre.

—Totó, éstos son mis amigos, los Hollister. Estamos buscando a un hombre que pudo ser el que robó a Nappy. Llevaba una camisa blanca, a rayas azules. ¿Por casualidad le has visto?

Por un momento, Totó se mostró visiblemente aturdido y arqueó sus cejas, espesas y negrísimas. Después miró agresivamente a los niños, con los ojos entornados y acabó volviéndoles la espalda sin contestar.



—¡Eh, Totó! ¿No has oído lo que te he preguntado? —dijo Kit.

El hombre giró sobre sus talones, para quedar de nuevo frente a los muchachos, mirándoles con ojos furibundos. Con un vozarrón infernal ordenó:

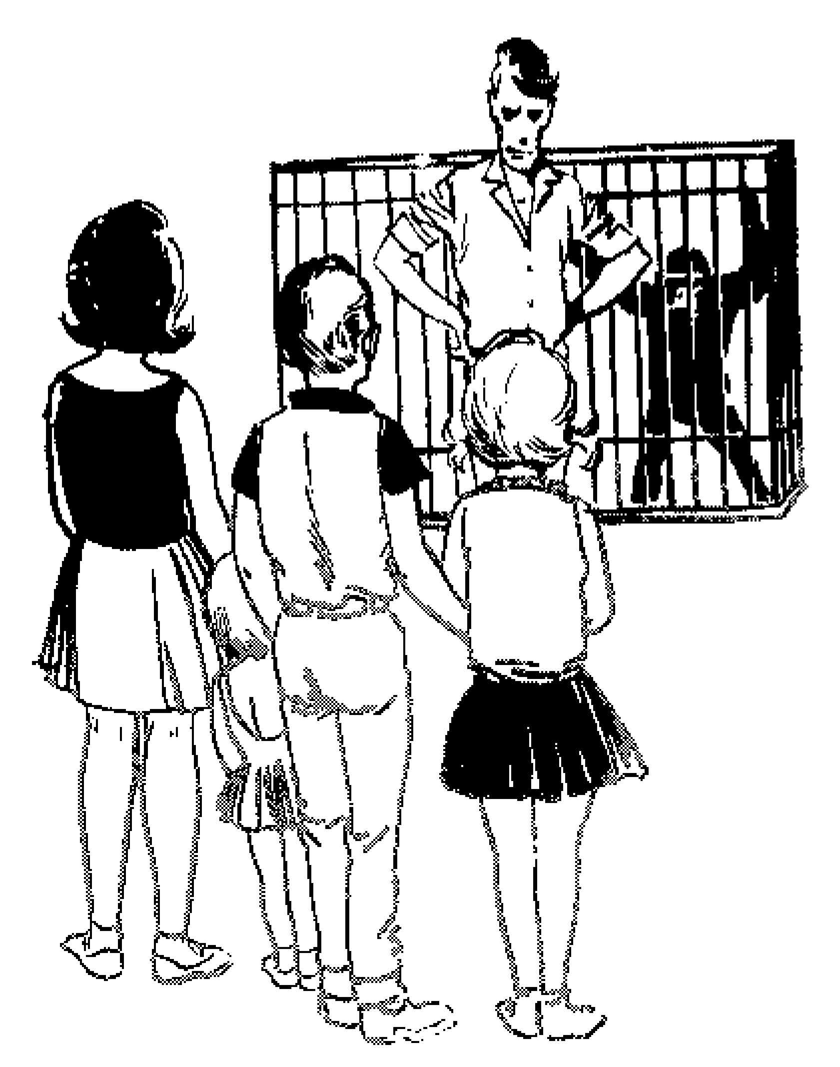
—¡Fuera de aquí, chicos! Estoy demasiado ocupado para poder hacer caso a criaturas alborotadoras que no hacen más que preguntar. ¡Largo!

Comprendiendo que aquel hombre de tan mal genio no estaba dispuesto a dar explicaciones, los tres muchachitos se marcharon. Pero Pete se preguntó si la actitud de aquel hombre sería debida sólo a su mal carácter, o a causa de que sabía algo que no quería decir.

—Vamos a probar con Mike, que está atendiendo las jaulas de los monos —propuso Kit—. Pero tened cuidado con el mandril. Es muy peligroso.

Mike era un hombrecillo pequeño y delgado, con ojos muy brillantes. Saludó a los niños amablemente y en contestación a la pregunta de Kit dijo que no había visto a ningún hombre con camisa a rayas azules, en zigzag.

—Muy pocos de los que se mueven por aquí llevan camisa —aclaró el hombrecillo, con visible acento irlandés—. Además, siempre estoy tan ocupado dando de comer a estos animales y limpiando sus jaulas que no tengo tiempo para fijarme en nadie. ¡Para colmo, hoy, mi ayudante no se ha presentado!



—Entonces, tal vez te convenga que te ayudemos, Mike —se ofreció amablemente el muchacho trapecista.

La preocupación que ensombrecía el rostro del hombre se transformó en una sonrisa.

—¿Me ayudaríais ahora? —preguntó, con gran contento—. Si entre los tres os encargáis de coger estos cubos y llenarlos de agua ahorraréis muchos viajes a mis pobres pies.

Los tres chiquillos cogieron los cubos y fueron a llenarlos en la boca del riego.

—¡Chicos! ¡Estoy trabajando en un circo! —comentó Ricky,

jubiloso—. ¡Veréis cuando se lo cuente a los chicos de Shoreham!

Volvía ya con los cubos llenos, cuando Pete anunció:

—Ahí está Hook Murtine. Mirad junto a las jaulas de los monos. Parece que está muy enfadado por algo.

—Siempre está igual —sentenció Kit.

—Me parece que está discutiendo con Mike. Me apuesto algo a que ese chico es el ayudante que dijo Mike que no había venido —opinó Ricky.

El pecoso tenía razón; cuando se acercaron, Mike estaba riñendo a Hook.

—Podía haberse esperado a que viniese yo a traer el agua, en lugar de dejar que «éstos» me quitasen el puesto —estaba gruñendo el chico, que en seguida se volvió a Pete y Ricky, preguntando con rabia—: ¿Qué derecho tenéis vosotros a meter aquí las narices y quitar a los demás su trabajo?

Tenía los ojos brillantes de furor y apretaba los puños.

—¿Por qué no os largáis de aquí, idiotas? —masculló.

Mirando al chico con toda calma, Pete dijo:

—A nosotros no nos interesa tu trabajo.

—¡Entonces, habéis hecho esto para conseguir que me despidan! —chilló, cada vez más furibundo.

Torció los ojos, poniéndose feísimo, y al mismo tiempo dio a Ricky un empujón. El pequeño cayó de cabeza en uno de los cubos grandes.

Mientras Ricky se levantaba, chorreando, Pete salió en persecución de Hook. Los dos chicos cayeron sobre el serrín del suelo, rodando uno sobre otro.

—¡Dale fuerte, Pete! —gritó Ricky.

El hombre encargado de cuidar los monos, apoyó las manos en las caderas y observó la pelea con interés.

—Eso es —concordó con Ricky—. Yo estaré muy contento de que, por una vez, ese Murtine reciba una lección. Pete es un gran chico y espero que consiga quitarle los humos a ese camorrista.

La lucha parecía estar muy igualada. Ambos muchachos luchaban con todas sus fuerzas y pronto una multitud de gentes de las que trabajaban en el circo se había reunido a mirar.

—Buen espectáculo —comentó el «esqueleto viviente», hablando

con el hombre tatuado.

Uno de los trapecistas se acercó para preguntar a Kit:

—¿Quién es ese muchacho? ¿Algún amigo tuyo?

Kit respondió, muy orgulloso:

—Sí, Jack. Es un buen amigo mío. ¿Verdad que lo hace bien?

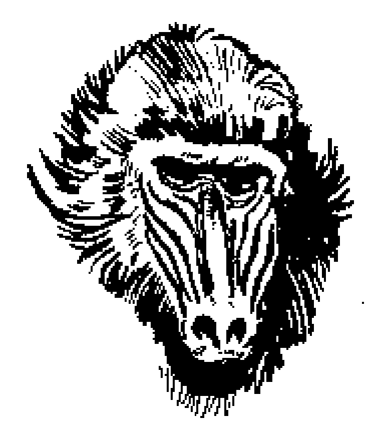
—Si logra vencer a ese camorrista de Hook Murtine se convertirá en un héroe, aquí —rió el otro.

—Toma —dijo una equilibrista, ofreciendo a Ricky una toalla—. Sécate. Tu hermano está perfectamente. Él sabrá dominar a ese Murtine. ¡Eh, cuidado, muchachos! ¡No os acerquéis tanto a la jaula del mandril!

Las últimas palabras las dirigía la equilibrista a los dos muchachos que peleaban, aproximándose cada vez más a las jaulas de los monos. Un momento después chocaban contra la jaula del mandril, cuya puerta se abrió.

Dentro de la jaula, el inmenso animal que había estado observando la lucha de los dos muchachos, se levantó sobre sus cuatro manos. ¡Un momento después cruzaba la abierta puerta en línea recta hacia los dos chicos!

EL MALABARISTA TATUADO



Pete estaba vuelto de espaldas al mandril, cuando éste dio un salto, con intención de abalanzarse sobre los dos jóvenes luchadores. Hook vio a la bestia y dando un grito, salió corriendo.

—¡Corre, Pete, corre! —gritó Ricky, con desespero.

En el momento en que el mandril levantaba las manos delanteras y abría la boca, el hombre de los tatuajes se separó del grupo de espectadores y corrió hacia el animal. Inclinándose, atrapó a la bestia por el rabo y la hizo dar media vuelta, en el momento en que el mandril se abalanzaba sobre Pete, enseñando los dientes.

—¡Cuidado! —gritó Ricky, angustiadísimo.

En aquel instante llegó corriendo Mike, empuñando una larga pértiga con la que forzó al animal a volver a su jaula.

—¡Hurra! —exclamó Ricky.

—¡Hurra por Flippon y por Mike! —aplaudió el «esqueleto viviente».



Todos los presentes hablaban a la vez, dando gracias a Dios por la inesperada salvación de Pete. Sabían que el mandril era muy fuerte y peligroso.

Mientras Pete estrechaba la mano de sus salvadores, dándoles las gracias, Kit le presentó al hombre tatuado, diciendo que se llamaba Flippon y era el mejor titiritero del circo «El Sol».

—Gracias, gracias —dijo Pete, todavía temblando por el susto pasado—. ¡Gracias a los dos!

—Ha sido un placer —dijo modestamente, Mike que un momento después sacudía la cabeza, murmurando—. No comprendo cómo se ha abierto la jaula del mandril.

Pete miró a Kit. ¿Habrían abierto adrede la puerta de la jaula? ¡Pobre Peppo! ¡Todas las cosas, unas tras otras, iban poniéndose en

contra suya!

Cuando todos se sintieron algo más tranquilos, Ricky preguntó al hombre tatuado:

—¿Cómo se hizo todos esos dibujos del cuerpo, Flippon?

—Vamos a mi tienda y te lo contaré todo.

Los tres chicos recogieron sus bastoncitos de caramelo, que habían caído al suelo durante la reciente confusión, y siguieron al titiritero. Delante de su tienda había varias sillas campestres.

—Sentaos ahí, muchachos —invitó, mientras se quitaba la camisa de algodón azul.

—¡Zambomba! —exclamó Pete, mirando perplejo al hombre—. ¡Nunca había visto tantos tatuajes!

Sonriendo, Flippon abombó el pecho. Cubriéndolo completamente se veía una gran águila americana. La cabeza del ave estaba tatuada en la garganta del hombre y, cuando Flippon tragaba saliva, se producía la ilusión de que el águila movía la cabeza.

—Es estupenda —declaró Ricky, admirado.

Los chicos rieron y Kit pidió:

—Cuéntales, cuéntales lo del águila.

El titiritero explicó que, hacía muchos años, había sido marinero. En cierta ocasión, estando en Singapur, había sentido mucha añoranza por los Estados Unidos.

—Por eso busqué a un hombre que me tatuó el águila americana en el cuerpo.

—Pues espera a ver el tatuaje de la espalda —le dijo Kit.

Flippon dio media vuelta y los muchachitos pudieron ver, en su espalda, un hermoso león, azul y rojo, que se sostenía sobre las patas traseras. Las garras del animal aparecían abiertas, como dispuestas a caer sobre una presa.

—¡Caramba! —exclamó Pete—. ¡Qué aspecto tan feroz!

Se acercó a mirarlo más de cerca y preguntó:

—¿No es el león que emplea Inglaterra como emblema?

—Si —contestó Flippon—. Mi madre era inglesa, y yo me hice tatuar el león británico en honor a su país.

—Ahora, enséñales el truco de los barcos de vela —pidió Kit, conteniendo la risa.

—¿Barcos de vela? —repitió Ricky, entusiasmado.

Echándose a reír, el malabarista dijo:

—Mirad cómo se mueven.

Se volvió otra vez de frente a los muchachos y colocó las palmas de sus manos en la nunca. En los bíceps llevaba tatuadas dos goletas a toda vela. Flippon dio movimiento a sus músculos y las velas parecieron azotadas por un fuerte vendaval. Ricky gritó atónito:

—¡Canastos!

Yluego, considerando que aquello era una maravilla, preguntó a Flippon si había algún medio de que él pudiera también tatuarse los brazos.

El hombre sacudió negativamente la cabeza, al responder:

—No hagas nunca semejante cosa, hijo. Ya no puedes desprenderte jamás de ello. Una vez te han hecho el tatuaje, forma parte de tu cuerpo para el resto de tu vida, y más de una vez te sentirás cansado de estar lleno de ilustraciones.

Apoyó afectuosamente una mano en el hombro del pequeño y continuó:

—Si alguna vez quieres jugar a ser el hombre de los tatuajes, pide a alguien que te haga dibujos en el pecho o los brazos. Pero asegúrate de que lo hace con una pintura que se quite, lavándola.

Flippon cogió el bastón de Ricky, lo lanzó girando por el aire y volvió a recogerlo con toda facilidad.

—También se puede hacer así —dijo, tomando los bastones de Pete y de Kit.

Muy diestramente, jugueteó con los tres bastones a un tiempo. Los largos caramelos daban vueltas y más vueltas en el aire, cada vez que Flippon los soltaba como si no hiciese otra cosa que pasarlos de una a otra mano.

—¡Qué bien lo hace! —aplaudió Pete, y mientras miraba al bastón que en aquel momento se encontraba más alto, vio a un gran pájaro blanco volando precisamente encima de su cabeza.

—¡Mirad! ¡Ahí está Zumbador! —gritó—. Parece que nos esté siguiendo.

Se oyó un fuerte batir de alas y la zancuda descendió veloz.

—¡Cuidado, Flippon! —advirtió Kit.

Pero ya era demasiado tarde. Zumbador revoloteó sobre la

cabeza de Flippon y, limpiamente, se apoderó de uno de los tres bastones que giraban por los aires.

—¡Ven aquí! ¡Devuélveme eso! —ordenó Pete, a voces.

Pero el travieso animal se alejó veloz, en dirección a la casa de la señorita Sally.

Riendo, Flippon jugueteó todavía un rato con los dos bastones restantes, que luego entregó a Pete y a Ricky.

Cuando los niños se disponían a marchar de allí, Pete recordó de pronto el motivo que les indujo a volver tan rápidamente al circo. De modo que explicó a Flippon:

—Estamos intentando encontrar al hombre que debió de robar a Nappy. Llevaba una camisa blanca a rayas azules en zigzag. ¿No vio usted por aquí a un hombre vestido de ese modo, cuando el perro desapareció?

—No. No le vi. Y es una pena. Nappy era un magnífico artista. Probablemente Kit ya os ha hablado del número que hacía en el tándem —dijo el muchachito trapecista que a continuación explicó cómo Josey y Nappy paseaban en una bicicleta de dos plazas, en la que hacían diversos ejercicios acrobáticos.

—Ése era uno de nuestros mejores números —explicó Kit, poniéndose muy triste—. Por eso la desaparición de Nappy ha sido un golpe tan duro para mi padre.

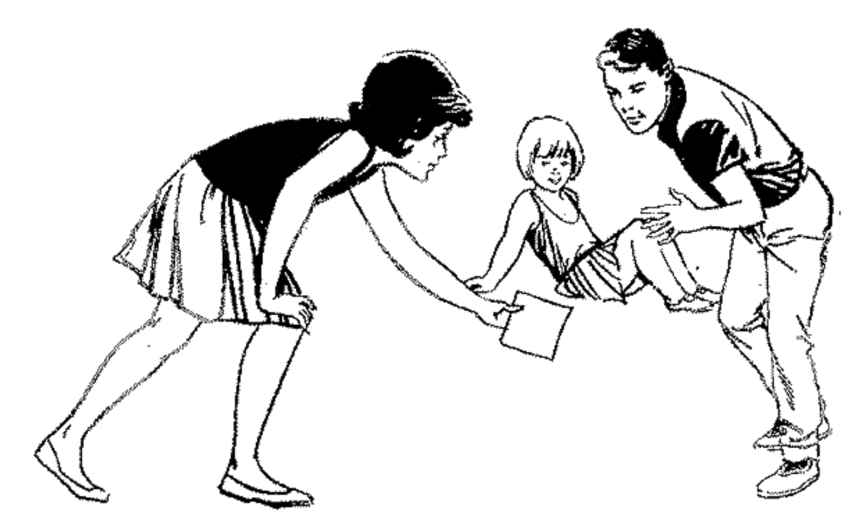
—Es una lástima —murmuró Pete, más decidido que nunca a encontrar al ladrón.

Los tres muchachitos prosiguieron su trabajo de indagación, hasta que hubieron interrogado a todos los empleados del circo. Nadie había visto al hombre sospechoso.

—Debió de salir a la arena desde alguna embarcación, de noche, cuando todo el mundo dormía en la isla —opinó Kit.

Los dos hermanos se disponían a despedirse de sus amigos del circo, cuando vieron que se acercaban Rita, Pam, Holly y Sue. Al oír lo que los chicos decían sobre el malabarista, Sue declaró:

—¡Quiero verle hacer «malabismos»!



—Es verdad —asintió Pete.

Los otros rieron, y Kit dijo que Flippon les mostraría alguno de sus trucos. Al aproximarse a la tienda del hombre tatuado, la pequeñita exclamó:

—¡Está haciendo los «malabarismos»!

—Es verdad —asintió Pete.

El hombre no contestó y Pam pensó, preocupada: «¿También este simpático malabarista irá a dejar el circo como han hecho ya los otros artistas?».

En seguida se acercó a comentar sus temores, en voz baja, con su hermano Pete. El muchacho tragó saliva antes de decidirse a preguntar:

—Flippon, va usted a dejar a Peppo, como han hecho otros artistas, ¿verdad?

En vez de contestar, el malabarista sacó la cabeza por la puerta de su tienda, para echar un vistazo por los alrededores del circo. Sue corrió a su lado y le tomó por una mano.

—¡No quiero que te vayas! —dijo, suplicante—. Quédate para jugar a tirar pelotas a la cabeza de mi hermana.

Las palabras de la pequeña hicieron reír al hombre que se volvió, tomó a Sue por la cintura y le hizo dar varias vueltas en el aire, antes de dejarla de nuevo en el suelo.

Cuando el hombre se inclinó, de su bolsillo resbaló un sobre que fue a parar al suelo. Pam se agachó a recogerlo y quedó sin aliento

al ver la dirección del remitente.

—¡Oh! —exclamó la niña, llevándose una mano a los labios.

—¿Qué pasa? —preguntó Flippon—. ¿Acaso te ha mordido?

Pam no contestó.

—¿Qué ocurre, hermanita? —preguntó Pete.

—El… el nombre que se lee aquí arriba —murmuró Pam, señalando una parte del sobre.

Sus hermanos la rodearon para mirar. En el sobre se podía leer: Remitente: El circo mágico.

PERDIDOS



Cuando los Hollister se recobraron de su sorpresa, Pete pidió a Flippon:

—Háblenos del circo mágico, por favor.

Al principio, el hombre de los tatuajes quedó un poco sonrojado, pero explicó que se trataba de un nuevo circo que se estaba organizando en otra región de Florida.

—Los propietarios están contratando artistas. Y me han escrito por si a mí me interesa trabajar con ellos.

—¿Se irá usted? —preguntó Pam, muy nerviosa.

—Tal vez. Me han prometido doble sueldo del que tengo aquí. Otros varios artistas de «El Sol» se han marchado allí; por lo tanto, debe de ser un buen sitio. Puede que también yo me vaya.

—¡No, por Dios! —suplicó Pam—. ¡No deje usted a Peppo!

Y Pete añadió:

—¡Este circo es tan bonito!

El malabarista miró a los niños con cara entristecida y repuso:

—No puedo deciros más sobre todo esto. Yo de vosotros, iría a

preguntar a Totó.

«¡Totó! —pensó Pete—. ¡Verdaderamente, es un hombre muy extraño!».

El mayor de los hermanos dio las gracias a Flippon y todos los Hollister salieron de la tienda del malabarista. Mientras cruzaban los terrenos del circo, Pete propuso a los demás ir a preguntar a Totó algo sobre el Circo Mágico.

Pete condujo a todos sus hermanos más allá del cercado de los elefantes, hasta una gran tienda de lona. La cortina de la tienda se abrió entonces y por ella salió Totó.

—¿Es que no vais a volver nunca a vuestra casa, críos? —barbotó, arrugando el ceño.

—Sí. Sí, señor —contestó amablemente Pete—. Precisamente ahora nos marchábamos al motel. Sólo queríamos preguntarle, antes, qué es lo que sabe usted del Circo Mágico.

La cara de Totó se puso tan roja que Pam temió que el hombre fuera a estallar.

—¡Fuera de aquí todos! —ordenó a grandes y rabiosas voces—. ¡Y a ver si dejáis de andar olfateando en los asuntos de las demás gentes!

El hombre se mostró tan amenazador que los niños retrocedieron. Pete quiso hablarle de nuevo, pero Pam tiró de él para apartarle de allí.

—¡Qué señor tan terrible! —exclamó con acento de miedo la dulce vocecita de Holly, mientras todos corrían hacia el puente.

Muy asustada, Sue aferraba su mano gordezuela a la de Pam y la hermana mayor decidió hablar de algo sin importancia para intentar tranquilizar a todos.

—¿Qué creéis que habrá hoy para cenar? —preguntó procurando dar a su voz un acento despreocupado.

—A mí me da lo mismo —aseguro Ricky—. Tengo tanto apetito que me puedo comer hasta una ballena entera.

La ocurrencia del pecoso hizo estallar a Sue en risillas divertidas.

No fue ballena, sino estupendos salmonetes lo que sirvieron a los Hollister en el cenador del motel, aquella noche. Mientras saboreaban la cena, los niños contaron a sus padres las aventuras pasadas durante aquel día.

Yla señora Hollister exclamó con asombro:

—¡Hijitos, en un solo día habéis pasado toda una vida de aventuras!

Pero el padre estaba muy serio y declaró:

—Todo esto tiene un aspecto amenazador que no me gusta nada. Os ruego, hijos, que no volváis por ese circo si yo no os acompaño.

Después de comer el riquísimo bizcocho blanco que les sirvieron para postre, Sue se acercó a Holly, preguntando:

—¿Se lo damos ya a mamá?

—Sí —contestó Holly, haciendo un guiño a Pam.

La mayor de las hermanas replicó con otro guiño y con un cabeceo.

—Mamá, tenemos una sorpresa para ti —anunció con voz zalamera, Holly.

—¿De verdad? ¡Qué alegría! —repuso la madre.

Sin poder contener la risa, Sue ordenó:

—Cierra los ojos y acerca las manos.



Mientras la madre obedecía, Pam se agachó a coger un paquete que había tenido oculto debajo de su silla. Lo levantó lo colocó con suavidad sobre las manos extendidas de la señora Hollister y exclamó alegremente:

—¡Ya está! ¡Mamá, abre los ojos!

—Muchas gracias. Pero ¿qué es? —la señora Hollister.

El señor Hollister y los dos muchachitos estaban tan sorprendidos como la madre. Y Ricky no era capaz de dominar su curiosidad.

—Anda. Ábrelo —rogó con insistencia, y se levantó de la silla para acercarse a mirar por encima del hombro de su madre.

Por fin, el papel quedó desplegado sobre la mesa y la madre mostró entusiasmada con una exclamación:

—¡Qué regalo tan lindo! Pájaros hechos con conchas de mar. ¿Son de los que hace la señorita Sally?

Las niñas rieron, complacidas, y Pam explicó:

—No, mamá. Lo hemos hecho nosotras, con ayuda de la señorita Sally, desde luego.

—Son verdaderamente preciosos —aseguró la señora Hollister —. Muchísimas gracias, hijas.

El padre examinó atentamente el delicado trabajo y acabó meneando la cabeza.

—No sé cómo habéis podido hacerlo. —Extendió una de sus manos, grandes y musculosas, y declaró, riendo—. Con esto, yo no habría sido capaz de hacer una cosa así.

Los demás se echaron a reír y Sue declaró muy grave:

—Papi, es que tus manos son para hacer trabajos grandotes.

Cuando se levantaron de la mesa, la señora Hollister volvió a dar las gracias a sus hijas y las besó en la mejilla.

—Cuando volvamos a casa —dijo—, pondré estas preciosas aves formando un grupo sobre mi escritorio. Será un hermoso recuerdo de Florida.

Desde el primer momento Ricky se sintió deseoso de haber podido hacer también él, un regalo a su madre.

Yal fin decidió hacérselo con algo que podría conseguir sin mucha dificultad.

«Ya sé —pensó—. Me iré a ese sitio que llaman la Playa de las Conchas Marinas».

Aquella playa estaba algo distanciada del motel, pero el pequeño calculó que tendría tiempo de ir y volver, antes de la hora de acostarse. Buscaría, sí, buscaría por todas partes, hasta que encontrase, para su madre, la más grande y la más bonita de las conchas marinas del mundo.

Por un momento quedó indeciso. Sabía que debía decir a sus padres a dónde se marchaba, pero al mismo tiempo, quería guardar el secreto respecto al regalo.

«Pediré a Holly que venga conmigo», pensó.

Su hermana se sintió muy contenta por poder acompañarle y prometió guardar el secreto. Inmediatamente, fueron a pedir permiso a la señora Hollister para ir a dar un paseo y prometieron no acercarse a la orilla del mar.

Los dos se alejaron, dando alegres brincos, y en diez minutos llegaron a la playa de las Conchas Marinas. ¡Qué bonita era! Tenía una arena blanca y fina. Y por todas partes se veían caracolas de todos los tamaños, colores y formas. Holly empezó a coger en seguida y pronto tuvo llenos los bolsillos de la blusa y los pantalones.

Pero Ricky no había encontrado aún ninguna de su agrado. El pelirrojo iba examinando muchas, de las que más le gustaban, pero ninguna le parecía lo bastante especial y bonita como para regalo de su madre.

Pasó un rato y de pronto ¡la vio! Era una concha de color rojo, en forma de cucurucho, formando unas perfectas curvas en espiral.

—¡Mira, Holly! —exclamó, llevándose la caracola al oído para escuchar el ruidillo, semejante al oleaje, que se advertía. Una vez había dicho a Ricky que aquélla era la demostración de que una caracola era perfecta.



¡Sí! ¡Claro que sí! Aquella preciosa caracola era perfectísima, a juzgar por el ruidillo que se percibía.

—¡Qué bonita! —alabó Holly—. Mamá se pondrá muy…

La niña guardó silencio porque, con el rabillo del ojo, acababa de ver un perro de aguas que corría por la arena. Un hombre le perseguía a toda la velocidad de sus piernas.

—¡Ricky! —gritó Holly, llamando la atención del chiquillo que

levantó, inmediatamente, la cabeza.

El perro se dirigía en línea recta hacia ellos y a los pocos momentos, los dos niños pudieron ver con toda claridad el collar que llevaba. ¡Era de un precioso color púrpura y estaba cuajado de pedrería!

—¡Es Nappy! —exclamó Holly—. ¡Se le ha escapado al «roba-perros» y se marcha a su casa!

—¡Corre, corre, Nappy! —animó Ricky, dirigiéndose al animal.

Era evidente que el ver a los niños hizo variar de camino al perro, que se dirigió a un bosquecillo de árboles cubiertos de musgo. A llegar allí, Nappy volvió un momento la cabeza, para mirar en dirección a la Isla del Circo.

Pero el animal no pudo llegar ya mucho más lejos. Ante el enorme asombro de los niños, una enorme red de pesca cayó sobre Nappy, cubriéndole por completo y haciéndole rodar sobre sí mismo. Y antes de que el pobre animal hubiera logrado librarse del encierro, un hombre salió de entre los árboles y se apoderó del perro.

Mientras el hombre desaparecía por el bosque, Ricky gritó:

—¡Es el ladrón de Shoreham! Holly, no podemos permitir que robe así a Nappy. ¡Vamos a perseguirle!

El chiquillo echó a correr tras el hombre y el animal, seguido por su hermana. En su prisa, al pequeño se le cayó la caracola de las manos, pero no se detuvo a recogerla. Ya sólo veía borrosamente la silueta del hombre que escapaba. Nappy, que ladraba con furor, quedó, de pronto, silencioso. ¿Habría hecho daño al perrito aquel odioso ladrón?



El camino iba resultando cada vez más difícil para los dos niños. Cuando avanzaron otro poco, el bosque se transformó en un pantano en el que, constantemente tenían que chapotear, con lodo

hasta los tobillos. Por dos veces tuvieron que correr, rodeando unas charcas que el ladrón había vadeado. El hombre les llevaba ya mucha distancia, pero los pequeños seguían tras él, valientemente.

De pronto, Holly resbaló en el lodo y cayó de bruces. Ricky se detuvo para ayudarla. La pobre Holly estaba llena de barro y respiraba con dificultad.

Cuando los dos hermanos estuvieron preparados de nuevo para proseguir la persecución, el ladrón y el perro equilibrista de Peppo se habían esfumado. Ricky y Holly avanzaron un trecho más, pero pronto comprendieron que su persecución era inútil.

—Lo que podemos hacer es volver y contárselo todo a la policía —propuso Holly—. Ellos encontrarán a Nappy.

Los dos niños empezaron a regresar por donde habían llegado. Tenían que saltar sobre grandes raíces, salientes, hundirse en el fango, rodear enormes charcas. La hierba de los pantanos les llegaba a los tobillos. Se hacía de noche rápidamente.

Habían estado caminando, de regreso, cosa de un cuarto de hora, cuando la niña preguntó:

—Ricky, ¿tú crees que vamos por el camino que hemos venido?

—No —confesó su hermano—. No lo creo. Me parece que todo esto está lejísimos de la playa. Vamos a probar por este otro camino.

El pequeño giró hacia la derecha, seguido de Holly. Cuando se hizo completamente de noche, los dos comprendieron que sería peligroso continuar caminando.

—¡Qué miedo! —exclamó Holly con angustia—. Me parece que nos hemos perdido.

—Sí. Eso creo —admitió el niño—. Pero no te preocupes, Holly. En las junglas de Florida no hay leones, ni tigres. No nos va a ocurrir nada, aunque… aunque tengamos que pasar aquí toda la noche.

Holly no estaba muy convencida de que aquello fuese verdad, pero comprendió que debía ser valiente.

—Podemos sentarnos un momento a descansar —propuso—. Papá y mamá vendrán a buscarnos.

Cerca, encontraron un gran trecho seco, cubierto de hierba, y se sentaron. Casi inmediatamente empezaron a notar sueño, se

tendieron en el suelo y muy poco después, los dos se habían dormido.

Ya había amanecido cuando los dos hermanos se despertaron, oyendo un alegre coro de pajaritos que gorjeaban. Durante unos segundos, los dos se miraron con asombro. Luego, dándose cuenta de que seguían en el pantano y que nadie había ido a buscarles, Holly, muy apurada, exclamó:

—¡Todavía estamos perdidos, Ricky!

—Es verdad, Holly. Pero ahora encontraremos en seguida el camino.

Eso era lo que más deseaba Holly que echó a andar detrás de su hermano, moviendo sus piernecillas con dificultad. Con la resplandeciente claridad de la mañana, el pantano formaba un hermoso conjunto de flores, pájaros y follaje extraño que se extendía en todas direcciones. Al cabo de un rato Ricky tuvo que confesar que no era tan fácil como él había creído, encontrar la playa. Nada de todo aquello era reconocible para los dos pobrecillos hermanos.

—¿Qué haremos? —preguntó Holly, con los labios trémulos.

Todavía Ricky seguía pensando, sin encontrar una solución, cuando los dos niños oyeron, por encima de sus cabezas, un grito extraño. Mirando hacia arriba quedaron muy sorprendidos al ver un gran pájaro blanco que volaba en círculo sobre ellos. Un momento después descendió, posándose en el suelo sobre sus largas y delgadas patas.

—¡Zumbador! —exclamó Ricky.

La zancuda quedó unos momentos mirando a los niños. ¡Cuánto habría deseado Holly poder volar igual que aquella ave, para regresar inmediatamente a la Isla del Circo!

—Ven con nosotros andando, guapo —invitó Holly, empezando a caminar.

Pero Zumbador, no se movió. En cambio, empezó a exhalar agudos gritos. Cuando los niños se volvieron a ver qué le ocurría, el pájaro revoloteó sobre ellos, se inclinó luego a coger con el pico el borde de los pantalones de Holly y tiró de ellos.

Ricky se echó a reír, al tiempo que decía:

—Nos quiere explicar algo.

—¿Qué?

—¡Que vamos por un camino equivocado!

Los dos pequeños echaron a andar en dirección opuesta a la que seguían hasta entonces, y Zumbador dejó de gritar, para empezar a caminar delante de los niños, con los que formaba una especie de corto desfile. Habían andado un trecho cuando Ricky se detuvo en seco, escuchando.

—¿Oyes? —preguntó.

A lo lejos se oía una voz. Zumbador batió sus inmensas alas y se elevó por encima de las cabezas de los niños, avanzando en dirección a la voz.

Colocando las manos formando círculo ante su boca, Ricky gritó:

—¡Holaaa!

Los niños oyeron, muy lejana y confusa, una respuesta. ¡Alguien les buscaba!

—¡Hola! ¡Hola! —gritaron a un tiempo, muy nerviosos.

Al poco volvió Zumbador, para reanudar un vuelo lento y bajo; así fue guiando a los niños desde el aire; Ricky y Holly le seguían, corriendo.

Cada vez que se detenían a escuchar, sonaba más próxima la voz que decía «Hola». Por fin, a través de los árboles, vieron una silueta y oyeron con toda claridad la voz de la señorita Sally que exclamaba:

—¿Ya estáis ahí? ¡Sabía que Zumbador acabaría encontrándoos!

Los niños corrieron junto a la viejecita.

—¡Cuánto me alegra verla, señorita Sally! —gritó Holly, emocionada.

—¿Estáis bien? —preguntó la anciana y cuando ellos afirmaron con la cabeza, añadió—: ¡Pero que susto habéis dado a todo el mundo! Tanto la gente del motel, como vuestros amigos del circo han estado ayudando a vuestros padres a buscaros durante toda la noche. ¿En dónde habéis estado?

Holly y Ricky contaron todo lo ocurrido y la señorita Sally exclamó:

—¡Pobres criaturas! Vamos, que os acompañaré al motel. No queda lejos de aquí.

Anduvieron un corto trecho y en cuanto salieron de los bosques

se encontraron en la playa.

De repente Ricky pidió:

—Espérenme un momento que voy a recoger mi caracola.

La encontró en seguida y los tres siguieron caminando hacia el motel. ¡Qué alegría al reunirse con los demás! Zumbador había sido el verdadero salvador de los niños y todo el mundo llenó de caricias a la simpática ave zancuda.

Peppo y sus hijos que se encontraban entre las personas que habían ido a saludar a Ricky y Holly, repitieron cien veces a los niños las gracias por haber intentado rescatar a Nappy.

—Si el perro se ha escapado una vez, estoy seguro de que volverá a intentarlo en cualquier otro momento —dijo Peppo.

Todo el mundo deseaba que ocurriese así, pero secretamente temían que esta vez Nappy hubiera desaparecido para siempre.

La señora Hollister se llevó a la casa a Ricky y Holly, para bañarles y cambiarles de ropa. El chiquillo entregó a su madre la preciosa caracola, y la señora Hollister sonrió y le besó amorosamente.

—Es la caracola más bonita que he visto en mi vida. La guardaré siempre como un tesoro —dijo la madre.

Ricky se sintió orgullosísimo, pero la señora Hollister añadió:

—De todos modos, hijitos, la próxima vez que Holly y tú salgáis a perseguir a algún ladrón, id acompañados de papá.

Los dos prometieron hacerlo así y salieron luego a la terraza en que servían las comidas en el motel.

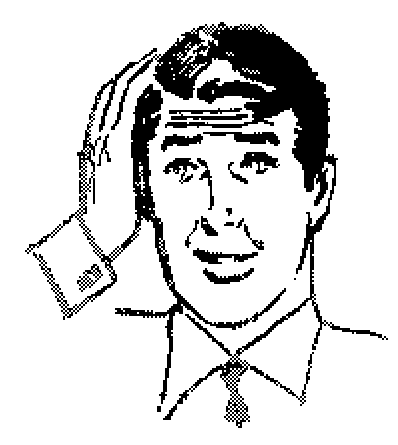
Cuando todos acabaron de desayunar, el señor Hollister les informó de que tenía planeado un corto viaje para aquel día.

—¿Qué es? ¿Qué es? —preguntó Sue, palmoteando.

El padre contuvo la risa, y repuso:

—Supongo que todos podréis adivinarlo. Tengo una corazonada. Es posible que pueda ayudaros a resolver este misterio y al mismo tiempo, beneficiaré mis negocios. Por lo menos nos divertiremos.

A TRAVÉS DE UN FONDO DE CRISTAL



Fue Pete el primero en adivinar a dónde iban a hacer aquel corto viaje.

—Creo que una parte de tu secreto es que vas a llevarnos al Circo Mágico.

—Eso es —asintió el señor Hollister.

Los ojos de Pam se iluminaron.

—Me parece que sé lo que quieres decir con eso de que beneficiarás tus negocios, papá —dijo la niña—. Quieres ir a ver alguna otra embarcación.

—Ya veo que el Club Hollister de Super-Detectives se ha puesto nuevamente al trabajo —rió el padre—. Cada uno de vosotros ha hecho una suposición y ha acertado en el primer instante.

Sonriendo, la señora Hollister hizo notar que lo que nadie había adivinado era lo bien que lo iban a pasar. ¡Cada vez que los felices Hollister estaban juntos se divertían de lo lindo!

—Tienes razón, Elaine —asintió su marido—. Pero tenemos un trato especial. Creo que sobre eso conviene guardar el secreto.

Los niños quisieron obligarle a que les contase todo, pero el señor Hollister se limitó a reír alegremente y pidió que todos se

preparasen para marchar lo antes posible, añadiendo:

—Llevaos los trajes de baño y pijamas. Puede que tengamos que quedarnos a pasar la noche.

A las nueve, todos estaban preparados para marchar. El señor Hollister había alquilado en la ciudad una furgoneta como la que utilizaba en Shoreham y cada uno ocupó el puesto de costumbre. La señora Hollister y Sue delante, las otras dos niñas en el asiento central, y los chicos detrás.

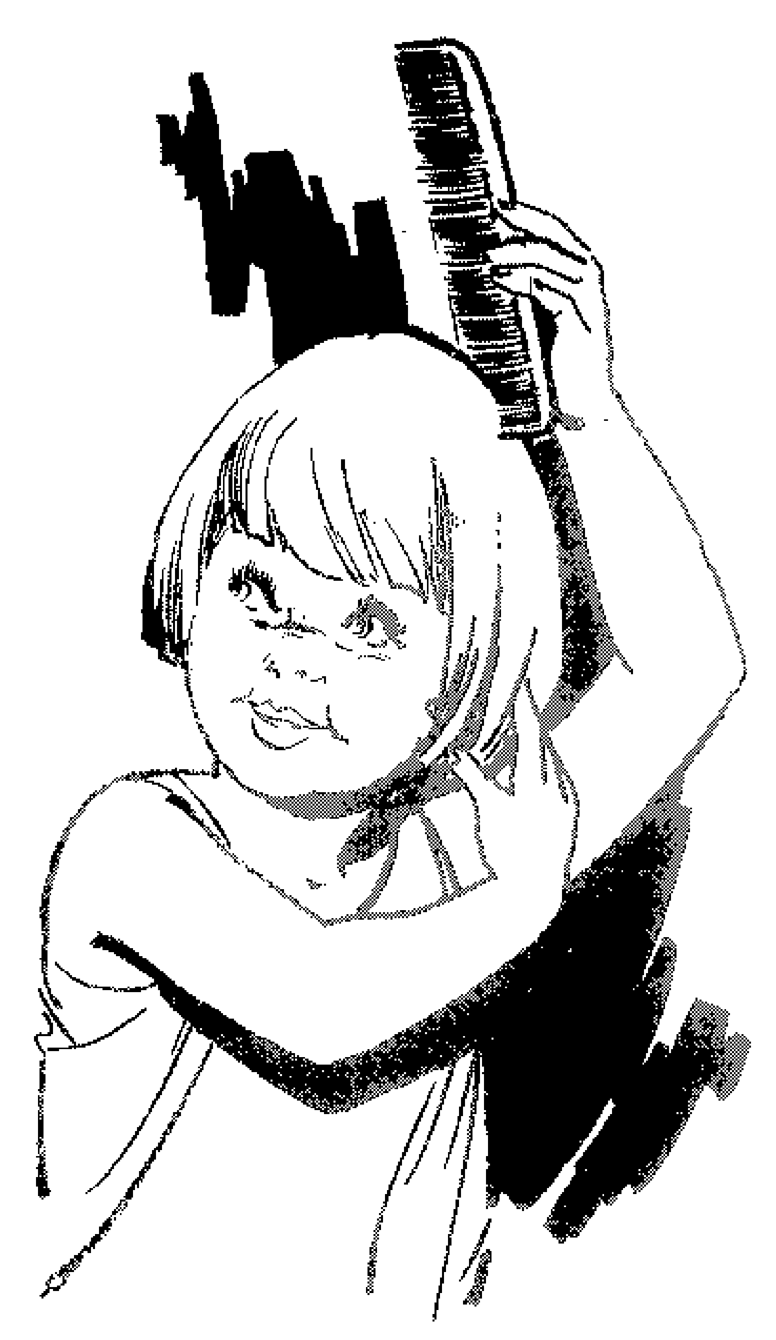
Durante dos horas el señor Hollister condujo por una región despejada y arenosa, en la que de vez en cuando aparecían grupos de limoneros y vides. ¡Qué olor tan agradable se notaba por todas partes!

Luego llegaron a un canal y el señor Hollister tomó la carretera que corría a lo largo de casitas de campo, pintadas de color rosa, azul, amarillo y verde. Se detuvo ante una embarcación de las usadas para vivienda y todo el mundo salió. Soplaba algo de viento, pero muy cálido y agradable.

La embarcación no era tan bonita como la que se encontraba en la Isla del Circo y el señor Hollister decidió en seguida que no sería apropiada para su cliente.

—Ni siquiera voy a entrar —dijo—. Volveremos al coche en cuanto hayamos estirado un poco las piernas.

Los niños jugaron a prendas durante diez minutos, volviendo luego al coche. La señora Hollister, suspirando, sacó un peine de su bolso y atusó los cabellos de Sue.



—Los vientos alisios son maravillosos —comentó—. Sin ellos, este calor resultaría insoportable. Pero son desastrosos para el cabello.

Miró entonces la negra cabeza de Pete y comentó, riendo:

—No se mueve ni un pelo en cabellos cortados a cepillo, como el tuyo. Puede que también nosotras debiéramos cortarnos así el cabello, hijas.

—¡No! ¡No! —protestó, horrorizado, el señor Hollister.

YSue informó:

—A mí me gusta el pelín como lo llevamos. No quiero que me quiten mis rizos.

—Muy bien, Sue —dijo Pam—. Entonces, que sea mamá la que se corte el pelo a cepillo.

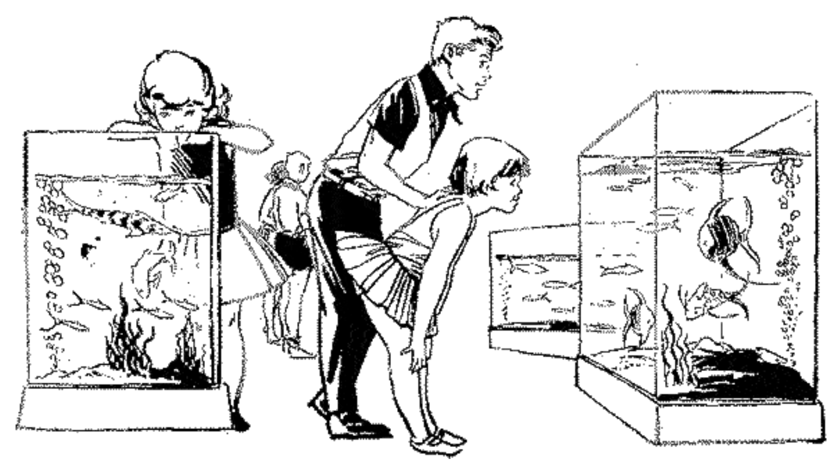
Los niños y sus padres rieron alegremente, imaginándose a la guapa señora Hollister con el pelo cortado igual que el de Pete.

A las doce, el señor Hollister detenía el coche ante un edificio de hormigón, que se levantaba en medio de un bosquecillo de palmeras. Entre los árboles, a un lado del edificio, había mesas y sillas de alegres colores. Al fondo se veía un lago con muchas barquitas.

—Nos quedaremos aquí a echar un vistazo, y dentro de un rato comeremos.

Condujo a su familia al interior del edificio y bajando un largo tramo de escaleras, llegaron a una habitación circular, donde había grandes urnas de cristal, alrededor de las paredes. Dentro de aquellas urnas nadaban peces tropicales de todas clases.

—¡Zambomba! —se asombró Pete, mientras contemplaba un extraño cuerpo, cubierto de ondulantes tentáculos—. ¿Qué es?



—Ese cartelito dice que es una anémona de mar —informó Pam.

A poca distancia, Sue y Holly reían alegremente.

—Mirad ese pez-vaca, con cuernos y todo —dijo Holly, señalando hacia un par de peces de ojos saltones, cuya expresión recordaba la de dos diminutas vacas.

Junto a ellos, un pez moteado, de gruesas escamas, miraba al exterior con sus ojos oscuros, redondos como platos. Ricky leyó el letrero que indicaba el nombre del pez.

—Aquí dice que es un pez cofre —explicó el chiquillo a sus hermanas—, pero a mí me parece un hipopótamo.

De aspecto más temible que los otros era una gigantesca raya que se movía por el agua, sacudiendo sus aletas a modo de alas, como si estuviera volando. El feo animal aplastó el morro contra el cristal, en un inútil esfuerzo por atacar a los niños.

Después de haber contemplado a todas aquellas criaturas marinas, los Hollister subieron al comedor instalado al aire libre.

—¡Caramba! —exclamó Ricky, mirando las verdes aguas del lago—. Éste sí que sería un momento bueno para nadar. Estoy quemando.

El padre movió negativamente la cabeza.

—Ahora no, Ricky. Primero, comeremos. Luego vamos a pasear en una barca con el fondo de cristal.

Sue preguntó, extrañada:

—¿Qué es eso, papaíto?

El señor Hollister explicó que se trataba de unas barcas de remos que tenían el fondo de un cristal muy resistente para que la gente pudiera mirar el agua y los animales y plantas marinas.

Cuando acabaron de comer, el padre de los Hollister encontró a un viejo marinero esperando en un extremo del embarcadero, en una lancha de remos con tres hileras de asientos. Todo el mundo se instaló dentro. El último en saltar a bordo fue Ricky, que se sentó en la popa, junto a Pete, ansioso de estar en el agua, en medio de los peces. Suponía que en aquella parte de la barca haría más fresco.

En cuanto la embarcación se puso en marcha, bajo ella empezaron a verse pasar peces raros, de bonitos colores. El señor Murdoch, el marinero, iba hablando de las diversas maravillas

existentes bajo el agua. Pero Ricky no le escuchaba. Poco a poco se había ido quitando la camisa y los zapatos.

Un momento después, Pete, que había estado inclinado, con la cabeza muy próxima al cristal del fondo, dio un salto hacia atrás. Un objeto enorme acababa de pasar por debajo de la barca. Pam se echó a reír. Acababa de volver la cabeza y vio que Ricky había desaparecido.

—¡Es Ricky! —anunció.

—¡Claro que ha sido él! —concordó el señor Hollister, sorprendido por lo sigilosamente que el travieso de su hijo había preparado su escapatoria.

—Seguro que Ricky es el pez más grande del lago —rió Holly.

—El más grande, no —declaró el marinero—. Estoy seguro de que la Vieja Lealtad le gana en eso.

—¿Quién es la Vieja Lealtad? —quiso saber Pam, mientras ella y sus hermanos se volvían a mirar al viejo marinero.

—Llamamos así a la tortuga verde que vive en el lago —explicó el señor Murdoch—. Es una tortuga de Florida que instaló aquí su casa mucho antes de lo que nadie puede recordar.

Holly, preocupada porque no veía a su hermano por parte alguna, preguntó:

—¿A dónde habrá ido Ricky?

De repente, entró una rociada de agua en la barca. Todos se volvieron y se encontraron ante Ricky que parpadeaba y soltaba un chorro de agua a través de los dientes.

—Ricky, haz el favor de… —empezó a decir la señora Hollister.

El pequeño no oyó a su madre porque acababa de efectuar una nueva zambullida y desapareció.

—Este chico nada como un renacuajo —observó el marinero.



—Mamá también le llama así —rió Sue.

Muy pronto la señora Hollister empezó a sentirse preocupada. ¿Cómo no había vuelto a salir Ricky para respirar? Llevaba

demasiado tiempo dentro del agua.

—¡Eeeeh! ¡Allí veo a Ricky! —gritó Holly repentinamente, señalando a través del fondo encristalado de la barca.

Muy al fondo se veía a Ricky, boca abajo, moviendo desesperadamente las piernas. Parecía muy ocupado en algún trabajo misterioso.

—Pero ¿qué está haciendo este chiquillo? —exclamó la señora Hollister.

Holly sugirió:

—Puede que Ricky haya encontrado el tesoro del pirata.

—O una ostra con una perla —adujo Pete, haciendo un guiño a su padre.

Se produjo un chapoteo en el agua y el chico empezó a emerger. Con la traviesa carita muy encarnada, por la falta de aire, sacó la cabeza y dijo, jadeante:

—Que venga alguien a ayudarme. Es muy pesada. Es un trofeo.

Ricky movía las piernas con toda su fuerza, pero el misterioso objeto que sostenía en sus brazos le volvía a hundir hacia el fondo. El señor Murdoch estalló en ruidosas carcajadas; sin embargo, pasaron varios segundos antes de que los Hollister pudiesen descubrir el motivo de sus risas.

—Está luchando por sacar a la Vieja Lealtad —explicó el marinero.

Luego, inclinándose por la borda, dijo al muchachito que debía soltar a la tortuga gigante. La Vieja Lealtad era una característica especial de aquel lago.

Ricky soltó su preciado botín y con cara hosca trepó a la barca.

—¡Carambola! ¡Con lo estupendo que habría sido tener a la Vieja Lealtad en Shoreham! —se lamentó.

El padre comentó, riendo:

—Podríamos haber tomado mucha sopa de tortuga. Pero yo prefiero resignarme sin esas sopas. Es mejor que la tortuga se quede en el fondo de su lago.

—Y yo —declaró rotunda Sue, que nunca había probado la sopa de tortuga, pero que consideró que, si su padre no quería esa sopa, tampoco ella debía quererla. Luego, hizo reír a todos al añadir, reflexiva—: La tortuga es tan dura que seguro que no tiene ni una

pizca de caldo.

Cuando todos hubieron contemplado durante largo rato las plantas y peces del lago, la señora Hollister dijo que ya empezaba a ser hora de volver.

—El C. H. S. D. tiene todavía que resolver parte de un misterio, en este viaje —recordó a sus hijos.

—Es verdad —asintió Pete—. ¿Vamos ahora al Circo Mágica?

—Sí, Pete.

—¿Está muy lejos, papá?

—A unos doce kilómetros de aquí.

Pete preguntó al marinero si había oído hablar de aquel circo.

—Claro que sí —repuso el señor Murdoch—. Las gentes del Circo Mágico vienen a comer aquí de vez en cuando. Les he llevado en alguna ocasión a pescar. Creo que ese circo está cambiando constantemente de guarda para los animales.

—¿Sabe usted algo del propietario del circo? —preguntó el señor Hollister.

—Poca cosa. Lo que comenta la gente. He oído que muchos artistas han dejado otros circos para venir a éste y ahora lo lamentan.

—¿Por qué?

—No lo sé exactamente. Por lo visto, todos cobran muy buen sueldo, pero no les gusta cómo dirige el negocio el propietario. Es un hombre difícil de soportar y…

Viendo que el marinero guardaba silencio, Pete rogó:

—Por favor, siga, siga.

El señor Murdoch quedó pensativo, mientras empujaba lentamente los remos. Por fin volvió a hablar.

—A mí no me gustan las chismorrerías, pero ustedes parecen buena gente y no creo que vaya a hacer daño a nadie contándoles lo que me han dicho algunos de los caballistas. Al parecer creen que ese circo no se dirige honradamente.

Los Hollister contuvieron un grito. ¿Podría ocurrir que en aquel circo se exhibieran los perritos robados?

En cuanto la barquita llegó al desembarcadero, los visitantes saltaron a tierra. Después de agradecer al marinero su información sobre el Circo Mágico, le dijeron adiós. Ya avanzaban por el camino

que llevaba al aparcamiento, cuando Pete gritó, lleno de asombro:

—¡Zambomba! ¡Mirad, mirad! ¿No es Totó aquel que sale del restaurante?

YPete señalaba a un hombre robusto que corría hacia un coche.

Antes de que los Hollister hubieran tenido tiempo de verle la cara, el hombre se metió en el coche, lo puso en marcha y se alejó a toda velocidad, carretera abajo.

—¡Seguro que va al Circo Mágico! —opinó Pete.

—¿Creéis que habrá dejado el circo de Peppo? —preguntó Pam.

Sue fue la primera en responder:

—Eso, eso, que se vaya. Y sus elefantes malos, también.

—¿Por qué no le seguimos, papá? —pidió Pete, corriendo ya a la furgoneta para abrir la puerta a su madre.

El señor Hollister se mostró complaciente y todos entraron apresuradamente en el coche. Durante casi tres kilómetros pudieron seguir, a distancia, al coche del domador de elefantes, pero al cruzar una pequeña población, el coche desapareció en medio del tráfico.

Comprendiendo el desencanto que sentían sus hijos, la señora Hollister dijo:

—No podemos estar seguros de que fuese Totó. Pero, si lo era y de verdad se dirige al Circo Mágico, le veremos al llegar allí.

—¡Es verdad! Claro que le veremos —asintió Pam.

Eran las cuatro cuando llegaron a la población en que estaba instalado el Circo Mágico. En el centro del pueblo, el señor Hollister pidió a un guardia que le indicase el camino para ir a los terrenos del circo. Siguiendo las instrucciones del urbano, se alejaron del pueblo un poco más de un kilómetro, en línea recta, hasta llegar a un camino de grava, sin árboles, por donde el calor resultaba insoportable. Tampoco había casas; sólo algunas cabañas de ladrillo en medio de los arenosos campos.

Ricky, de pronto, dio un salto.

—¡Allí está! ¡Ya lo veo! —anunció a gritos, señalaba los picudos extremos de un conjunto de tiendas de lona, marrones y amarillas, sólo visibles por encima de una alta valla.

Cuando estuvieron más cerca, Pam dijo:

—¡Escuchad! ¿No oís?

—¡Cómo desentonan! —observó Pete—. Parecen unos pobres aficionados, en comparación con la orquesta que tiene Peppo.

—¡Tienes razón! ¡Qué horrible! —declaró Ricky, llevándose las manos a los oídos, cuando una trompeta dio una nota falsa.

No había solar de aparcamiento, y ello le pareció muy extraño a la señora Hollister. Su marido dejó el coche a un lado de la carretera y toda la familia salió.

Alrededor de los terrenos del circo, instalado en pleno campo, había una valla alta y mal rematada, como si se hubiera hecho a toda prisa.

—¿Acaso no hay ningún sitio por donde se pueda entrar? —preguntó Ricky, mientras caminaba alrededor de la valla.

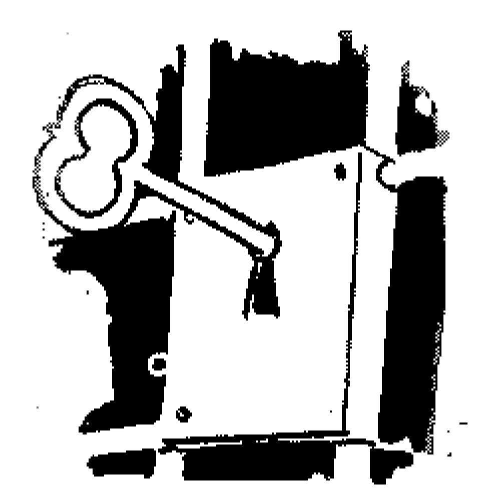
Holly, que corría delante, fue la primera en descubrir una entrada.

—Aquí hay una verja para entrar. ¡Y mira qué cartel hay encima!

Todos los demás corrieron junto a Holly y, al llegar a la verja, comprobaron que estaba cerrada con llave. En un cartelón, pintado con letras rojas, se leía:

TERMINANTEMENTE PROHIBIDA LA ENTRADA A TODO VISITANTE A CUALQUIER HORA

LA PISTA DE UN COLLAR



Una exclamación de desencanto salió de las bocas de todos los niños, mientras contemplaban el cartel con la prohibición y la verja cerrada con llave del Circo Mágico.

Pete dejó escapar un silbidito de disgusto.

—¡Después de haber venido hasta aquí…! Papá, no iremos a marcharnos ahora sin averiguar si es aquí a donde traen los perros robados.

—No, Pete. No podemos hacer eso —repuso con voz firme el señor Hollister—. Nos quedaremos a pasar la noche en el pueblo y, por la mañana, veremos la manera de entrar en este cercado.

—¿No habrá algún agujerito en la pared, para poder mirar lo que hacen dentro? —preguntó Holly, esperanzada.

Los niños buscaron con todo interés, pero no encontraron agujero alguno, a pesar de que dieron la vuelta completa al muro. Encontraron una portezuela muy baja, por la que apenas podría pasar un hombre, arrastrándose, pero también estaba cerrada con llave.

Los Hollister esperaron aún un rato, por si alguien entraba o salía del circo. Pero no ocurrió nada. A las seis renunciaron a seguir allí.

Mientras volvían al coche, Pete, con expresión tristona, murmuró:

—Me parece que acabaremos todo esto sin haber conseguido nada.

Ricky tuvo una idea.

—¿Por qué no se queda uno de centinela a la puerta del circo, para que vea quién entra?

Y Pam propuso otra cosa.

—¿Por qué no vamos Pete y yo, diciendo que somos trapecistas? Querrán que hagamos una prueba y mientras esperamos, podemos ver algo.

La señora Hollister movió negativamente la cabeza.

—Si tuvierais que hacer esa prueba, correríais un gran riesgo. No sois expertos y no engañaríais a gentes de circo.

Aquella noche, al irse a dormir, los Hollister formaban un grupo muy desanimado. Pero, por la mañana, los niños volvían a sentirse entusiasmados y dispuestos a seguir su trabajo como detectives.

Pete, Pam, Ricky y Holly se despertaron al amanecer, antes que Sue y que sus padres. Pete propuso que los cuatro fuesen paseando hasta los alrededores del circo para ver qué podían averiguar. A Ricky y las niñas les gustó la idea, y Pam fue a pedir permiso a su madre.

—Está bien, hija —repuso la señora Hollister, adormilada—. Pero no os separéis ni un momento y volver para la hora del desayuno.

—Sí, mamá —prometió la niña, corriendo a decir a sus hermanos que debían darse mucha prisa.

—Yo creo que todos los circos salen alguna vez de gira —observó Pam.

La respuesta de Pete fue que aquélla era una razón más para resolver en seguida el misterio de los perritos desaparecidos. Cuando el Circo Mágico se trasladase a otra parte, sería difícil seguirle la pista.

—¡Mirad! —advirtió Ricky, señalando al frente.

La gran puerta que daba entrada a los terrenos del circo acababa de abrirse. Pensando que tal vez vieran alguna cosa que les ayudase a hacer un descubrimiento, los cuatro niños corrieron en aquella dirección. Una camioneta cruzó la verja y se alejó por la carretera. Antes de que los Hollister hubieran podido echar siquiera un vistazo a través de la verja, un guarda la cerró. En seguida, se oyó caer un pestillo.

—Estamos de mala suerte —se lamentó Pete—. Pero podemos explorar por fuera. A lo mejor encontramos alguna pista alrededor de la valla. Ayer vi muchos papeles y cosas por el suelo.

—Todo esto parece un basurero —opinó Holly, aburrida de buscar sin resultado.

Los niños empezaron a buscar de una manera ordenada y sistemática. Ricky encontró una caja de cartón, pero estaba vacía. Unos momentos después, Holly encontró otro papel igual al folleto que vieron en el avión. Después de estar un rato más dando vueltas, sin encontrar más que trozos de periódico y papel.

Pete declaró que todo lo que pertenecía a aquel circo le parecía una completa porquería.

—Pero, de todos modos, me gustaría mucho poder echar un vistazo por dentro.

Apenas el chico había acabado de hablar, cuando Pam contuvo una exclamación. La niña se había agachado a coger un pedazo de cuero, retorcido y cubierto de polvo; de pronto comprobó que era un collar de perro. La matrícula del animal había desaparecido y se había intentado arrancar la placa con el nombre del propietario; pero esto todavía resultaba legible.



—¡Pete, Ricky, Holly! ¡Venid en seguida! —llamó Pam, muy nerviosa.

Mientras sus hermanos se acercaban corriendo, para ver qué era lo que había encontrado, Pam señaló el nombre que estaba escrito en la placa del collar. Verdaderamente perplejos, leyeron todos:

«Zip, propiedad de Pam Hollister, Shoreham Road, Shoreham».

Durante varios minutos, los cuatro estuvieron demasiado asombrados para ser capaces de hablar. Por fin, fue Pam la primera en poder decir:

—¡Aquí debe de estar el ladrón! Él robó el collar nuevo de Zip cuando le golpeó.

Los hermanos decidieron entonces que el hallazgo del collar de Zip hacía necesario que ellos actuasen inmediatamente. Las niñas propusieron volver a toda prisa a contar aquello a sus padres, pero Pete y Ricky tuvieron otras ideas.

—Yo creo que lo que hay que hacer es saltar la valla y encontrar al ladrón de perros antes de que escape —declaró Ricky.

—Bueno. De acuerdo —asintió Pam.

El corazón de los cuatro hermanos latía con fuerza, mientras trataban sobre la manera de saltar la valla. Al final, fue Pete quien dio la mejor solución. Debían ir a la parte del paredón en que estaba la puertecilla baja; Pam y Ricky sostendrían a Pete para que trepase y saltara dentro. Una vez allí, Pete abriría la portezuela y

entrarían los demás.

El muchacho montó a los hombros de sus dos hermanos y se asomó al otro lado. Por suerte no había nadie que pudiese verles en aquella parte y Pete saltó al interior. Un momento después los otros habían entrado, también.



Mientras miraban a uno y otro lado, preguntándose por dónde sería mejor ir, los Hollister comprobaron que aquél era un circo muy sucio y desagradable. No se comprendía cómo el propietario podía pagar a los artistas sueldos mucho más altos de los que pagaba Peppo.

Moviéndose con mucha cautela, los niños llegaron a un viejo carromato circense. Atado desde la puerta a un poste cercano había un cordel de donde colgaban algunas ropas, azotadas por la brisa de la mañana.

De pronto Pete asió a Pam por un brazo.

—¡Mira aquella camisa! —dijo, en un cuchicheo.

Era una camisa blanca a rayas azules en zigzag; en el centro de la pechera tenía un gran agujero.

—¡Es su camisa! ¡El ladrón está allí! —siseó Pam.

—¿Qué haremos? —preguntó Holly, temblando—. Será mejor ir a buscar a papá.



—¡Un momento! —pidió Pete, que estaba mirando a un desconocido que acababa de aparecer por la salida de una tienda de lona marrón—. ¡Mirad a aquel hombre!

Todos se volvieron a mirarle. El desconocido era alto y delgado y en aquel momento ¡se estaba engullendo una reluciente espada!

—¡Ooooh, qué horror! —exclamó Pam, en voz bajísima.

Holly estaba aterrada, pensando que el hombre iba a hacerse daño, pero, mientras todos observaban, fascinados, el hombre volvió a sacar el sable que colocó sobre una silla que había delante de la tienda.

Mientras tanto, Pam estaba pensando: «Aunque sea un traga-sables, parece un hombre bueno. A lo mejor quiere decirnos quién vive en ese carromato».

Cuando se lo dijo a sus hermanos, todos estuvieron de acuerdo con ella. Mientras se acercaban, Pam dijo al oído de Pete:

—Puede que ese traga-sables sea del circo de Peppo. Puede ser aquel del que nos habló el conductor del autobús.

Su hermano movió la cabeza, asintiendo, en el mismo momento en que el hombre volvía la cabeza. Al verles, sonrió a los niños y les dijo:

—Buenos días. Vosotros debéis de ser esos pájaros madrugadores, de los que tanto se oye hablar.

Pam se presentó a sí misma y a sus hermanos y explicó que no formaban parte del circo. El traga-sables arqueó las cejas con gran asombro, mientras decía que según tenía entendido, no se permitía

la entrada a visitantes en aquel circo.

Los niños se miraron unos a otros, sin dar explicaciones. Pete preguntó inmediatamente:

—¿Es usted el traga-sables que estaba en el circo «El Sol»?

El hombre dijo que sí, con un cabeceo, y su expresión se tornó triste.

—Rita y Kit nos han contado lo buen artista que es usted —dijo afablemente, Pam—. Están seguros de que Peppo no volverá a encontrar otro traga-sables como usted.

Al hombre se le alegró el semblante al oír aquello y contestó:

—Claro que no. —Después de un momento, comentó—: Peppo es una buena persona. ¿Cómo sigue?

—¡Pobre Peppo! —exclamó Pam—. No le va muy bien. Sus mejores artistas se van marchando.

—Yo estoy arrepentido de haber dejado a Peppo —confesó el traga-sables.

Cuando el hombre entraba ya en su tienda, Pete preguntó:

—¿Puede usted decirnos quién vive en aquel carromato donde hay ropa tendida?

—Desde luego. Quien vive allí es el profesor Mars. Es un gran domador de perros; al menos eso dice. Tiene un número en el circo con perros amaestrados, pero yo todavía no he tenido el placer de verlo.

Los niños casi no podían dominar su nerviosismo. Y, mientras se preguntaban qué era lo que debían hacer, se abrió la puerta del carromato del profesor Mars. Un hombre salió por aquella puerta y se detuvo en el escalón más alto. Miraba hacia otro lado y no tuvo ocasión de fijarse en los Hollister. A punto de saltar de nerviosismo, Ricky susurró:

—¡Es el ladrón de perros!

Mientras los niños se escabullían para ocultarse detrás de una caja de embalajes, el profesor bajó los escalones del carromato y cruzó el césped hasta una zona rodeada de alta valla. Al momento sonaron ladridos temerosos. Los niños fueron hacia allí.

Después de abrir la puerta de la cerca con una llave, el hombre entró y abrió una gran perrera. Dentro había cuatro blancos perros de aguas. Al ver al hombre, todos retrocedieron, gruñendo y

ladrando.

—¡Son los perritos robados! —murmuró Pam, temblando de emoción.

—¡Qué mal los trata! —se indignó Pete—. Les está pegando con esa cuerda.

Pam empezó a salir de su escondite, decidida a salvar a los perros de tan malos tratos, pero su hermano mayor la hizo retroceder.

—Si nos descubrimos, no podremos detenerle nunca. Ahora sí que tenemos que marcharnos, para avisar a papá y a la policía.

Los niños empezaron a alejarse, procurando no ser vistos. Cruzaron a toda prisa, por los pasadizos que quedaban entre tiendas y carromatos y cuando llegaron a la calle estaban sin aliento.

Pete abrió la portezuela y, Holly primero, luego Pam, se arrastraron hacia el exterior. Cuando Ricky se disponía a salir detrás de sus hermanas, una pesada mano se posó en su hombro. Otra manaza agarró a Pete.

—No os escaparéis —dijo una voz cruel, mientras los dos muchachitos se sentían arrastrados hacia atrás y la portezuela se cerraba—. ¡Insoportables Hollister, ésta es la última vez que me molestáis!

¡Era el profesor Mars!

Él sujetaba a Pete, mientras otro hombre tenía sujeto a Ricky. Cuando los muchachos abrieron la boca, dispuestos a gritar, pidiendo ayuda, los hombres se lo impidieron, oprimiéndoles los labios con sus enormes manos.

—¡Pronunciad una sola palabra y lo lamentaréis muy seriamente! —Masculló el ladrón—. ¡En marcha hasta mi carromato!

Ricky estaba temblando y los ojos se le llenaron de lágrimas. Al verlo, Pete le rodeó los hombros con un brazo.

—Todo se arreglará, Ricky —le dijo a media voz—. De alguna manera saldremos de aquí. Ahora más vale que hagamos lo que nos manden.

Los dos muchachitos echaron a andar, seguidos por los dos hombres.

UN ESPECTÁCULO ESPECIAL



Recibiendo empujones a cada instante, Pete y Ricky fueron conducidos al carromato del profesor Mars, donde les hicieron sentarse en una litera baja. El hombre que había cogido a Ricky miró al profesor con ojos llameantes.

—No cabe duda de que nos has metido en un buen conflicto —rezongó—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Sólo hay una cosa que podamos hacer, Nerón. Largarnos de aquí lo más de prisa que podamos.

—¡Tienes razón! ¡Hay que preparar en seguida el equipaje!

Pete y Ricky se miraron el uno al otro. ¿Qué ocurriría si aquellos hombres se marchaban antes de que llegara el señor Hollister con la policía?

El mayor de los hermanos decidió averiguar todo lo que le fuera posible, por si los hombres conseguían irse. Mirando al profesor, el muchachito dijo:



—No le valdrá de nada intentar huir, señor Fred Smith.

Nerón se volvió en redondo hacia los chicos.

—¿Fred Smith? —repitió—. ¿Cómo sabéis…?

—Lo sabemos todo —añadió Ricky—. Ustedes robaron a Campeón Encantado Fernalake, en la exposición canina de Shoreham. Y también hicieron daño a nuestro perro Zip, cuando les persiguió. Les van a castigar por ser tan malísimos.

Los hombres rieron ásperamente.

—¡No podrán atraparnos! —gruñó el profesor Mars, que estaba metiendo varias camisas en una maleta vieja—. Dejaremos encerrados aquí a estos chicos y nos largaremos en seguida, Nerón.

El corazón de los dos niños empezó a latir con fuerza. ¡Si pudieran entretener a los ladrones…!

Con esa idea, Pete continuó hablando:

—Ustedes estuvieron rondando por el Circo «El Sol» y robaron a Nappy. Luego, cuando se enteraron de que había otros dos perros sabios en nuestro motel, también se los llevaron. Me refiero a Mimí y Fifí.

El profesor Mars estaba muy nervioso.

—Sí, sí —admitió—. Necesitábamos perros para nuestro número y no había tiempo para amaestrarlos.

—Pero Nappy se escapó —apuntó Ricky.

—Sí. Un perro muy listo. Salió del coche cuando estábamos en la Playa de las Conchas Marinas y por poco no logra llegar a la Isla del Circo. Pero volvimos a atraparle.

Entonces ya habían acabado los dos hombres de preparar sus maletas. Mars extendió un dedo amenazador hacia los dos chicos, advirtiendo:

—¡Ahora os quedaréis donde estáis! ¡Y no diréis una palabra, por lo menos en media hora!

Los dos hombres salieron del carromato, pero antes de que hubieran podido cerrar la puerta, Pete llamó:

—¡Ven, Ricky!

Los dos se lanzaron hacia la salida. ¡Crash! La puerta se abrió de golpe y los dos hombres rodaron por tierra.

—¿Por qué no atas a esos críos? —vociferó Nerón, levantándose de un salto.

—¡Ahora voy a hacerlo! —contestó Mars.

Pero, antes de que hubiera tenido tiempo de levantarse, Pete se lanzó a la espalda del hombre, mientras Ricky se aferraba a Nerón.

—¡Ya os daré yo vuestro merecido por esto, idiotas! —aulló Nerón—. Voy a…

Cuando el hombre levantaba la mano, dispuesto a golpear al muchachito, se oyó otra voz que decía:

—¡No hará usted nada de eso!



Un puño potente alcanzó a Nerón en plena mandíbula. Las piernas del hombre flaquearon y un momento después Nerón se desplomaba en el suelo.

—¡Papá! —exclamó Pete, añadiendo, admirativo—. ¡Qué directo

le has dado!

—Parece que hemos llegado a tiempo —sonrió el señor Hollister.

Mientras decía aquello, apareció la policía, tras la cual llegaban la señora Hollister y las tres niñas.

Los oficiales se hicieron cargo del profesor Mars y de Nerón que parecían dispuestos a no decir una palabra. Pete informó:

—Delante de Ricky y de mí, han admitido que son los autores de todos esos robos.

Entonces ya se había congregado allí mucha gente del circo y cuando los Hollister les informaron de que aquellos dos hombres se habían dedicado a robar perros, todos prorrumpieron en indignadas exclamaciones.

—Nosotros ya habíamos observado que había algo extraño en esta gente —aseguró uno de los equilibristas—. Y tenemos la certeza de que el Mágico no se dirige con la honradez habitual. Ese Totó del Circo «El Sol» es socio del propietario de este circo. Totó está consiguiendo que todos los artistas dejen a Peppo, prometiéndoles mucho más sueldo en el Circo Mágico. Pero la verdad es que, hasta ahora, no nos han pagado.

—Es verdad —concordó otro—. Si Peppo quisiera admitirme, yo volvería con él ahora mismo.

—Pues claro que les admitirá —aseguró Pam—. Peppo les aprecia mucho a todos ustedes.

—En tal caso, ¡vamos allí! —dijo el traga-sables.

Ytodos los demás exclamaron a coro:

—¡Sí, sí, sí!

Los Hollister se sintieron muy felices ante el buen resultado de aquel asunto y estaban ansiosos por volver a la Caleta del Tesoro para dar la buena noticia. Mientras se llevaban a los detenidos, los niños buscaron correas para los cuatro perros y los llevaron a la furgoneta alquilada por el señor Hollister. Cuando el vehículo se puso en marcha, varios de los actores gritaron:

—¡Vivan los Hollister!

Los niños les dijeron adiós una vez más, moviendo las manos alegremente.

Al llegar a la población, la familia bajó a comer a un restaurante y el dueño dio también alimento a los perros. Al salir del

establecimiento los Hollister vieron un gran autobús detenido tras la furgoneta. En el autobús iban todos los artistas que se habían marchado del circo de Peppo un tiempo atrás.

—¡Volvemos con vosotros! —dijo uno de ellos.

—¡Estupendo! —exclamó Pete con entusiasmo.

Fue muy feliz y alegre el regreso a la Isla del Circo.

Los niños se detuvieron un momento para dejar a Campeón en la habitación de Pam y para devolver a los Blakes a sus perritos Mimí y Fifí. El matrimonio se mostró muy contento.

Luego, los Hollister abrieron la marcha seguidos por todos los artistas de circo, a través del puente. El guardián de la verja quedó con la boca abierta de par en par al ver que regresaban sus amigos del circo.

—¡Peppo! —llamó el hombre—. ¡Ven en seguida!

Mientras Peppo, Kit y Rita salían de su embarcación-vivienda, Pam, que llevaba a Nappy le soltó. El animal corrió hacia su amo y, loco de alegría, levantó sus patas delanteras, apoyándolas en el pecho del payaso. En aquel mismo momento, el traga-sables anunció:

—¡Hemos vuelto para quedarnos, Peppo!

El payaso estaba tan emocionado y contento que, por unos instantes, no fue capaz de hablar. Entre tanto, Rita y Kit acudieron a abrazar a los hermanos Hollister; se sentían tan felices que daban saltos y gritos de felicidad. Por fin, su padre se sintió capaz de dar la bienvenida a sus viejos conocidos de trabajo y les pidió que fuesen a ocupar sus antiguas tiendas. Luego, estrechó, agradecido, la mano de los Hollister.

—Nunca podré agradecerles bastante lo que han hecho por mí. Vuelvan a la Isla del Circo esta noche. Haremos una celebración. ¡Una celebración de verdad!

—Vendremos, vendremos —prometieron los niños.

Cuando aquella noche a las ocho, los Hollister volvieron a la isla, fueron saludados por el toque de varias trompetas. La orquesta del circo inició una alegre marcha y Peppo salió a su encuentro con el traje de payaso y la cara pintada con una amplia sonrisa. Pero esta vez, bajo la sonrisa de pintura, los niños pudieron ver que había una sonrisa alegre y verdadera.

—¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos, amigos míos! El espectáculo que presenta esta noche el Circo «El Sol» es exclusivo para vosotros.

Los Hollister fueron conducidos a la gran pista, donde otros payasos daban saltos y volteretas, los malabaristas exhibían sus habilidades y los equilibristas se balanceaban en los trapecios.



—Los mejores asientos del circo para la familia de Shoreham —dijo Kit, sonriente, mientras llevaba a sus amigos a la primera fila.

Antes de que comenzara la representación, Peppo llegó

corriendo y fue a detenerse ante sus invitados.

—Felices Hollister —dijo—. Jamás os agradeceré lo bastante cuanto habéis hecho por mis hijos y por mí. Ahora ya no tengo necesidad de vender mi embarcación. Pero he encontrado una muy buena para su cliente, señor Hollister.

—¡Espléndido! —dijo el padre de los Hollister.

—Aunque nunca podré recompensaros vuestra bondad —continuó Peppo—, hay algo que puedo prometeros.

—¿Qué es? ¿Qué es? —preguntó Ricky.

—Este circo estará en Shoreham para fines de junio. Vosotros y vuestros amigos quedáis invitados gratis, a la representación.

—¡Olé! ¡Viva! ¡Viva! —exclamaron los niños.

En aquel momento volvieron a sonar las trompetas.

El director de escena avanzó al centro de la pista. ¡Iba a dar principio la gran representación circense, especial para los Felices Hollister!